

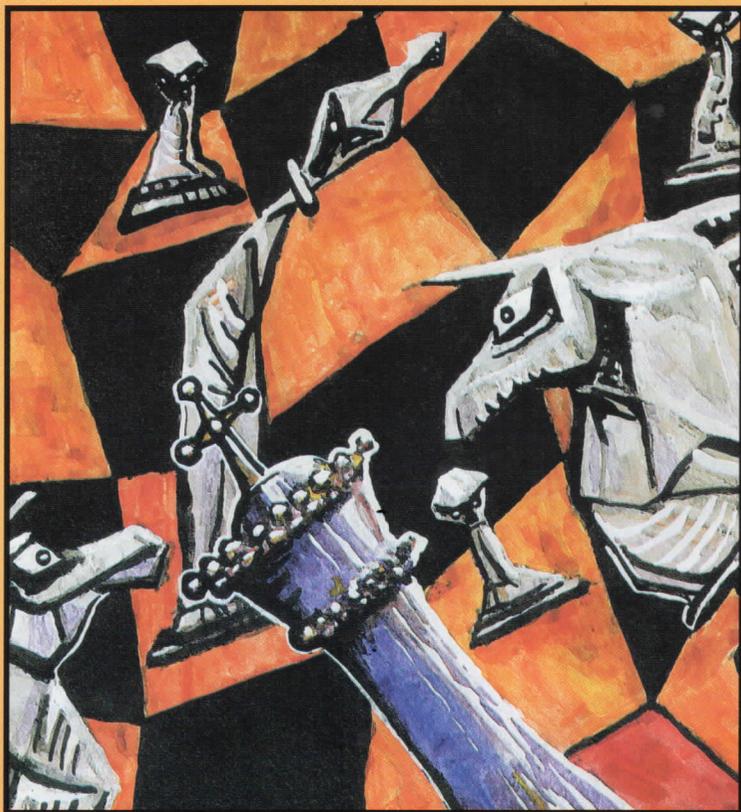
QUEHACER

ELECCIONES 2006

¡Cuento chino!

Perú Hoy

Un país en jaque:
la gobernabilidad en cuestión



42 **desco**
años
1965 - 2005

EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

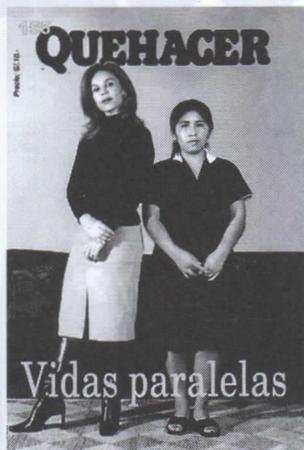
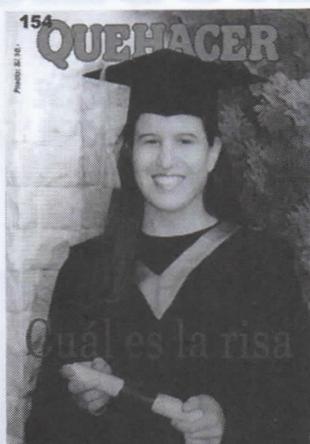
UNMSM-CEDOC

DISTRIBUYE

editorial

horizonte

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

.....

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte S/.

071-2568829 / DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de DESCO, o

() Abono directo* a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte. US\$

071-1222170 / DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110, LIMA 17 - PERÚ ☎ 613-8300. Fax 613-8308

QUEHACER

Lima, septiembre-octubre 2005

Cholo barato como carne de cañón. Más de quinientos peruanos trabajan como guardias de seguridad, nuevo nombre que se les da a los mercenarios, en Bagdad, la explosiva capital de Irak. Chamba es chamba cuando la vida no vale nada. Cuidado que Osama nos las devuelva con una bomba.



La República

Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Rosario Rey de Castro

Diseño y cuidado gráfico:
Anamaría McCarthy

Foto de carátula: Juan Villanueva. *Indio con taganga*, c. 1935.

Diseño de carátula, diagramación y composición: Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 613-8300. Fax 613-8308

Impresión: Litho&Arte Sac

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO

Quehacer Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, **desco**

Consejo Directivo de desco

Molvina Zeballos, Presidenta; Hugo Carrillo, Mariana Llona, Alberto Rubina, Eduardo Toche, Óscar Toro

© **desco**, Fondo Editorial

QUEHACER, editada desde 1979

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal 95-0372

[http:// www.desco.org.pe](http://www.desco.org.pe)
e-mail: qh@desco.org.pe

Poder y sociedad

Otros sí celebran	6
No uno sino muchos países / <i>Una entrevista con Carlos Iván Degregori por Abelardo Sánchez León y Martín Paredes Oporto</i>	8
Fujimori no es un don / <i>Carlos Reyna Izaguirre</i>	19
Los fujimoristas no tienen vergüenza de serlo / <i>Abelardo Sánchez León</i>	25
Cuando caen las sombras: el Apra en el escenario electoral / <i>Eduardo Ballón</i>	30
Tengo un cohete en el pantalón / <i>Martín Paredes Oporto</i>	38
Clases, Estado y nación en el Perú / <i>Martín Tanaka</i>	47
Un resultado previsible y un gran desafío nacional / <i>Eduardo Ballón / Grupo Propuesta Ciudadana</i>	54

Internacional

Ecuador: de una crisis a otra / <i>Leyla Bartet</i>	58
---	----

Tempestad

Telúrico, magnético, peruanísimo	71
Alberto Flores Galindo: el camino de los Andes / <i>Peter Elmore</i>	73
Una mirada sobre las vanguardias / <i>Una entrevista con Mirko Lauer por Mariano de Andrade</i>	78
El Perú ja ja o je je / <i>Juan Carlos Vela Altamirano</i>	85
Cholo Sotil: el amague de la soledad / <i>Manuel Bonilla Rojas</i>	89
Plaza abierta / <i>Adriana Dávila Franke</i>	91
«Lo andino es un factor esencial de nuestra nacionalidad» / <i>Una entrevista con Edgardo Rivera Martínez por Mariano de Andrade</i>	95
La calle y la caverna / <i>Alonso Cueto</i>	98
La papa aguanta todo / <i>Carlos Eduardo Vargas</i>	103
Teatro y verdad / <i>Gonzalo Portocarrero, Jazmín Ángeles, Tilsa Ponce, Emilio Salcedo</i>	111

Homenaje

¡Palmas revolucionarias!	119
Nuestro querido Quijote / <i>Marcial Rubio</i>	120
El amigo que perdí / <i>Alberto Adrianzén M.</i>	125
El fraterno Cancho / <i>Carlos Bernasconi</i>	127



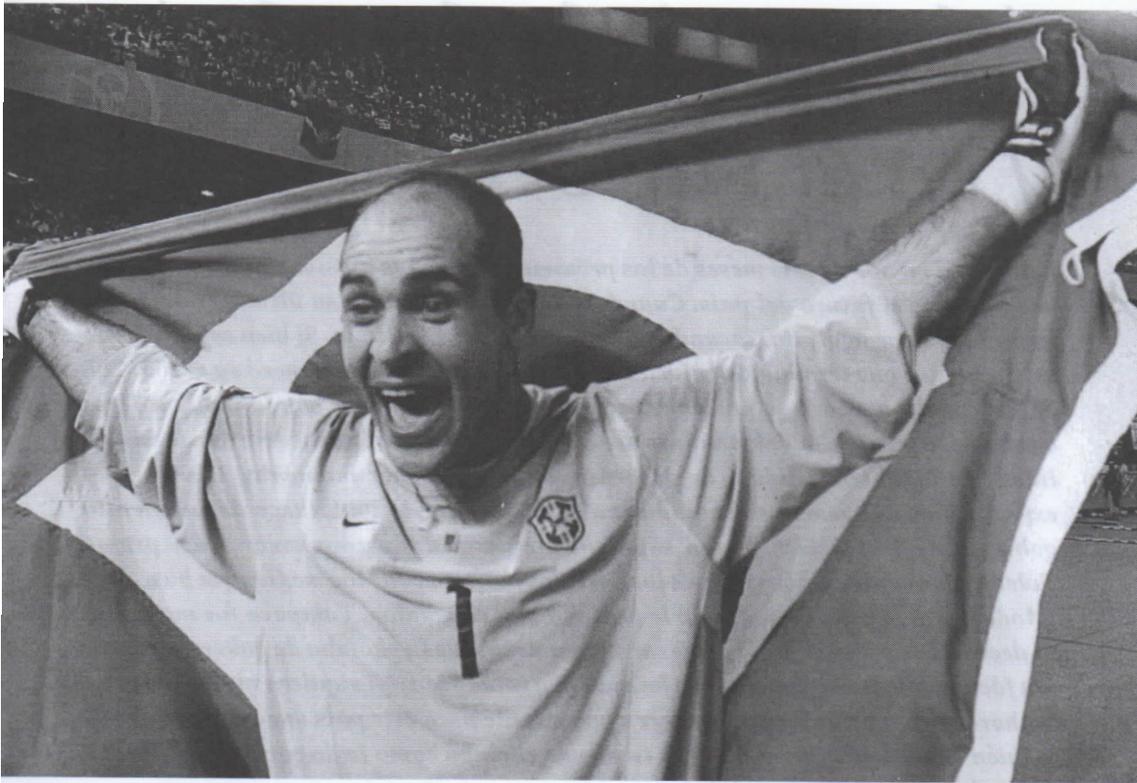
A la patria le dan duro y en el suelo

Estamos a menos de seis meses de las próximas elecciones presidenciales y otra vez nos jugamos el futuro del país. Cuando un gobierno entra en su último tramo, casi siempre lo hace agotado, sacando la lengua, en la última lona. Si bien este gobierno no es el único que termina con niveles de aceptación ínfimos —empezó en el 2001 con 59 por ciento y ahora se mueve entre los 10 y los 15 puntos, con bajadas a 7 por ciento—, lo particular del mandato de Alejandro Toledo es la sensación de inestabilidad, de ingobernabilidad, de desorden, desde el primer momento. Las grandes expectativas que generó su candidatura en el 2000 y en el 2001, luego de un correcto gobierno de transición, fueron rápidamente desgastadas por errores del propio Toledo y por una oposición, desde los partidos políticos y de los medios que buscaban a toda costa la vacancia, que no le perdonó una al «cholo». Tampoco fue muy serio al decir, a los pocos días de empezar su mandato, que la chamba de gobernar el país era fácil. Gobernar el Perú nunca ha sido una tarea fácil. Ni siquiera vivir en él lo es. Y ahora tratamos de buscar un nuevo gobernante para este país que es nuestro país. ¿Quién querría echarse al hombro tremenda chamba como la de gobernar el Perú? Y sin embargo no faltan candidatos.

Como en una carrera de caballos, Lourdes Flores saca al resto de candidatos varios cuerpos de ventaja. Incluso a Alan García, candidato natural del Apra, y al dubitativo Valentín Paniagua. Muchos dicen que Lourdes se desinfla con el correr de la campaña. Otros, que hay que tener cuidado con Ollanta Humala, que entra por los palos. Y no faltan quienes comparan a ambos con Vargas Llosa y Fujimori en 1990, cuando el desconocido chino le volteó el pastel al insigne escritor. Un electorado como el peruano, tan volátil, tan presto a la sorpresa en el minuto final, tan dado al suspenso, echa por tierra cualquier afirmación certera de una candidatura firme. Ni una encuesta nacional nos quita la duda. Los analistas son los más perplejos en el arte de las conjeturas electorales. ¿En quién creer? ¿En el anteojo o en el ojo? Porque, desde 1990 para acá, todo puede suceder, y los que están primero desde muy temprano pueden terminar placé a la hora de la verdad. Y, como decía Bob Dylan, «the answer is blowin' in the wind».

Para los candidatos, empezó la hora de hacer las sumas y las restas electorales, los cálculos menudos, los enjuagues subterráneos. Los electores, por el momento, solamente ven, sospechando, a quienes tienen el terrible papel de ilusionar a una población que cree en muy poco. A una nación (en formación, según los científicos sociales) recelosa, harta de soportar una mentira de cinco años más.

Foto de la página izquierda: Gabriel Barrantes, *Cuadro vivo*, c. 1940.



Otros sí celebran

El hábito de perder. Pierden los mayores, los jóvenes de 17 y de 15 años. Pierde la selección, pierden los hinchas, los periodistas, los dirigentes. Del hábito de perder nadie se escapa. Nos gusta, además. Un desconocido congresista aprista convocó a Paulo Autuori a que explicara lo astronómico de sus ingresos, como si él y sus colegas ganaran poco e hicieran mucho por la adolorida patria. La prensa no le perdonó una a Autuori, pero fue blando con Freddy Ternero. Pero como Ternero goleó al final a Bolivia en Tacna, seguro que lo llaman de nuevo como entrenador. El fútbol es una desgracia. Drama nacional. No metemos goles. Nos llenan la canasta. Nos gritan ¡olé! cuando recién pisamos el gramado. Somos el hazmerreír de Sudamérica. El torneo local hace agua, juegan gordos, borrachos apañados por los dirigentes. Jugar en el Descentralizado significa malearse. Dos más, Jayo. Ternero se cree Dios e inventa a Edwin Pérez. Piensa que Martín Hidalgo es un muchachito de 20 años. Manuel Burga habla solo. La Videna nos queda grande. Con menos infraestructura, Ecuador y Paraguay están en el Mundial. Chau, nos vemos. Mentiras verdaderas: «hay que prepararnos con anticipación para ir al mundial del año 2010». Pero si estamos en el país de las últimas cosas, de la improvisación, la mediocridad y el robo.

Poema real visceralista escrito por Doris Mesones y enviado por intermedio de María Font y Jacinto Requena al profesor Aldo Panfichi de la PUCP.

*A goleadas aprendí
mi labor de hinchita fatal
en el Estadio Nacional
del país donde nació.*

*Tener a PERÚ en un Mundial
no lo vi ni en mi niñez.
Todos nos ganan de a tres
sin sudar la camiseta.*

*Yo creo que la derrota
la sembramos desde aquí
convocando porque sí
jugadores guaraperos
y hoy nos ganan cinco a cero...*

*A goleadas aprendí!!
Para qué el razonamiento
ni con matemáticas te veo.
Con catorce puntos, no creo,
ni arañando el quinto puesto.*

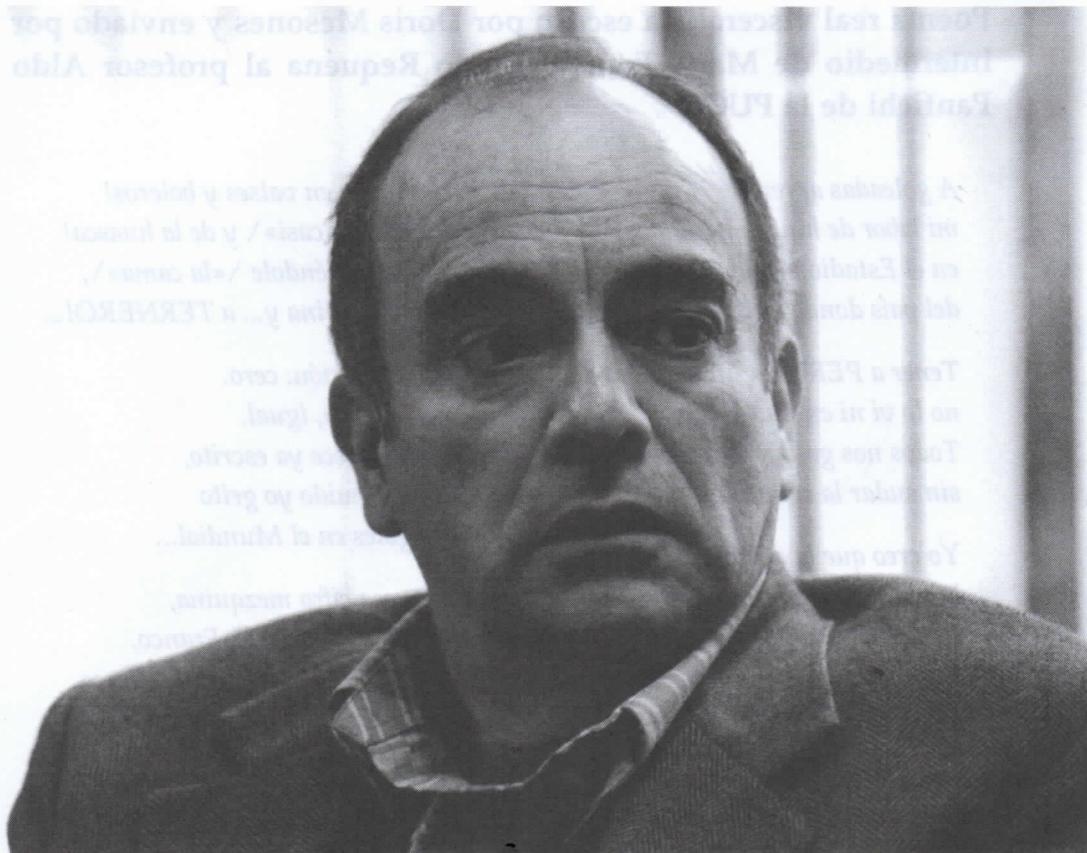
*Lo de Alemania es un cuento,
pues, para colmo de mal,
es la voz general:
Otra eliminatoria perdida!
dejando otra vez jodida
nuestra chance hacia el Mundial...*

*Campeón en valeses y boleros!
Rey del \«casi»\ y de la huasca!
Mago haciéndole \«la cama»\
a la disciplina y... a TERNERO!...*

*En definición: cero.
En defensa, igual.
Todo parece ya escrito,
solo dormido yo grito
los goles en el Mundial...*

*Con esa cifra mezquina,
terminó mi anhelo. Franco,
que aunque se juegue de blanco,
no llegamos ni a la esquina...*

*Y hoy, sentado en la esquina,
lloro el tiempo que perdí
viendo partidos tan malos
de once camisetas sin huevos
mejor me dedico al surfing
¡Que con Sofi sí la vi...!*



Carlos Iván Degregori, antropólogo, ex comisionado de la CVR y profesor sanmarquino, dice que los peruanos nunca fuimos cerrados sobre nosotros mismos. Ser peruanos —sostiene— no significa estar cerrado a influencias extranjeras. (Foto de Carla Leví)

No uno sino muchos países

UNA ENTREVISTA CON CARLOS IVÁN DEGREGORI

POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN Y MARTÍN PAREDES OPORTO

Manuel Prado gobernaba en el Perú de la década de 1950. Hoy no hay Manuel Prado y el Perú no es el de esos años.

Si viniera Prado estaría totalmente fuera de foco. Podría estar en el Parlamento. Sería la otra cara de Waisman. Saldría con su sombrero y causaría furor y primeras planas. Tendría alguna propuesta en defensa de la industria nacional, para proteger, curiosamente, sus tejidos Santa Catalina.

A Prado se le ve como un presidente para una época oligárquica, pero la visión de payaso, de hazmerreír, de disfrazado, también estaba presente. En cierto modo, Caretas lo ridiculiza, lo desenfoca, lo descentra. ¿Prado siempre estuvo descentrado?

Pero lo más impresionante es que ganó con el eslogan «Tú lo conoces, vota por él». Y la gente votó por él. Casi cincuenta años después, Fujimori podría volver con un eslogan así y la gente, un 20 por ciento, optimistamente, votaría por él.

A Prado lo conocían porque ya había sido presidente. Pero a la oligarquía se le veía más antes que a la clase alta de hoy, que está como escondida.

Es cierto, es que la sociedad urbana era más pequeña, estaban en La Colmena y en el campo, estaban en las haciendas. A nosotros, los antropólogos, nos llaman cuando hay problemas con los ese-eje, los aguarunas, porque se supone que somos los expertos en pueblos en aislamiento voluntario. Pero en el kilómetro 98 de la Panamericana Sur también hay pueblos en aislamiento voluntario, y lo logran mejor que los pobres amazónicos.

Es más, en toda la carretera están los nombres de las playas, pero a partir del kilómetro 90 te pierdes. Quieren que sigas de largo. ¿Qué significa ese aislamiento voluntario? ¿El Perú está unido?

Regresé al Perú hace un par de meses y, desde el aeropuerto, tuve la sensación de

un país escindido y «al borde de». Como que estamos por alcanzar algo, no sé si un camino a la chilena, que vienen diez años más de crecimiento a más del 5 por ciento y, finalmente, el país comienza a asentarse. Hay varios indicios de que esto podría ser posible. Pero, paralelamente, desde que sales del aeropuerto también tienes la sensación de que estás al borde de —y quizá la comparación no sea muy exacta— volverte Bolivia en nuestro imaginario: caos, país inviable, que pierde oportunidades, que tiene el gas y no lo puede explotar, a punto de dividirse. Sé que somos más fuertes económicamente, pero estamos al borde de una situación difícil porque ya la gente no soporta. Esa es mi sensación. Mucho va a depender de lo que pase en los próximos doce meses. Porque otro error político tipo Toledo, cinco años más, no sé si podríamos seguir en un crecimiento del 5 por ciento, porque este es un determinado tipo de crecimiento en el que el chorreo es una especie de empleo. Una de nuestras válvulas de escape es la emigración.

¿Por qué Toledo es un error político?

Cuando digo error político estoy pensando en realidad que, desde 1990, estamos votando en contra. Cuando elegimos a Fujimori, y digo elegimos porque yo voté por él en segunda vuelta, votábamos por el supuestamente «bueno por conocer», que resulta siendo una desgracia.

El voto de 1990 por Fujimori fue un voto contra el neoliberalismo, contra Vargas Llosa, contra la derecha.

En primera vuelta fue un voto de sanción por los partidos. Fue mucho voto aprista, izquierdista, el que eligió a Fujimori. Lo mismo en el 2000. Por más que haya candidateado en 1995, Toledo era un *outsider*, no tenía partido. En el 2000 candidatea con Perú Posible y saca doce congresistas, pero Vladimiro Montesinos compra a seis de ellos. En menos de un año, que son las siguientes elecciones, él

no tuvo tiempo de cambiar esa realidad: que Perú Posible no era un partido sino lo que hemos visto, una amalgama de intereses individuales, grupales, familiares, locales.

Pero cuánto cuesta un partido, mantener las sedes, elaborar una ideología, cuando solo hay eslóganes, cuando gobiernan el Banco Mundial, el Fondo Monetario y Estados Unidos da las grandes pautas. Tener un partido es como tener una ONG con costosos programas de promoción. Fujimori no quiere un partido. ¿No sería eso más «eficiente», funcional para la época, para hacer política hoy?

Pero fíjate cómo acabó Fujimori: un desastre. Toledo acepta todo lo económico, Banco Mundial, etcétera, hasta para ciertos organismos internacionales sería un ejemplo, pero, políticamente, terminamos en una situación que se va volviendo insostenible. Y si siguiera así no puede dejar de producir estallidos cada vez más graves.

Tú crees que si no hay partidos no hay estabilidad.

Mira a Chile. Lo imitamos en todo menos en las cosas buenas. Decimos por qué no podemos ser como Chile, pero no queremos tener una Comisión de la Verdad y al día siguiente hacerle caso. Chile lo ha hecho con la segunda Comisión de la Verdad: al día siguiente Lagos salió a pedir disculpas y ofrecer reparaciones, pero sin aspavientos. Por qué lo no imitamos también en el sistema de partidos. Claro que los partidos ya no van a ser como antes; los militantes ya no van, o no vamos, a ser como antes. Están los medios, la televisión, los blogs, la Internet. Pero de todas maneras necesitas instituciones. En Nueva Orleans colapsaron las instituciones y hubo saqueos impresionantes, declararon la ley marcial. La gente le disparaba a los helicópteros, como en Mogadiscio. Es el país más desigual

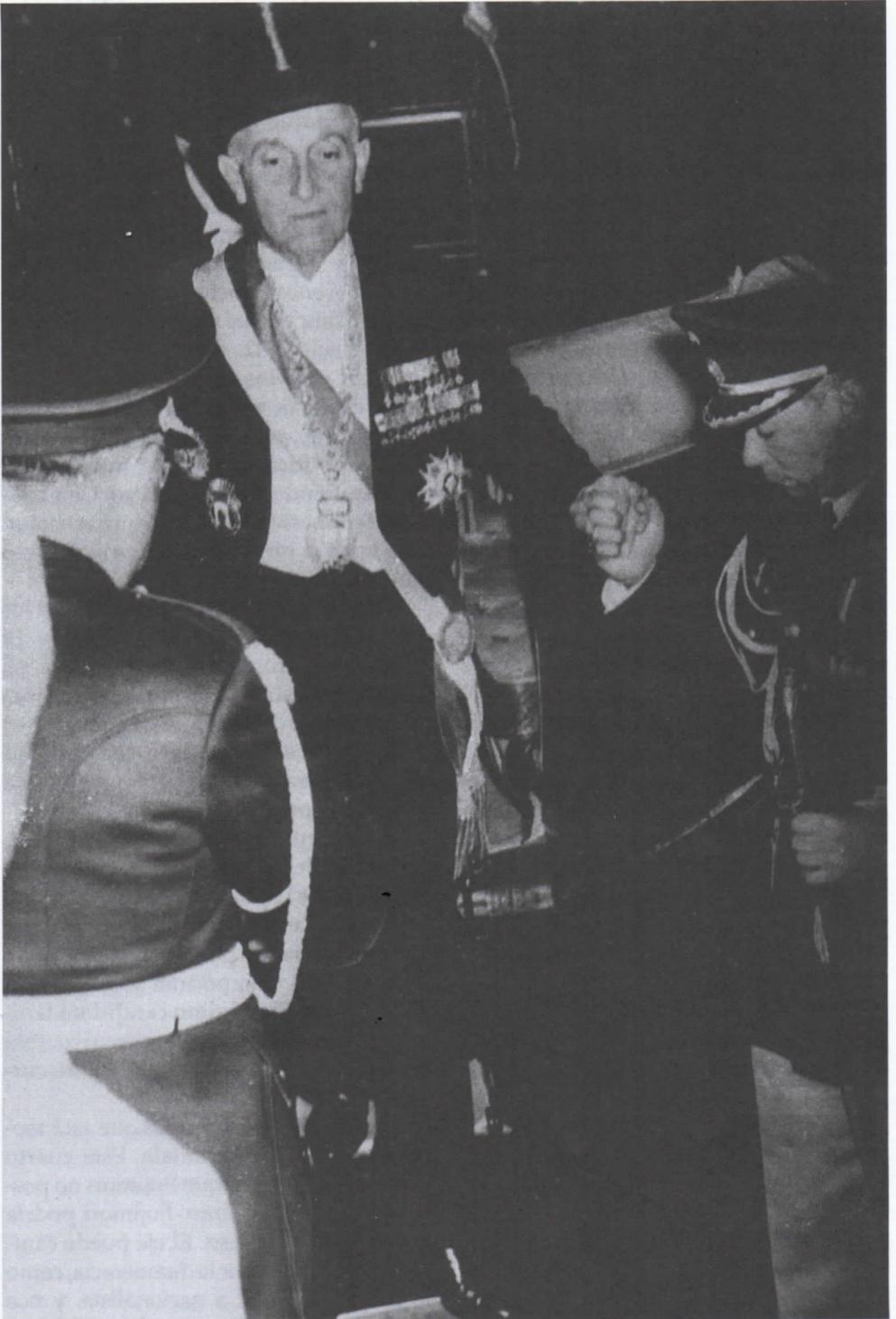
del mundo desarrollado. Y con Bush se ha vuelto mucho más desigual. Si los viejos partidos no sirven, tienes que inventar nuevos.

Eso pasa por la juventud, por personas entre los 20 y los 40 años. ¿Dónde está esa gente?

Yo estuve en el mitin por los dos años de la Comisión de la Verdad y ahí estaban. Y eso es positivo y negativo. En su mejor momento habrá habido 8 ó 10 mil personas, la gran mayoría jóvenes. Ya hubiera querido cualquier partido, incluyendo al Apra, tener esa cantidad de gente; no había transporte, no llegaban con la plata de nadie. Había mucha presencia de la Iglesia, más que de organismos de derechos humanos. Eran organizaciones sociales, muchas de ellas, sospecho, antipartido. Ese es el lado negativo del que hablábamos. Es gente reticente o que no encuentra en estos partidos algo que las movilice. Antes se le llamaba «masa disponible», y los partidos no están ahí.

¿Por qué el Apra sigue siendo considerado el único partido organizado del Perú? ¿Lo es hoy? ¿De qué manera?

A su manera, como diría Frank Sinatra. Son los únicos que tienen una célula parlamentaria que vota, por lo general, en bloque. Incluso, cuando no votan en bloque es porque el partido deja en libertad a sus miembros. Tienen comités y vida orgánica, no como antes, pero se reúnen, hacen sus polladas, eligen jefe de comité distrital, hacen sus escuelas de oratoria con niños que hablan como Alan, tienen sus escuelas de cuadros de jóvenes, realizan elecciones internas; no es un modelo de democracia interna, pero existe. Eso es lo que Alan quiere romper con esto del Frente Social y llevar independientes a su plancha; quiere romper lo que el Apra ha sido y no puede, porque es difícil encontrar una nueva forma de hacer partido.



Manuel Prado Ugarteche fue el político natural (con apoyo del Apra) del Perú oligárquico. Hoy le haría la competencia a «payasito» Waisman. (Foto de Carlos Domínguez)

Pero también porque tiene a un personaje como García que arrastra cierto caudal de votos y moviliza mucha gente.

Se vuelve a ir Alan y el Apra cae a menos del 10 por ciento.

Abel Salinas obtuvo uno por ciento cuando fue candidato presidencial en el año 2000, al igual que Ezequiel Ataucusi.

Esa es una tragedia aprista: la distancia entre Haya y su grupo central era grande, pero ese grupo, ese comité central era bueno, eran unos políticos de polendas. Ahora la diferencia entre Alan y su comité central sigue siendo igual de grande, pero Alan no es Haya y el comité central está lejísimos de ser lo que fue.

El Perú en general está así.

El Perú en general no está así, esto es lo que pasa en los partidos.

¿Qué representa Kuczynski en el Perú de hoy, en el Perú post Sendero, luego de la Comisión de la Verdad, un país informal, chichero, cholo? ¿Qué significa este gringo que últimamente tiene un cierto atractivo?

Tiene atractivo dentro de la burbuja. Desgraciadamente, el escenario político es como el del Teatro Municipal: las actuaciones se hacen entre ruinas. Pero salen de esa burbuja y es otra cosa. Kuczynski es una persona calificada, puede tener sus intereses particulares y no sé en qué medida se mezclan con los del gobierno, habrá que ver; y es peruano, es una forma de ser peruano.

¿Estamos en un país en el que se puede hacer una política de buenos administradores, no muy protagonistas, no al estilo Chávez sino al estilo Lagos? ¿O el Perú todavía no tiene las condiciones para una administración así?

Sí se podría. Paniagua es un ejemplo, él tuvo éxito. Fueron solo diez meses, pero es un ejemplo de que se puede gobernar de otra manera. Lo principal es tender puentes en un país sumamente fragmentado entre los pueblos en aislamiento voluntario por todas partes. Y es

la primera tarea, antes que el TLC, antes que nada. Primera en orden jerárquico. A lo que más peso le pondría es a este tipo de perfil bajo, a reconstruir la confianza, porque es toda una cadena: gobierno local, gobierno regional, funcionarios, ONG, organizaciones sociales. Lo que ahora «une» a los peruanos es una mezcla, desde arriba, de indiferencia, miedo y agresividad; y, desde abajo, mucha bronca, mucha desconfianza, engaño. El engaño es un concepto clave. Y viene desde 1532.

Estos pueblos en aislamiento voluntario explican un Estado débil, frágil, indiferente, pero también un divorcio con la política. ¿La gente puede vivir prescindiendo de la política? Una conclusión de este régimen es que la economía marcha bien y la política mal, ¿pero qué importa!

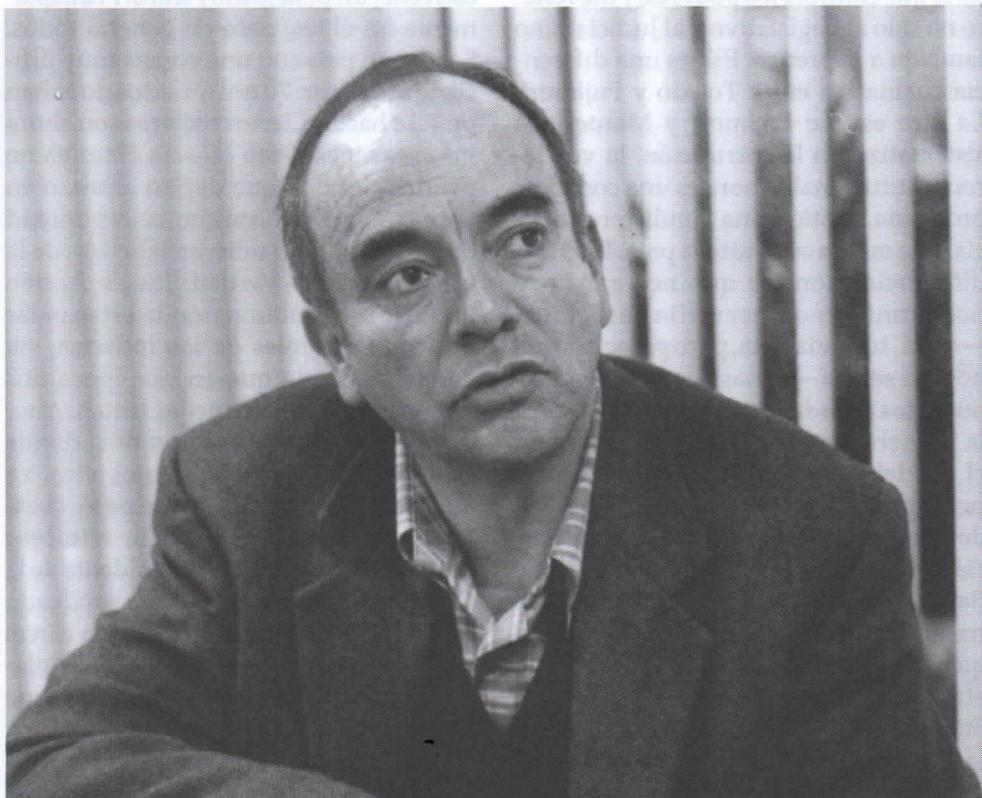
La economía marcha bien, pero los que se benefician son una minoría. El país puede prescindir de la política, sí, pero tienes estas cifras pavorosas de accidentes en la carretera, rejas que dividen a los distritos, el deterioro de la calidad de vida para muchos sectores. ¿Hasta qué punto puedes soportar eso?

Ese discurso viene desde Fujimori, quien le decía a la gente que no se preocupe de la política. Tú dices que los peruanos ya no aguantan más porque ya han pasado por una década de fujimorismo y no podrán soportar otra década más. El próximo candidato también puede hacer suyo ese discurso. ¿No estamos cerca de que cambie un discurso antipolítico?

Una de las posibilidades que está asomando es Ollanta Humala. Está cuarto en las encuestas porque Fujimori no postula, si no, sería quinto. Fujimori podría volver a encarnar eso. El eje puede cambiar de una lucha por la democracia, como lo fue en el 2000, a nacionalista, y nos fregamos. No me sorprende que Patria Roja lleve a Ollanta Humala de candidato,

pues en todo el mundo los antiguos partidos comunistas ortodoxos se han convertido en nacionalistas. Yugoslavia y Milosevic son el mejor ejemplo, para no hablar de China que ahora es nacionalista. Y actitudes como la de Ronnie Jurado azuzan eso. De repente puede surgir no

Nuevamente, puede haber un voto de protesta de gente que no encuentra una representación. Porque Ollanta Humala no es Antauro y aparece como que no quiere fusilar a nadie. Ha hecho un posgrado en la Católica, ¿no? Algo estará aprendiendo. En las entrevistas



Política a la peruana: en el 2000, Perú Posible obtuvo doce congresistas, pero Vladimiro Montesinos compró a seis de ellos. (Foto de Carla Leví)

algo étnico tipo Bolivia con Evo Morales y Felipe Quispe, sino algo etnonacionalista tipo Ollanta Humala.

Eso es un revival de Velasco.

Pero veinticinco años después, de ínfima categoría y mucho más peligroso. Imagínate un gobierno de Ollanta Humala.

¿Esa posibilidad a qué tipo de peruano representa o qué tipo de peruano estaría reclamando eso? Tú dices nos fregamos, pero tú no te quisieras fregar, ¿quién quiere que nos freguemos?

está mucho más sensato. Como dijo Caín de Abel: «no me pregunten por mi hermano».

¿Por qué Fujimori se gana como el que derrotó a Sendero? Históricamente eso va a ser un caudal político para él. Aunque no fue solo él, para el sentido común Fujimori es quien volvió a colocar al genio en la botella. Y segundo, tiene que haber una diferenciación entre Toledo y Fujimori. La prensa ahora los quiere poner en el mismo saco, los

dos falsifican firmas, tienen hermanos desgraciados.

Comenzando por lo segundo, eso sí me parece muy peligroso. Hay unanimidad sobre que Toledo ha sido un desastre como político, pero nunca cruzó el Rubicón y se volvió un gobierno autoritario que controla los poderes, y me refiero no solo al Legislativo y al Judicial sino también a la prensa. Esa es una diferencia cualitativa entre Toledo y Fujimori. La otra es que Fujimori y Montesinos sistematizaron la corrupción, la volvieron institucional. Ahora es una cosa desordenada, caótica, una familia presidencial que mete a cada rato la pata. Esas dos diferencias son las que nos salvan y nos permiten no tener un fin de régimen —ojalá, todavía falta, pero pareciera que no va a ser así— desastroso como en las otras dos décadas. Y en lo que respecta a la primera parte de la pregunta, no sé si el caudal político de Fujimori se deba principalmente a que se considere que derrotó a Sendero. Ello se ha visto parcialmente enturbiado por los sucesos de Barrios Altos y La Cantuta. Habría que hacer una encuesta sobre el tema. Yo creo que a Fujimori le ha servido muchísimo el asistencialismo y la eficacia en las obras. Su presencia fue en los sectores D y E. Se le añora como el gobernante que hacía cosas y ponía orden en los espacios micro. Era una suerte de populismo de bajo costo porque como la población era muy pobre, con obras baratas te ganabas su voto. Es más una sensación de orden en general que específicamente de derrota de Sendero. Aunque no le quito que también es parte de su caudal político. Yo diría que es uno entre varios activos que tiene, y también es el que más ha bajado en la medida en que Sendero está fuera de la escena. Eso se va olvidando, mientras la añoranza por obras, orden, eficacia y populismo siguen.

Se creía que luego de Sendero Luminoso la sociedad peruana iba a ser más

sensible, que las clases alta y media iban a ser menos intolerantes, menos racistas, menos aisladas, y ha ocurrido todo lo contrario.

Es impresionante cómo después de esta tragedia la vida sigue igual, como dice la canción. Tenemos un corazón bien estrecho, un pellejo muy duro. Principalmente las élites, pero en general todos. Somos un país con una coraza muy difícil de atravesar: 70 mil muertos no lo han podido hacer. Ciertos sectores son ahora más sensibles. Creo que las élites ya no pueden decir lo que decían antes, o en todo caso no lo dicen con la impunidad de antes. Cuando salieron las cifras de la Comisión de la Verdad, los de Acción Popular preguntaron dónde estaban las libretas electorales de los muertos, sin darse cuenta de que en esa época dos millones de peruanos no las tenían. Ahora ya tienen insultos *ad hominem*: dónde estuvo Salomón Lerner en esos años. Ya no pueden cuestionar lo que pasó, cuestionan al individuo. Hay un retroceso fuerte. El hecho de que el presidente de la Corte de Justicia Militar haya sondeado con el INPE la posibilidad de una cárcel especial para los militares que han violado derechos humanos demuestra que está aceptando algo que jamás habrían aceptado: que en algún momento algunos de ellos van a tener que ir a la cárcel. Y estarán viendo lo que pasó con Pinochet.

Mucha gente dice que no es justo que vayan a la cárcel los militares que ejecutaron las órdenes y no los políticos que les dieron cancha libre para actuar. En cierto modo, Belaunde, García y Fujimori dijeron «ustedes resuelvan el problema». ¿O es que los civiles no estarían siendo juzgados con la misma vara que los militares?

Es cierto, en parte, porque esa era la chamba de la Fuerza Armada. Ellos deberían haber respondido profesionalmente y en muchos casos no lo hicieron. También son culpables por eso, pero también

los gobiernos civiles. La Comisión de la Verdad intentó encontrar pruebas suficientes para responsabilizar penalmente a Alan García pero no pudo, lo que no quiere decir que no la tuviera. Tanto es así que el fraseo de la CVR es: el señor Alan García tiene responsabilidad política sin desmedro de que más adelante pueda

¿Sendero fue un producto peruano?

Creo que sí.

¿O cuán chino es?

Los peruanos nunca fuimos cerrados sobre nosotros mismos. Más bien, la señora Eliane Karp es hipernacionalista y solo quiere la pachamama. Ser peruano no significa estar cerrado a influencias ex-



Sendero fue un producto Made in Perú. Y los ronderos también. Ahora vivimos las secuelas, como son la violencia familiar y de la vida cotidiana. (Foto de Carlos Valer. «Rondas campesinas», Ayacucho, 1987)

tener responsabilidad de otro tipo. Él es quien más cercano está por lo del Frontón, los penales y por el encubrimiento de Cayara; en esos casos las balas le han pasado cerquísima.

tranjeras. Y hay peruanos americanizados que piensan como los Chicago Boys y quieren que el Perú sea exactamente igual a los Estados Unidos. Sendero fue peruano, pero los perdió el hecho de no querer

ser más peruanos sino más chinos. Los perdió no darle tanta importancia a la peruanidad, no enraizarse en la historia, en la cultura peruana. Abimael Guzmán es un caudillo igual a otros de nuestra historia. Pero en vez de ser un caudillo de grandes espacios, como era Haya de la Torre, Guzmán era caudillo de cámara, era rey en la célula, en la escuela de cuadros, en el comité central, en el buró político, en la universidad, en el aula; era áulico. Y seducía mujeres con su verbo, intelectualmente. Quién sabe también a otros niveles. Fue muy peruano, pero de un estrato de ciudades medianas y pequeñas de provincias. La dirección venía de ese estrato. Con mucho todavía de misti, prerreforma agraria, con una relación vertical con los indios, pero cambiada: en vez de misti-indios eran partidomasas. La masa tenía que hacer lo que el partido decía. Eso les impide ahora tener un futuro. Sendero, como lo conocemos, ya fue derrotado. Lo de Artemio ha sido sospechosamente inflado. Si a cada rato la prensa lo entrevista, ¿por qué no va la policía y lo toma preso?

Siempre es bueno tener su senderista...

Claro, para azuzar el miedo al rebrote. Esto no significa que no habrá violencia en el futuro, incluso violencia política, pero el proyecto Sendero ya pasó, y el propio Abimael Guzmán lo reconoce así. Él dice que pasarán treinta o cuarenta años para que vuelva a haber otra coyuntura favorable para la guerra popular. ¿Te imaginas de acá a treinta o cuarenta años cómo será el mundo? Será la guerra de los clones.

Pero lo que Sendero nos ha dejado son las actitudes...

Somos una sociedad de posguerra. La vida cotidiana durante la guerra te queda, te impregna a veces sin que lo sepas. Esos son los traumas psicológicos que se transmiten de generación en generación. La violencia familiar siempre ha existido, pero en las zonas más afectadas por

la violencia política aparece más inexplicable. Las mujeres no saben qué les pasa a los maridos. Antes había un cierto patrón, hasta ellas sabían cómo defenderse de ese patriarca que venía borracho y les quería pegar. Ahora no hay ese patrón. La violencia los ha afectado muchísimo en el ámbito de la vida cotidiana.

¿Cómo se han reinsertado los senderistas? Porque no todos están muertos y la vida continúa.

Por supuesto que la vida continúa y eso es algo de lo que las élites muchas veces no quieren darse cuenta. El primer nombre que se me viene a la mente, aunque no es importante, es Francisco Diez Canseco, que dice: «con los senderistas nada. La Comisión de la Verdad es pro Sendero»: son huachaferías. Nosotros podemos decir eso, pero en la comunidad de Mazamari o en Quispicanchis no puedes darte el lujo de declarar algo parecido porque los senderistas están ahí. ¿Cómo se reinsertan los que antes fueron senderistas y ahora no lo son? En algunos casos ha habido procesos de microrreconciliación. En la sierra y con los ashaninkas, en aquellos sitios donde tienen fuerza, los evangélicos han encontrado la manera de reincorporarlos a la comunidad. A veces a través de periodos de vigilancia. Los ashaninkas los eligen de dirigentes o los ponen hasta de alcaldes, porque los ashaninkas son sociedades contra el Estado. No querían que surja Estado en las sociedades amazónicas y cuando alguien estaba acaparando demasiado poder encontraban la manera de que muera y lo convertían en héroe. Pero nunca la reconciliación es total. Los varones son más propensos a la reinsertación de los senderistas. Las mujeres no aceptan. Están atrás y uno escucha el murmullo de su desacuerdo. Esto sale en las fiestas con un poco de trago. ¿Y por qué no aceptan las mujeres? Porque se han quedado viudas o las violaron o se llevaron a sus hijos de reclutas. Hay todo

un sector en el que ha habido microrreconciliaciones que mal que bien funcionan. En otras partes, los propios senderistas se han reinsertado mejor de lo que ellos llamaban masa, en el sentido de que se lavaron las manos y regresan como toledistas, independientes, se meten a cualquier partido y se reincorporan no solo a la vida cotidiana sino a la vida política nacional. Muchas veces son *brokers* políticos o simplemente se reintegran a la comunidad, mientras la masa que fue ganada por Sendero y después golpeada por los militares, y que no tiene una historia heroica como la tienen los ronderos que derrotaron a Sendero, está moralmente abatida. Hay zonas de Ayacucho donde el alcoholismo se ha desbordado. Se sale de los rituales y de la esfera de los hombres; ahora son también las mujeres, los jóvenes. Hay una descomposición social muy triste. En algunas partes, sobre eso comienza a actuar el narcotráfico. En Ayacucho se ha descompuesto la institucionalidad local, rural, surgen pandillas juveniles, se ha roto la jerarquía etaria. Todo ello crea un escenario favorable para el narcotráfico.

Hubo hace poco una discusión entre criollos y andinos en el campo de la literatura. Pero lo andino está como caricaturizado, estático, no recoge, si es que la hay, la complejidad de la sociedad andina en el Perú. ¿Qué cambios ha habido en lo andino?

Lo que les faltó a andinos y criollos es algo así como una trenza, aunque con más elementos; como un quipu, como un ovillo, andinos y criollos pero también limeños y provincianos, y costeños, serranos y amazónicos. Es esa triple diferenciación, jerarquización, distribución desigual del poder, donde en un extremo estaría el limeño criollo que, además, tiene plata, y en el otro extremo estaría el andino o el amazónico o el serrano pobre. Hay una trenza de ese tipo. La polémica

que mencionas se ha quedado corta porque no ha visto esta triple o cuádruple trenza, si le aumentamos ricos y pobres. Entonces, tienes que Miguel Gutiérrez estaba entre los andinos y él es piurano. En realidad, él es provinciano. Creo que también entre los andinos estaba Gregorio Martínez, que en todo caso es un afroperuano. Es cierto que todo es mucho más complejo y mucho más móvil. Te diría que más que el Megaplaza, si hablamos de arte, están todos estos cineastas que tienen gran éxito en provincias, como Palito Ortega en Ayacucho.

Hay como una industria hindú para un mercado provinciano.

Embrionario. Chollywood para un público provinciano. Pero en esta discusión no creo que unos estén arriba y otros abajo. Gente como Gregorio Martínez o Miguel Gutiérrez están de hecho en las grandes ligas, para usar esa frase que se desprestigió tanto. No sé por qué no se reconocía que en los principales medios hay una mayor aparición de ciertos personajes que están en redes más cercanas a esos medios.

Esta actitud postsenderista de la que hablábamos antes está reflejada en películas como *Días de Santiago*, de Josué Méndez. Es un retrato de la sociedad post Sendero.

Sí. Lo que Sendero produce es la militarización de viejos conflictos, que al final acaban explotando en diez mil pequeños conflictos: de comunidades contra comunidades, de familias contra familias, de vecinos contra vecinos.

Realmente, Sendero fue la apertura de la caja de Pandora, el aprendiz de brujo; todas esas metáforas están ahí. ¿Ahora quién vuelve a meter al genio en la botella? Y hoy se recurre con más facilidad que antes a la violencia para resolver conflictos. Eso es herencia de la guerra desatada por Sendero, en la que el Estado y la sociedad también participaron. ■



Fujimori no es un don

CARLOS REYNA IZAGUIRRE¹

Si se recuerda la trayectoria personal de Alberto Fujimori, una de las cosas que saltan a la vista es su marcada aversión al riesgo. Su proclividad a apostar solo si tiene muy poco que perder. De allí que el ahora refugiado en Japón recién ingresó a la política a fines de la década de 1980, a los 55 años, cuando ya tenía asegurada una cómoda jubilación.

Es notable la diferencia con quienes fueron sus competidores principales en aquella ocasión. Se puede pensar lo que sea de Mario Vargas Llosa, Alfonso Barrantes, Henry Pease o Luis Alva Castro, pero los cuatro ingresaron muy jóvenes a la actividad política. Los cuatro bregaron públicamente por sus convicciones y asumieron las consecuencias a veces poco predecibles de tales opciones en el Perú de las décadas de 1950 ó 1960. Lo continuaron haciendo cuando ya fueron protagonistas, durante la violenta década de 1980. Y cuando compitieron en 1990, los cuatro tuvieron también el coraje de tener ideas y compromisos definidos así ello les restara posibilidades de ganar.

Fujimori, en cambio, no tenía riesgos ni en su biografía ni en sus ideas, tan plomizas la una como las otras. Él postuló para presidente solo para maximizar la posibilidad de salir elegido senador. No se le conocía ninguna causa social o pública con la que estuviera comprometido. La única explicación plausible de por qué quiso ser senador es puramente privada y apolítica: el estatus, en el que

se incluía el disfrute de una buena pensión de jubilación. Si terminó ganando la presidencia fue porque su indefinición y su carencia de pasado político le permitieron encaramarse en la mentalidad antipolítica que primaba en el defraudado y asustado ciudadano promedio que votó en 1990.

Hay cantidad de ocasiones durante y después de su gobierno que expresan la aguda fobia al riesgo de este personaje. Recién electo, le hicieron creer que se tramaba un golpe y se fue a refugiarse a una instalación militar. Más de una vez traspuso la puerta de la embajada de Japón cuando hubo situaciones tensas. Otras veces se mudó con familia y todo a las instalaciones del Servicio de Inteligencia. Y eso que siempre gozó del respaldo de los militares.

Si alguna vez tuvo que tomar decisiones conflictivas, primero se aseguró de que contaba con el abrigo o la protección de los más fuertes. Cuando su gobierno anunció el *shock* económico, allá por agosto de 1990, tenía no solo la venia de los más poderosos en el mundo económico de fuera y de dentro del país, sino también el resguardo de las Fuerzas Armadas, que tomaron preventivamente el control de las once ciudades más importantes del país. Y cuando organizó junto con los militares el golpe de Estado en 1992, antes ya había captado la indulgencia de los políticos estadounidenses, a los que sus propios servicios de inteligencia les habían hecho creer que Sendero Luminoso estaba a punto de tomar el poder. Fujimori, por supuesto, remuneró bien a sus protectores. A unos les dio el negocio

1 Sociólogo especializado en estudios políticos. Ha investigado sobre violencia política y sistemas políticos y electorales.



Keiko Sofía Fujimori en Palacio de Gobierno, 1998. ¿Quién pagó su universidad en Estados Unidos? (Foto de Bernardo Aja)

de las privatizaciones, las facilidades tributarias, los salvatajes financieros, los fondos previsionales... o la coima millonaria simple y directa. A los otros, a los de uniforme, les dio el negocio de la compra de armas, de la compra de provisiones militares y policiales, del manejo

de los fondos de retiro militar y policial, e hizo la vista gorda en los embarques de droga en el Huallaga.

La forma en que dejó la presidencia ilustra bien su propensión a salir corriendo frente al riesgo. Apenas vieron la luz el primer vladivideo y las evidencias del

tráfico de armas hacia la guerrilla colombiana, nuestro personaje acusó de todo a su propio *consigliero* Montesinos, luego anunció que adelantaba las elecciones y finalmente se fugó disimulando una visita al Asia, recalando en el suelo japonés que siempre vio como refugio. De modo que su vida actual de temeroso fugado y cobijado en un pequeño departamento en los suburbios de Tokio, del cual sale poco y con muchas precauciones y no sin echarse antes algo de maquillaje para disimular las arrugas, es un epílogo fiel con su trayectoria.

Entonces ¿por qué anda diciendo que regresará al Perú para dar la batalla política en las ya próximas elecciones del año 2006? Para responder a esa pregunta debemos tener en cuenta a qué subespecie pertenece Fujimori. Él no es lo que piensa o dice que es. Tampoco es lo que los peruanos creemos ahora que es. Cinco años después de que se fugó hay varias cosas que han suavizado la imagen local del personaje. Entre otras: la indulgencia de ciertos jueces con la corrupción pasada y presente, diversos episodios de grotesca corrupción de los politicastos que rodean al actual gobierno, el coqueteo de algunos partidos con el supuesto electorado fujimorista y la blandura de determinado periodismo que le gusta hacer de anfitrión de quienes fueron escuderos y ahora son propagandistas del ex dictador. Todo eso lima, maquilla, la imagen de aquel que provocara la más grande de las manifestaciones de protesta y rechazo de la historia del país. Hace que muchos crean ahora que se trata de un político corrupto como tantos, y nada más.

Por eso, es mejor recurrir a la mirada de otros cuya información y memoria no

han sido ablandadas por cinco años de oportunismos de diverso tipo. Otros que, por función, no solo miran y analizan fenómenos similares sino que hacen la taxonomía y colocan a cada cual en su lugar. Este es el caso de los autores de un informe de la subcomisión de derechos humanos de Naciones Unidas,² que afirma que Alberto Fujimori es uno de los diez gobernantes más corruptos de la historia.

Quienes comparten con él esta categoría son personajes como el serbio Slobodan Milosevic, el único caso de un presidente que fue procesado por el Tribunal Penal Internacional estando en el ejercicio del cargo, después fue destituido, procesado y encarcelado en su país por apropiación ilícita de grandes sumas del Estado y finalmente llevado para su juzgamiento por crímenes de guerra ante el tribunal de La Haya. Otro de la misma decena es el ex presidente nicaragüense Arnoldo Alemán, condenado por la apropiación y lavado de millones de dólares del presupuesto de su empobrecido país. También está el ex primer ministro ucraniano Pavlo Lazarenko, responsable de negociados por centenas de millones de dólares con el tráfico de gas en su país; este es otro que se fugó, pero fue procesado y encarcelado en Estados Unidos por lavado de dinero. Otro colega de grupo de Fujimori es el ex presidente filipino Joseph Estrada, destituido en 2001 por el Tribunal Supremo de su país tras conocerse los millonarios sobornos que recibía del negocio de casinos y después de que resueltas multitudes paralizaran Manila exigiendo su salida. Los otros cinco que conforman el grupo líder de gobernantes corruptos son personajes tan vergonzosos y tan poco presentables para sus países como el haitiano Jean Claude Duvalier, el filipino Ferdinand Marcos, el indonesio Mohamed Suharto, el zaireño Mobutu Sese Zeko y el nigeriano Sani Abacha, todos ya fallecidos.

Esta ubicación internacional del ex dictador define y nos recuerda bastante bien quién es Alberto Fujimori:³ alguien que aparece como político pero que es,

2 El informe se titula «La corrupción y sus repercusiones en el pleno disfrute de los derechos humanos, en particular los derechos económicos, sociales y culturales» y es suscrito por la Relatora Especial, señora Christy Mbonu. Fue publicado en agosto de 2004.

3 También hay una clasificación nacional anunciada por el procurador anticorrupción, Antonio Maldonado. Se trata de la lista de los diez .../

para todo efecto práctico, un delincuente. Esta singular combinación de una careta de hombre de Estado colocada encima de una personalidad delictiva ha venido a proliferar recientemente en países en donde coinciden tres variables: precariedad institucional, pobreza social y grandes negocios en torno al Estado, derivados de la liberalización y privatización de recursos nacionales en el marco de la llamada globalización.

Para sobrevivir, estos especímenes del mundo moderno y globalizado necesitan actuar conforme a su careta, pues de lo contrario quedarían desnudos solo como delinquentes comunes. Es probable, incluso, que terminen creyendo ellos mismos a su propia máscara de gente respetable y de honor. Milosevic ya tiene varios años de juicio en el tribunal de La Haya y continúa expresándose y reivindicándose como un político honorable. Lo mismo hacen Arnoldo Alemán y Joseph Estrada, y todos tienen también sus respectivas cortes de lugartenientes y seguidores que les hacen el favor de mantener vivos, con expectativas más maliciosas que ingenuas, a sus supuestos movimientos políticos.

Por eso, el ex dictador Fujimori anuncia que será candidato y bravuconea diciendo que regresará al Perú. De no hacerlo, traicionaría al personaje que ha venido encarnando hace años, es decir, se traicionaría a sí mismo. Seguirá fingiendo ser un político por el resto de su vida porque así le conviene y, también, porque ha llegado a creer que en realidad lo es.

En esto hay una clarísima analogía con los padrinos de la mafia. El jefe mafioso no actúa como un delincuente común. Este último es una persona al margen o en contra de la ley que delinque sin más pretensión que alzarse un botín y, ante los ojos del resto, queda claro que es un delincuente que si se cruza con políticos es para asaltarlos o secuestrarlos.

En cambio, los grupos mafiosos no hacen nada frontalmente. Se distinguen porque se colocan tanto fuera como dentro de la legalidad. Delinquen, pero también utilizan con provocadora audacia

todos los mecanismos legales posibles para que sus delitos pasen inadvertidos o queden impunes. Precisamente para aumentar la probabilidad de quedar impunes, actúan desde dentro de las esferas sociales y políticas, las infiltran o sencillamente se integran a ellas.

Todos los capos mafiosos tienen la apariencia y los ademanes de señorones decentes y respetables. Se mueven y actúan entre varios mundos, el ilegal y el legal, el de los sicarios y el de los negocios o la política. No dicen te voy a robar, sino te voy a proteger. No extorsionan sino aconsejan. Como resultado, los acompaña y disfrutan de una extravagante aureola de ambigüedad. Su propia identidad se desdobra en varias y juegan con ellas. Tanto es así que ellos mismos se perciben a la vez como mafiosos, como personas honorables y a veces hasta publican libros.

Joe Bonnano, capo de una de las principales familias mafiosas, publicó en 1983 un libro autobiográfico titulado *Un hombre de honor* y se murió de viejito, a los 97 años. En vida, aparte de invertir en los trillados casinos, también fue un hombre de empresas que invirtió en fábricas de ropa, de quesos... y, para no desaprovechar las ocasiones, en funerarias. Al Capone, antes de que fuera a prisión por irregularidades contables, daba entrevistas en los diarios y opinaba como un notable más. Charlie Luciano, el famoso *Lucky*, se ganó el respeto de ciertas esferas de poder en los Estados Unidos porque sus redes en suelo italiano ayudaron a las

/... prófugos más buscados por la justicia peruana. Naturalmente, la encabeza el ex dictador y lo acompañan su ex ministro de Defensa y ex embajador en México, el general Víctor Malca Villanueva, al que se le descubrieron cuentas bancarias por varios millones de dólares; su ex ministro de Economía Juan Carlos Hurtado Miller, quien recibió también varios millones de dólares a cambio de ser candidato fujimorista a la alcaldía de Lima en 1998; y a su ex congresista Óscar Medelius, responsable por una masiva falsificación de firmas para inscribir a uno de los movimientos de fachada de Fujimori. Y como para completar el aire de *famiglia*, la lista incluye a su cuñado Víctor Aritomi y a sus hermanos Pedro, Rosa y Juana Fujimori.

tropas norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial. También murió de viejo, disfrutando de la suerte de que su autopercepción de delincuente y hombre respetable fue convincente, pese a todo.

Pero hasta allí no llega la analogía entre Fujimori y los capos mafiosos, pues

a resolver sino que agrava estas lacras. Por eso es que Arnoldo Alemán, después de haber sido condenado, ahora camina libre por las calles de Managua. Joseph Estrada despacha desde una *suite* en Manila. Pavlo Lazarenko sigue preso en una cárcel estadounidense, pero su gran



Los capos de la mafia se mueven entre varios mundos, el legal y el ilegal, los negocios y la política. No te roban, te protegen. No extorsionan, aconsejan. La mafia de Fujimori y Montesinos era una mafia envilecida por el robo y el asesinato, y sobre todo, cobarde. En la foto Al Capone, el capo.

estos, por definición, no podían haber sido nunca tan huidizos frente al riesgo. Además, solían amar a su patria y a nadie le quedaban dudas de cuál era su nacionalidad de origen. No es, por cierto, el caso del refugiado de Japón.

¿Ha desaparecido esa mezcla de variables que da lugar a personajes como Fujimori en países como el Perú? No. Sigue habiendo instituciones enclenques, mares de pobreza y negocios fuera de control en torno al manejo de los recursos públicos. La moda liberal no solo no ayuda

socia de negocios, la empresaria Yulia Tymoshenko, se apresta a ser candidata presidencial en Ucrania. Por nuestra parte, el ex dictador es honrado como presidente vitalicio del partido Sí Cumple, no tardará en conceder entrevistas a los medios—algunos andan locos por conseguir una— y seguro hasta le harán la gestión de inscribir su candidatura. El único consuelo es que nunca volverá, porque sabe que tiene muchas cuentas pendientes con demasiada gente y le falta la fibra que a los colegas de don Corleone les sobraba. ■



¿Se sentará otra vez en la silla presidencial? ¡No, carajo! Los pobres lo extrañan, los ricos también: cada uno quiere volver a recibir y hacer dinero fácil, rápido y sucio. (Foto de Hernando Burgos)

Los fujimoristas no tienen vergüenza de serlo

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Los políticos son personas interesadas y les encanta salir en la foto cuando el presidente está en alza, pero acostumbran evitarlo cuando sus niveles de popularidad son bajos. Es el caso, por ejemplo, de George W. Bush, que apenas goza de un 44 por ciento de aprobación. Prácticamente ningún político que valore su futuro desea ser visto con el presidente cuando anda de malas, mas ese no es el caso de los fujimoristas que, aun cuando todas las evidencias señalen a su líder como cabeza visible de un régimen de saqueo sistemático, anhelan posar a su lado cuando la cámara hace click.

No llego a entender cómo civiles, profesionales, gente que en su ámbito privado acostumbra ser responsable y trabajadora, piense que lo mejor que puede ocurrirle al Perú en el 2006 es que Alberto Fujimori vuelva a ser presidente. Un individuo de doble cara y doble nacionalidad. Un prófugo que huyó del Perú a hurtadillas y envió por fax su renuncia desde Brunei. Un personaje que vive en el Japón protegido por lo más corrupto de la política de ese país, nación que, además, ha hecho todas las muecas retorcidas de la diplomacia al más puro estilo de la sonrisa cachacienta de Fujimori y ha colocado cuanta traba ha podido en el camino. Definitivamente, esa actitud convierte al Japón en cómplice de las fechorías del ex presidente.

No entiendo cómo Luis Delgado Aparicio, Martha Hildebrandt, el banquero Francisco Pardo Mesones o la Cuculiza

dan la cara por semejante personaje. No hablo ya del político, me refiero a la persona: alguien que maltrató a su esposa, a quien dejó encerrada en algún aposento de Palacio, a la que humilló y permitió que vejaran en el SIN, que la torturaran en sus calabozos; una persona que hizo de su círculo familiar un clan de pillos, pues convirtió a sus hermanos y hermanas, a su cuñado, en piezas cercanas a la corrupción. Su cuñado Víctor Aritomi, embajador en Tokio durante diez largos años, fue probablemente el nexo entre Fujimori y la mafia nipona. Durante su gestión, Fujimori realizó varios viajes sospechosos al Japón y a otros países asiáticos.

¿No hay vergüenza? ¿No hay criterios morales para evaluar la gestión de un presidente? Es verdad que todos somos humanos, pero también es verdad que una vez que ocupamos un cargo público debemos rendir cuentas de nuestra administración. Alberto Fujimori tiene cantidades de juicios abiertos y no les da cara, pues prefiere seguir los pasos de Alan García y retornar al país cuando hayan prescrito. ¿Por qué prescriben los delitos de un gobernante? No me parece justo. No me parece correcto que el tiempo diluya la gravedad de ciertas conductas y borre sus efectos. A Alberto Fujimori se le impide ejercer un cargo público hasta el año 2012, pero luego sí podrá hacerlo. No suena lógico.

Alberto Fujimori confía en la moral laxa de la población peruana, porque, es cierto, tenemos una tolerancia muy alta frente

a la corrupción. Puede ser comprensible que los pobres lo extrañen por la cantidad de programas asistenciales que desarrolló durante sus dos gobiernos, acostumbrándolos a recibir antes que a producir. Fujimori prácticamente los maniató con esos programas, e incluso podemos suponer que tenía pretensiones de empadronarlos y sujetarlos políticamente. Pero lo que no alcanzo a comprender es cómo sectores acomodados deseen tan ardorosamente su retorno. Puede ser que algunos de ellos hicieron muy buenos negocios. De eso casi no hay duda y resulta lógico que Montesinos y Fujimori presionen a varios empresarios para que desembolsen fuertes cantidades de dinero en su afán desestabilizador del gobierno de Toledo o iniciar la campaña del líder refugiado en Japón. Quizá se deba al tono autoritario que se le atribuye (autoritario, quizá, pero nunca valiente), o a que la alta burguesía peruana antepone los criterios de seguridad a los de la democracia. A la burguesía peruana le da miedo vivir en el Perú. Cada vez más lo sienten ajeno debido a sus radicales transformaciones culturales, y antes que a Lourdes Flores (una candidata de derecha con la cual podrían identificarse) prefieren a un Fujimori que les garantice una fructífera relación con los nuevos cholos del Perú: empresariales, comerciales, ahorados, emergentes, los nuevos y verdaderos dueños de la patria. Con ellos, con el Perú real, es que Fujimori resulta una garantía de control y de dominio. Lourdes Flores siempre será vista como alguien distante, al otro lado del puente, que tendría dificultades para entenderse con ellos y, sobre todo, para controlarlos. Alberto Fujimori, en cambio, es el gran perro guardián de la burguesía peruana, vinculado a las Fuerzas Armadas, institución involucrada en el moderno negocio del narcotráfico, incluso, arriesgadamente, ligado al tráfico de armas, negocios que han vigorizado a nuevos sectores sociales e impulsado a aletargadas regiones del territorio nacional. Fujimori es una mezcla astuta de

orden y de informalidad. De jerarquías por arriba y de desorden por abajo, aunque el mundo popular no organizado políticamente estaba en su mira de control a través de los programas asistenciales.

Fujimori es un político de derecha. De la derecha dura. De las jerarquías y de la imposición. Le gusta gobernar en círculos pequeños, de clan, de etnia, familiares, sin dar explicaciones y sin necesidad de buscar consensos. Para él, la vida parlamentaria es parasitaria, inútil, una fachada democrática que hay que mantener por presiones extranjeras. El partido político le incomoda, solo son siglas, referencias borrosas, trámites para acceder al poder. Las alianzas y las reglas existen durante periodos cortos, y cuando se convierten en un estorbo, hay que modificarlas. Algo de todo esto le resulta atractivo al pueblo peruano. Le gusta un mandón en el centro del poder. Alguien que les resuelva los problemas y a quien no haya que fiscalizar.

Es gracioso ver a los empresarios y a los *yuppies* vitorear a Fujimori. Es como si lo hicieran por su mayordomo. Les encanta decir que adoran al Chino. Para ellos, el Chino debería gobernar toda una vida, por siempre. Me parece increíble que tanta educación en colegio caro termine en adulación y fidelidad al Chino. A todas luces, Fujimori es nuestro Pinochet. Al chileno le encantaba mostrar el lado francés de su apellido y a Fujimori le fascina vivir en el enigma de las dos nacionalidades, como una manera más complicada de entraparse en el lado oscuro de la peruanidad: en la ausencia del padre, en la del hombre hecho a pulso, el práctico, la persona que entiende de números pero no de letras (el arte es para las hembras) y el aspecto varonil, más bien, radica en la capacidad de ser respetado y temido.

La pregunta sigue en pie: durante cinco años, desde el 2000, las pruebas contra Fujimori, contra Montesinos, contra su régimen, aumentan, pero su popularidad sigue intacta, afincada en ese extraño 20 por ciento de aprobación. ¿Quién entiende

que Toledo no haya jamás superado en aprobación a Fujimori? Toledo puede ser —así se le ha tratado públicamente— un cholo borracho, perezoso, impuntual, mentiroso, pero todos esos calificativos no explican cómo una persona que redujo

soy yo quien no llega a ponerse a tono con el pulso del Perú del siglo XXI?

En el extranjero se vacilan con nosotros: «O sea que Fujimori regresa, o sea que les gusta Fujimori», me dicen y tengo que responderles: «Sí, Fujimori está hecho



Miembros de Sí Cumple, Jorge Trelles, Luísa Cuculiza, Carmen Lozada, Francisco Pardo Mesones, Absalón Vásquez. El fujimorismo añora regresar al Congreso para limpiar a su jefe. (Foto de Caretas)

y fortaleció un Estado para devorarlo, que luego huyó del país dejando a su hija Keiko Sofía literalmente desamparada en Palacio, lo supere en aprobación. ¿Qué tenemos los peruanos en la cabeza? ¿O pertenezco a una especie que no figura en los ratings, en las encuestas, en los gustos, en las valoraciones? ¿Soy un bicho raro porque pienso como pienso? ¿Los fujimoristas no están tan equivocados y

a nuestra medida, a la medida de un 20 por ciento de peruanos, entre ellos varios amigos míos, muchos conocidos, personas que guardaron silencio durante cinco años, no porque estuviesen desilusionados con los resultados de su gestión sino porque esperaban el mejor momento para volver a aparecer y decir orgullosamente: “soy fujimorista, voy a votar por Fujimori, es una raza que no lo dejen postular,

maricones, se mueren de miedo porque en el fondo saben que el Chino se la lleva"». El diario *La Primera* lo dice en un titular: «Si viene Fujimori tumba a Lourdes». Pero claro que sí. Los diarios *Correo*, *La Primera*, *La Razón*, cada uno a su manera, desean y anhelan que Fujimori vuelva a ser el presidente del Perú.

El retorno de Fujimori viene con hueso, pero eso lo esconden bien sus seguidores. ¿Acaso estos creen que Montesinos va a permanecer encerrado en la Base Naval en un supuesto gobierno fujimorista? Imposible. Uno no puede quedar detenido y el otro libre en plaza, porque ambos son parte de una sola persona, son una sola identidad, una sola conducta. ¿O piensan que los militares hoy reclusos en el penal San Jorge no van a regresar a sus puestos? Sin duda, Hermoza Ríos, el héroe del Cenepa, saldría en andas como salieron liberados en su momento los miembros del Grupo Colina. Y Martín Rivas probablemente sería nombrado Ministro del Interior. Sí, regresarían, porque, para ser coherentes, deben volver todos los empresarios de los medios de comunicación que vendieron su línea editorial por unos dólares agujereados y cobraron sumas astronómicas en efectivo y se las llevaron en sacos de papas a sus cuentas bancarias en el exterior. Regresaría el general Malca. Saldría de su escondite Hurtado Miller, y que Dios lo bendiga. Carlos Boloña volvería a sonreír con su cara de bebe. Los Crousillat retornarían por decisión propia y festejarían su vuelta a Palacio. ¿O los seguidores del Chino creen que va a gobernar honestamente, rodeado de una generación distinta, sin su compinche Joy Way? ¿Lo cree Luis Delgado Aparicio, en su juventud gran bailarín de las tonadas tropicales? ¿Lo cree de corazón Martha Hildebrandt? ¿La Cuculiza ignora lo que Fujimori le hacía a su esposa en los calabozos del SIN o piensa que es una loca, una rayada, una histérica despechada?

El Perú está hasta el queso, eso lo sé. Todos nos ganan en fútbol, la educación

ha descendido en calidad, se lee poco, muy poco, escribo en una revista que solamente es leída por unas 4 mil personas, la televisión propaga lo que le gusta a la gente y estuvo vendida al amo; todo eso lo sabemos y lo sufrimos y nos desespera que, además, regrese a goberarnos una persona que, en el mejor de los casos, pero en el mejor, era un estúpido porque no se daba cuenta de lo que hacía su socio Montesinos. Mas todos sabemos que la dupla Fujimori-Montesinos reemplazó a la famosa dupla Sotil-Cubillas, como una muestra más del deterioro espiritual del país. Y todo esto con el aval de un 20 por ciento de peruanos que cubren un territorio diversificado, pues va desde las playas atrincheradas del sur de Lima hasta los emergentes empresarios del efervescente Cono Norte. Que se asienta en aquella población joven que vive en las afueras de las ciudades de la costa o en el mero corazón de ciudades como Pucallpa, Huancayo, Juliaca, esas ciudades que sacan la cara a codazos y piensan que Fujimori es su modelo porque le rompió el espinazo al Perú tradicional gracias al conocimiento de las matemáticas, a las trafas de un hombre adusto, al uso malévolo de la doble cara, y logró controlar a los odiados empresarios blancos, a quienes los hizo trabajar para él y los filmó y luego los chantajeó.

Fujimori, a diferencia de Toledo, es un héroe para el mundo popular del siglo XXI, pues no se dejó seducir por los empresarios blancos en las playas inasibles de Punta Sal, agobiado por la etiqueta azul y las mujeres. Fujimori es visto como el rey de la informalidad porque no es un reglamentarista, pone orden en el desorden, no tiene ideas, menos aún ideas políticas, no lee, no conoce nuestro pasado, nuestra historia, es más, no le interesa conocerla. Fujimori es un ensimismado que confía en su clan, en su círculo y, sobre todo, no frecuenta a los burgueses. Pero el pueblo peruano ignora que Fujimori tiene un garrote para darle de lleno con él en la cabeza apenas convoque cambios

sociales o políticos que no gusten a los mismos empresarios que no lo invitan, que no lo frecuentan, al menos que sea en la salita del SIN o en los palacetes como los de la playa Arica. Ese es su arte. Esa es su importancia. Esa es su gran mentira.

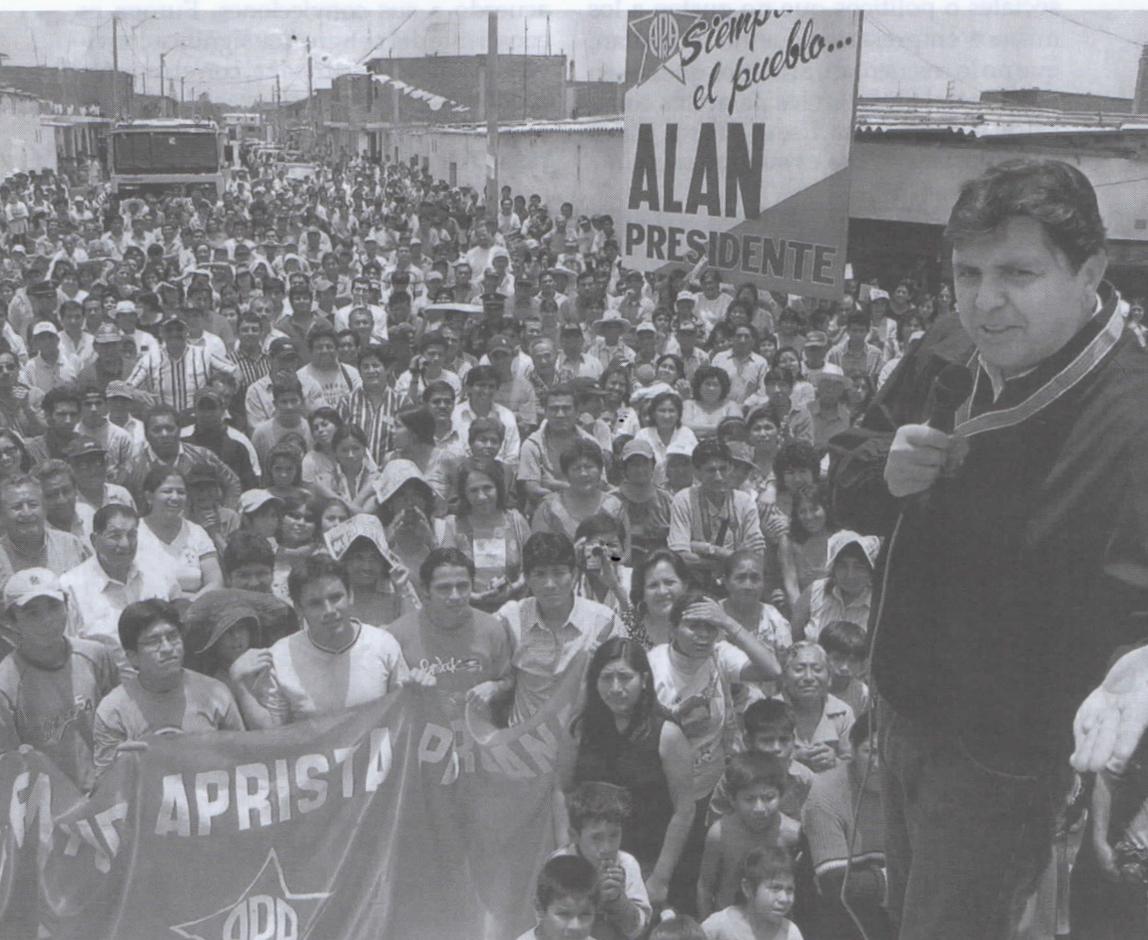
acuerdo a sus convicciones. Europa es consciente del peligro que significa convivir con la pobreza africana, con el repunte económico asiático y su avasalladora inmigración o con la demoledora mafia rusa. Pronto, los fujimoristas saldrán a



Luis Delgado Aparicio, otrora diputado por el Movimiento Libertad, hoy es un ferviente defensor de Fujimori. (Foto de Caretas)

El mundo empieza a mostrar otra vez sus garras. En Europa, por ejemplo, el prohibido partido nazi actúa a través de jóvenes racistas y xenófobos que incluso matan personas por el puro placer de matar. Quizá pronto los nazis no tengan vergüenza de mostrar sus caras en público, decir lo que piensan y actuar de

las calles a vitorear a su líder sin vergüenza alguna. Para ellos no es importante que sea un prófugo, una persona que enfrenta centenares de juicios y que sería capturada en varios países si se atreviera a salir de su cómodo refugio en el Japón. Ese es el 20 por ciento al que no llego a entender. ■



Estrella caída. Las encuestas ubican a Alan García por debajo de Lourdes Flores, y se ha puesto picón. Alan tiene que luchar con un gran porcentaje de electores que no estarían dispuestos a votar por él: el pasado todavía lo condena (por lo menos electoralmente). (Foto Caretas)

Cuando caen las sombras: el Apra en el escenario electoral

EDUARDO BALLÓN¹

A menos de seis meses de las elecciones presidenciales de 2006, el escenario empieza a moverse lentamente. El Apra, el único partido histórico del país, se apresta a participar en los comicios de abril luego del intenso proceso de «modernización y relanzamiento» que emprendiera a partir del año 2001, cuando se encontró en el peor momento de su historia electoral. Las encuestas, hoy en plena proliferación, no resultan lo favorables que quisieran en Alfonso Ugarte, aunque ubican al partido de la estrella en el segundo lugar. La intención de voto por Alan García se encuentra por debajo del 20 por ciento, mientras que Lourdes Flores aparece instalada con comodidad en el primer lugar del favor ciudadano. Ello a pesar del esfuerzo aprista que, bajo el liderazgo alanista, en estos últimos cinco años implementó distintas reformas internas intentando su recuperación electoral, su renovación institucional, su *aggiornamento* programático, el fortalecimiento de su presencia territorial y la ampliación de sus alianzas.

Más aún, García es el candidato que genera mayores resistencias en el electorado por el recuerdo de su gestión anterior. Poco más de un tercio de los votantes no estarían dispuestos a votar por él y, cuando señalan sus defectos, se cargan las tintas: aparece como mentiroso (32 por ciento), incumplido e irresponsable

(29 por ciento) o deshonesto y corrupto (28 por ciento).² Sin embargo, también es cierto que se trata de la principal figura aprista, que su liderazgo en el partido es indiscutible, que ha encabezado el intento renovador de su organización y que su actual posición, cualitativamente distinta a la de cinco años atrás, se debe, entre otras cosas, a él. Mirar más allá del candidato y detenerse en los procesos internos, alentados por aquel, puede ser un ejercicio útil para entender los dilemas apristas del momento.

LA RECUPERACIÓN ELECTORAL Y LA RENOVACIÓN INSTITUCIONAL APRISTA

El inicio del siglo XXI halló al Partido Aprista Peruano en la peor de las condiciones. Reducido al 1,5 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales del año 2000 (152.519 votos), con una representación parlamentaria ínfima y con su líder principal, Alan García, fuera del país y mal recordado como consecuencia de su desastrosa gestión presidencial en la segunda mitad de la década de 1980, el viejo partido de Alfonso Ugarte parecía languidecer. La transición democrática y el retorno definitivo de García al Perú, es inevitable reconocerlo, le dio nuevos aires.

La reconstrucción electoral del Apra se inició el año 2001. García alcanzó casi el 47 por ciento del voto presidencial en la segunda vuelta y el partido obtuvo el 23,3 del voto parlamentario (28 congresistas), constituyéndose en la principal fuerza de oposición al toledismo gracias a su liderazgo y a una prédica aprista que se concentró, en ese momento, en seis

1 Responsable de Iniciativas Legales e Incidencia Política del Grupo Propuesta Ciudadana.

2 Encuesta de Apoyo Opinión y Mercado de alcance nacional realizada entre el 10 y el 14 de octubre de 2005, difundida por el diario El Comercio el 16 del mismo mes.

temas: el derecho al trabajo, la reconstrucción de la agricultura, la gratuidad de la educación pública, el control del abuso de los monopolios, la justicia y la descentralización.³ Era de esperar, entonces, que su acción parlamentaria posterior pusiera especial énfasis en esas materias, cosa que, como todos sabemos, no ocurrió.

Confirmando su renacimiento electoral, más adelante, el año 2002, el partido triunfó en 12 regiones y 235 municipalidades, lo que le permitió una importante presencia en los gobiernos subnacionales, ganando incluso en plazas tradicionalmente distantes del partido fundado por Haya de la Torre, si no abiertamente antiapristas, como Arequipa.

A partir de estos resultados, Alan García impulsó la campaña de «modernización y relanzamiento» del partido ante la sociedad, asentada en la concertación democrática como objetivo para la gobernabilidad, el desarrollo y la justicia, que debía expresarse en un Nuevo Programa Mínimo que recogiera «los cambios económicos y tecnológicos que el mundo vive, la hegemonía y decadencia del neoliberalismo, el rescate de la política...»,⁴ sustentando la modernización de su estructura organizativa, que debía abandonar, se decía, el modelo de los sindicatos del siglo XIX para adecuarse al del Estado contemporáneo, respondiendo así a grandes funciones sociales y acciones de poder y fortaleciendo la presencia sectorial y funcional del partido.

Dicha campaña debía complementar-se con la democratización integral del partido, lo que implicaba terminar con toda «forma de manipulación de padrones, con todo clientelismo al interior del partido o en los comicios internos». En distintos documentos internos incluso se llegó a identificar entre los mayores enemigos del aprismo a «los manipuladores de la voluntad democrática del partido».⁵

Este esfuerzo apuntaba a permitir el rejuvenecimiento de la longeva agrupación. El 55 Plenario partidario (septiembre de 2003) y el XXII Congreso (5-7 junio de 2004) avanzaron en esa perspectiva.

Ambos eventos partidarios aprobaron una estructura organizativa que diferenciaba tres dimensiones: (i) la institucional, que corresponde a la dinámica interna y de formación de los militantes; (ii) la del Estado, orientada al seguimiento político del gobierno de turno y al desarrollo programático, integrada por 17 direcciones nacionales que reproducen más o menos la estructura ministerial de aquel e incorporan temas como ecología y medio ambiente y descentralización, y dos coordinaciones, la una de gobiernos locales y la otra de regionales; (iii) la de la sociedad civil, que apunta a la inserción del partido en este espacio, integrada por las direcciones de profesionales, mujer, trabajadores, organizaciones populares, organizaciones civiles, juventud y cinco macrorregionales.

Por esta vía el partido redefinió y fortaleció su institucionalidad y su organización. Con una presencia nada desdeñable en el interior del país —22 comités departamentales (no los tienen en Huancavelica, Loreto y Madre de Dios) y 77 comités provinciales—,⁶ de acuerdo a declaraciones de sus principales dirigentes, el Apra afronta la campaña electoral con bastante más de un cuarto de millón de afiliados, ratificándose como el partido nacional con el mayor número de militantes.

3 Al respecto, véase la *Carta a los compañeros* que Alan García circula el 23 de julio de 2001. En <www.apra.org.pe>.

4 *Ibid.*

5 *Carta a los compañeros* que Alan García circula el 17 de septiembre de 2001. En <www.apra.org.pe>.

6 Véase *Suplemento del boletín Datos de los partidos políticos*. IDEA Internacional y Transparencia, julio de 2005. En <www.transparencia.org.pe>.

EL AGGIORNAMENTO PROGRAMÁTICO Y LA AMPLIACIÓN DE ALIANZAS

La actualización programática aprista comenzó el año 2001, guiada por el interés

desigualdades económicas y sociales que caracterizan al país, la libertad democrática como realización del ser humano, el rol del Estado como árbitro entre el capital y el trabajo y entre la realidad nacional y la economía internacional, la inte-



Compañeros recargados. Un viejo partido como el Apra necesita una constante renovación. La campaña de «modernización y relanzamiento» impulsada por García, junto con una democratización integral del partido, rejuvenecimiento y reencauche, no tuvieron resultados favorables. El Frente Social terminó conformado, en su mayoría, por apristas y apristones. (Archivo Quehacer)

por redefinir la justicia social y la democracia en el marco de la globalización y en oposición al neoliberalismo. Partiendo de la tradición del pensamiento de Haya de la Torre, el afán del partido de Alfonso Ugarte en esta materia se sostiene en cinco premisas bastante generales, que entienden como fundamentales: la justicia social que debe permitir superar las

gración latinoamericana para actuar en la globalización y la afirmación de un partido comprometido con la defensa de la nación y la justicia social.

A partir de ellas, el esfuerzo de Alan y su partido inicialmente se concentró en mostrar que habían «madurado» tras su fracaso en la segunda mitad de la década de 1980, y que eran capaces, ahora sí, de



Hoy, el drama aprista es que solo cuenta con una figura de la talla de García capaz de movilizar multitudes. (Foto de Herman Schwarz)

atraer inversión extranjera, ponerse de acuerdo con los grandes grupos empresariales y con las propias multilaterales. En los últimos meses, sin embargo, la prédica aprista se ha caracterizado por su gran ambigüedad y disposición a adaptarse a distintos auditorios, sin poder esconder tampoco sus diferencias internas. Materias sustantivas como la suscripción del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, la integración de regiones, la reforma del Estado o las conflictivas relaciones entre agricultura y minería han sido objeto de declaraciones contradictorias y de discursos con escaso contenido, cuando no de silencio. Al extremo que el Apra y su líder parecen más interesados en satisfacer a un electorado heterogéneo que en establecer posiciones y propuestas claras al país.

En lo que hace a la ampliación de sus alianzas, los apristas han venido impulsando durante la primera mitad de este año la conformación del frente social. Definido como un «espacio de encuentro, diálogo y participación ciudadana [...] para la acción social y política [...] concertación de las demandas y propuestas de la gente»,⁷ es considerado como el sustento de la gobernabilidad que se propone, debiendo contribuir a la formulación del Plan de Gobierno. Para su constitución, el partido de Alan García organizó once encuentros con distintos sectores sociales (magisterio, pequeña y micro empresa, colegios profesionales, empresarios, agricultura, constructores, etcétera), en los que buscaron establecer coincidencias generales y «compromisos» programáticos. Con una convocatoria bastante amplia y relativamente exitosa —participaron desde el Sutep hasta la Confiep—, los encuentros pretendieron dar la imagen de un partido dialogante y abierto a la sociedad.

Concluidos los encuentros, el partido presentó públicamente el Frente Social. Su composición no trajo mayores sorpresas. Salvo contadas excepciones —Manuel Sotomayor, ex presidente de la Confiep, y algunos intelectuales— los participantes en el acto eran mayoritariamente apristas y apristones. El esfuerzo de varios meses terminaba virtualmente ahogado en la orilla y demostraba, una vez más, la máxima del histórico líder aprista Ramiro Prialé: conversar no es pactar.

LOS PROCESOS QUE SE AHOGAN EN LA ORILLA

Reconociendo la relevancia del esfuerzo aprista, es importante ver en qué terminaron los distintos procesos emprendidos. Parece que la significativa recuperación electoral del año 2001 no alcanza. Las resistencias a García, su único candidato posible, son demasiado altas. La segunda vuelta electoral aparece como una valla insalvable: pierde casi frente a cualquier otro candidato a pesar del trabajo y la dedicación puestos en remozar su imagen. En la última encuesta difundida por Apoyo Opinión y Mercado es el único candidato con menor intención de voto que su lista partidaria al Congreso de la República, la que obtiene un porcentaje menor al que logró en el 2001: 18 por ciento frente a 23,3 por ciento.

La renovación e institucionalización del partido, si bien cambió su estructura organizativa y ratificó su importante presencia territorial, no fue capaz de elegir, como estaba previsto y anunciado, un secretario(a) general. Los conflictos internos, que no pudieron ser ocultados a la prensa, y la competencia por un liderazgo distinto al de García terminaron con la designación de un colectivo que frenó los intereses, seguramente legítimos, de Jorge del Castillo, Mercedes Cabanillas y Mauricio Mulder, entre varios otros. La

7 Partido Aprista Peruano, Secretaría General: *Qué es el frente social*. En <www.apra.org.pe>.



Caretas

Cordiales aprietos. García llama a Paniagua «profesor», pero no hay alianzas, mientras las encuestas los ubican debajo de Lourdes Flores, que corre puntera.

presidencia indiscutida e indiscutible del ex presidente, sin nadie que le haga sombra, fue el costo de una decisión que se tomó para evitar tensiones mayores en Alfonso Ugarte. Fue también el reconocimiento de la gran distancia que existe entre Alan y los demás dirigentes apristas.

La modernización programática no ha avanzado mucho. El partido no muestra aún grandes ofertas para el país y su esfuerzo parece estar concentrado en

mantener y ampliar las posiciones de poder que hoy ocupan, antes que en desarrollar propuestas para los temas centrales. La indefinición es la constante. Así, frente a la suscripción del TLC con Estados Unidos oscilan entre la oposición —Luis Zúñiga, directivo de Conveagro, y la congresista De La Puente son activos integrantes de la campaña TLC Así No—, la simpatía expresada por Jorge del Castillo en distintas declaraciones a los medios

y la crítica moderada del propio candidato presidencial. La prédica aprista del año 2001, que tenía entre sus banderas centrales el control del abuso de los monopolios, la reconstrucción de la agricultura y la administración de justicia, fue languideciendo en la gestión parlamentaria. ¿Acaso alguien conoce una iniciativa del viejo partido en uno de estos temas?

Peor aún. En otras materias que levantaron con la misma intensidad, la descentralización por ejemplo, su comportamiento político, que inicialmente le dio réditos (12 presidentes regionales), empieza a pasarles factura a juzgar por la encuesta citada. La caída en la intención de voto aprista entre agosto y octubre puede explicarse por su acción conciente contra la eventual integración de regiones: (i) cae en la región costa norte, donde hace campaña intensa por el no, de 33 por ciento a 27 por ciento; (ii) cae de 23 a 19 por ciento en la región costa sur y Arequipa, donde algunos de sus líderes regionales más visibles cuestionan el proceso; (iii) cae en la región sierra centro de 11 por ciento a 9 por ciento y en la sierra sur de 15 por ciento a 11 por ciento; (iv) sube en Lima, que no participa en el proceso, de 15 a 19 por ciento; (v) sube en la selva, que tampoco participa en el proceso, de 14 a 20 por ciento. En otras palabras, la gente que se da cuenta de las grandes limitaciones y vacíos que tiene el proceso de integración y el referéndum para tal efecto, le atribuye, con fundadas razones, una responsabilidad central en la situación al partido de Haya de la Torre.

La ciudadanía es consciente de que, a pesar de la importancia que le asigna el Apra a la descentralización en sus declaraciones, no ha avanzado ninguna propuesta concreta en esta materia, ha aprobado las normas incompletas que cuestiona, sus presidentes regionales —que hoy se retractan con excepción del de Ayacucho— impulsaron los expedientes técnicos, ha

intentado postergar el referéndum y ha bloqueado en el Congreso las necesarias normas complementarias para permitir que este sea ordenado, y ahora se refugia en la crítica fácil a un proceso que no trató de corregir en ningún momento.

Finalmente, el Frente Social, como ya hemos dicho, terminó virtualmente ahogado en la desconfianza que siguen generando el Apra y el propio García. Las coincidencias generales establecidas en los distintos encuentros no alcanzan para la política cotidiana en una sociedad con alta conflictividad social como la nuestra.

¿UNA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL?

Quizá porque varios tienen una mirada parecida a la descrita, en algún momento circuló en distintos ambientes una versión que señalaba la eventual renuncia del líder aprista a la candidatura presidencial y su decisión de encabezar la lista parlamentaria como manera de cerrarle el camino a Lourdes Flores, buscando alguna forma de arreglo, más implícito que explícito, con el denominado Frente Republicano del ex presidente Paniagua. El rumor, alimentado por algunas declaraciones, se desinfló rápidamente y el partido de Alfonso Ugarte ya convocó a la elección de su candidato presidencial, que no es otro que García Pérez.

En el fondo, no podía ser de otra manera. Como están las cosas, a los dirigentes apristas, interesados en llegar al Congreso, a los gobiernos regionales y a las municipalidades, les interesa una locomotora. Y la única de la que dependen por su propia decisión es Alan. Saben que en la segunda vuelta la posibilidad del partido es prácticamente nula. A García, por su parte, solo le queda confiar en su carisma y en su innegable capacidad de encantamiento, además de los errores que puedan cometer sus competidores. ■



Tengo un cohete en el pantalón

MARTÍN PAREDES OPORTO

Cuando en la madrugada del domingo 29 de octubre de 2000, el entonces teniente coronel EP Ollanta Moisés Humala Tasso se rebeló en Tacna, acompañado de su hermano, el mayor en retiro Antauro Igor, y un medio centenar de soldados, muchos vieron con simpatía que un joven militar se levantara en armas contra la politización y la corrupción instalada en el Ejército manejado por Vladimiro Montesinos. En ese momento —un mes después de difundido el video Kouri-Montesinos y a pocos días de que el presidente Fujimori fugara del país—, Humala pedía la renuncia de Fujimori; hoy, cinco años después, quiere ser presidente. ¿Por qué? ¿Para qué?

El mismo día de la sublevación de los hermanos Humala, y casi a la misma hora, el otrora poderoso hombre

Ollanta Humala, cuando estaba en actividad. Ahora su principal actividad es inscribir a su Partido Nacionalista Peruano para las elecciones de 2006.

de inteligencia, Vladimiro Montesinos, fugaba a bordo del velero «Karisma» desde el Yacht Club de La Punta hacia las Islas Galápagos primero, con destino final a Venezuela. Luego de cuatro semanas, los Humala deponen las armas, se entregan y son amnistiados por una ley el 22 de diciembre de 2000 por el gobierno de transición de Valentín Paniagua. La leyenda de los Humala acababa de empezar.

RETRATO DE FAMILIA

La familia Humala proviene del distrito de Oyón, provincia de Paucar del Sara Sara, en Ayacucho. Ollanta Humala nació el 27 de junio de 1963 en Lima. Los hermanos Humala Tasso son siete: Ulises, luego vienen Ollanta, Antauro, Pachacútec, Katia, Cusi Coyllur e Imasúmac. El padre, Isaac Humala Núñez, fue uno de los militantes de la célula Cahuide a principios de la década de 1950, que integraban también Mario Vargas Llosa, Félix Arias Schreiber, Héctor Béjar, entre otros, y que tenía como objetivo reconstruir el Partido Comunista. Vargas Llosa lo recuerda en un pasaje de su libro de memorias *El pez en el agua*: «Fuera de la gente de nuestra célula, y ocasionales responsables de instancias superiores que venían a darnos charlas o consignas —como el animoso Isaac Ahumala [sic], que en sus discursos hablaba infaliblemente de los ilotas de Grecia y de la rebelión de Espartaco». Humala también militó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Luis de La Puente Uceda, del que se alejó debido a discrepancias por un enfrentamiento con miembros del Ejército peruano, para luego conformar el grupo denominado Comité Reestructurador del

Partido Comunista Peruano, en pugna con Jorge Del Prado. Isaac Humala es un exitoso abogado empresarial, quechuahablante, asesor jurídico de empresas constructoras, y tiene una fuerte influencia sobre los hijos, como en una típica familia patriarcal andina. Al mismo tiempo, es el creador de una ideología llamada etnonacionalismo, que su hijo Antauro se ha dedicado a difundir con una peculiar vehemencia. A grandes rasgos, el etnonacionalismo postula que la raza cobriza debería ser la llamada a gobernar el país por ser la mayoría. Don Isaac hace gala de sus ancestros («históricamente somos curacas», dice) y es el fundador del Instituto de Estudios Etnogeopolíticos, donde se estudia el etnonacionalismo, la etnofilosofía, la etnohistoria y la etnobiología. A su vez, es presidente e ideólogo del Movimiento Nacionalista Peruano (MNP), cuyo objetivo es llegar al poder compitiendo en las próximas elecciones de 2006, aunque, según las circunstancias, no está descartada la vía armada. En noviembre de 2000, en el proceso de inscripción de partidos ante el Jurado Nacional de Elecciones para las elecciones de 2001, Isaac Humala declaraba: «El gesto de dignidad de mis hijos ha cambiado el escenario social. Hay un sector, el de los reservistas y oficiales en retiro, que ha sido impactado y que se está movilizando. Yo me siento llamado a canalizar este sector social hacia fines políticos». Ahora que policías y militares inauguran su derecho a votar, no habría que pasar por alto este dato. El símbolo del MNP es *El sembrador*, cuadro de José Sabogal, pintor indigenista.

Ollanta Humala era un aplicado estudiante de Zootecnia en la Universidad

Agraria, cuando una huelga universitaria lo llevó a enrolarse en el Ejército. Se graduó de oficial en 1984, en la promoción «Centenario de la epopeya del Morro de Arica» de la Escuela Militar de Chorrillos. En 1989, junto a su hermano Antauro y otros oficiales, fundó un grupo clandestino llamado «Militares etnocaceristas» (MEC), «como una contraparte a la propuesta que en ese momento hacía el Alto Mando de las FF. AA. para la lucha contra la subversión [...] Nosotros queríamos revalidar la prédica de Cáceres y trabajar con el campesinado de manera unificada contra esta amenaza». El MEC, según el general EP (r) Ludwig Essenwanger, jefe del Servicio de Inteligencia Nacional durante los años 1981-1982, «se inspira en las performances del mariscal aimara Santa Cruz, del ayacuchano mariscal Cáceres, así como en el nacionalismo castrense desplegado por el ejército peruano durante el gobierno del general Juan Velasco Alvarado». Algunas versiones indican que Antauro fue cesado por medida disciplinaria por liderar el MEC, calificado en 1990 por un comandante general como un «grupo clandestino dedicado a realizar un análisis crítico negativo y cuestionante del Ejército empleando metodología marxista». Ollanta tuvo mejor suerte.

Sinesio López, sociólogo y director de la Biblioteca Nacional, fue profesor de Ollanta Humala en la Maestría en Ciencias Políticas de la Universidad Católica durante los años 2001 y 2002 y lo recuerda como alguien prudente, mesurado: «Yo lo he tenido en dos cursos: Teoría y Análisis Político y Teoría de la Democracia y Gobernabilidad. En los dos estaba bien, sus trabajos estaban bien centrados, en los exámenes tenía 15-16, y era muy sensato cuando se trataba de opinar políticamente». Durante un tiempo es destacado en la Secretaría de Defensa Nacional, oficina que depende de la Presidencia

del Consejo de Ministros. A principios de 2003, Ollanta es enviado por el gobierno de Alejandro Toledo como agregado militar a Francia, y aprovechó su cómoda estadía en París para estudiar Derecho Internacional en La Sorbona. El idioma francés no le es extraño ya que ha estudiado, como el resto de sus hermanos, en el colegio Franco Peruano. En el año 2004 es enviado a Seúl para ocupar un cargo antes inexistente: adjunto a la agregaduría militar del Perú. En diciembre de ese año, Ollanta es pasado a retiro «por causal de renovación». Su protesta no se hizo esperar. Difundió una carta descalificando al recién nombrado comandante general del Ejército Luis Muñoz Díaz, quien firmó su cese, por sus cercanías con Montesinos. El 1 de enero de 2005 su hermano Antauro se subleva en la comisaría de Andahuaylas, dejando un saldo de cuatro policías y dos etnocaceristas muertos. Ollanta, desde Seúl, suscribió un comunicado apoyando a Antauro, en el que exigía que el pueblo se «levante de manera viril y organizada contra el régimen toledista». En febrero último, Ollanta buscaba su reincorporación al servicio activo con argumentos un tanto apocalípticos: «Es una oportunidad que le doy al Ejército de reflexionar en su mala decisión. De lo contrario, entraré en política [de] una manera diferente a lo que se ha visto hasta ahora».

ESE NO SOY YO

En los últimos meses, desde que Ollanta Humala empezara su precampaña tanteando el terreno electoral, Antauro reivindica su etnonacionalismo, mientras Ollanta habla de un nacionalismo a secas. Ahí está el detalle: «Ollanta garantiza el nacionalismo peruano, yo el etnonacionalismo tawantinsuyano», ha dicho Antauro. La estrategia es marcar distancias

a como dé lugar del hermano radical encarcelado. «Soy su hermano pero no sé nada», es una frase precisa para resumir la postura del teniente coronel en retiro.

Y la estrategia funciona hasta ahora con resultados nada desdeñables. Según

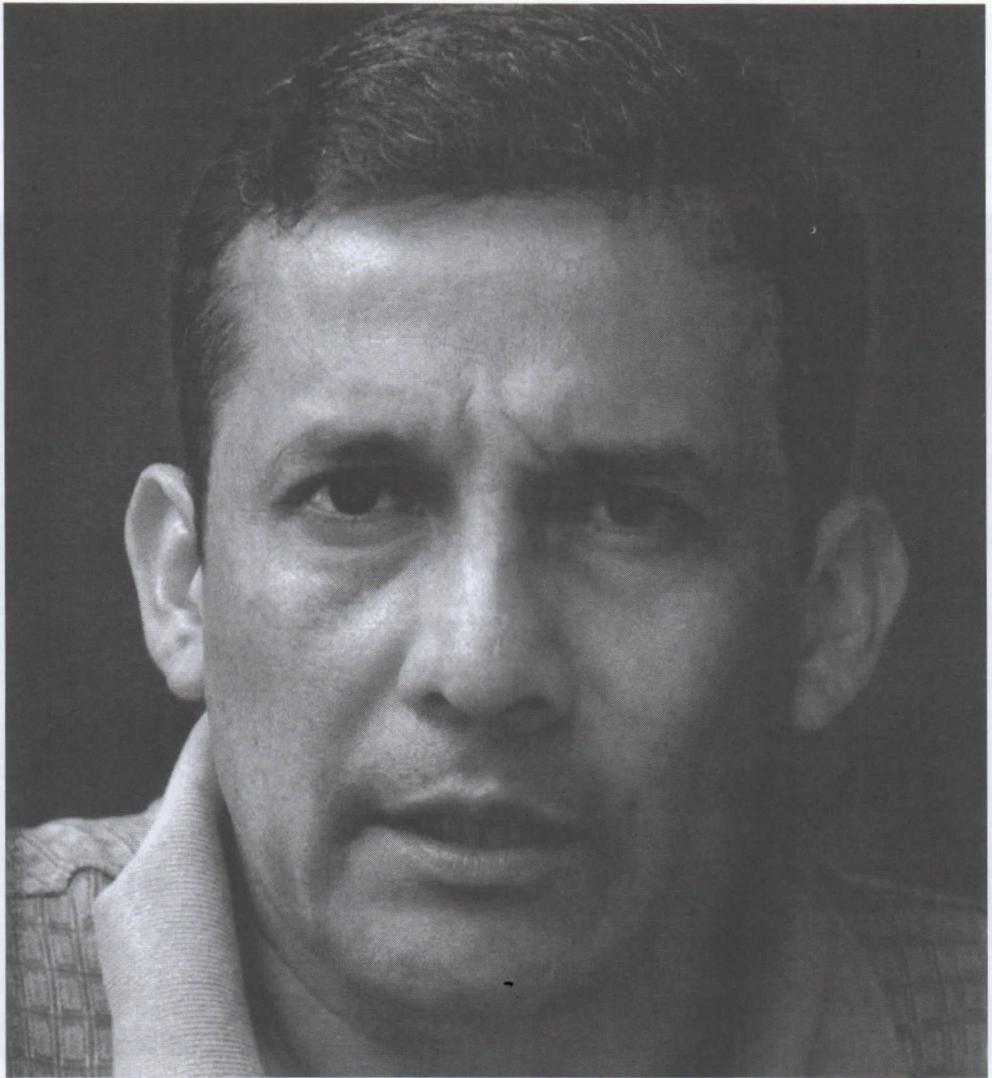
recibe. La misma encuesta, publicada el 16 de octubre, muestra que en una hipotética segunda vuelta entre Alan García y Ollanta Humala, el primero obtendría 34 por ciento y el segundo 26 por ciento. La opción «ninguno» obtiene 37 por ciento.



¿Humala o Karamasov? Ollanta quiere distanciarse todo lo posible del virulento etnocacerismo de su hermano Antauro, recluido en el penál de Piedras Gordas, en Ancón. (Foto de Carla Leví)

datos de la encuestadora Apoyo, Humala ha venido creciendo en las intenciones de voto desde abril (5 por ciento), agosto (7 por ciento) hasta octubre (8 por ciento), siendo Arequipa y la costa sur (15 por ciento en octubre, 15 por ciento en agosto) y la sierra sur (19 por ciento en octubre, 16 por ciento en agosto) los lugares donde el apoyo es más alto, y la costa norte (2 por ciento en octubre, uno por ciento en abril) donde menos porcentaje

De acuerdo a la muestra de la Universidad de Lima correspondiente a Lima Metropolitana y El Callao, publicada el 15 de octubre, Humala obtiene 4,5 por ciento, por debajo de Lourdes Flores (32,8 por ciento), Alan García (13,8 por ciento), Valentín Paniagua (11,1 por ciento), Alberto Andrade (5,8 por ciento) y Jaime Salinas (4,9 por ciento). El grado de rechazo a Humala es de 6,5 por ciento, el de García 36 por ciento y el de Lourdes Flores 2,4



Caretas

¿Cuánto más podrá subir Humala en las encuestas? Por ahora no le va nada mal y aprovecha la momentánea ausencia de un discurso nacionalista de izquierda. Algunos lo ven como el outsider que puede animar la campaña electoral.

por ciento. Cuando se pregunta por las virtudes de Ollanta Humala, los encuestados responden: líder, 33,2 por ciento; dice la verdad, 8,9 por ciento; inteligente, 8,2 por ciento; democrático, 6,7 por ciento. Las debilidades de Humala, según la encuesta, son: autoritario, 28,3 por ciento; mal preparado, 17,5 por ciento; falta de inteligencia, 13,2 por ciento; falta de liderazgo, 10,4 por ciento.

En una encuesta nacional publicada el 14 de septiembre, CPI ubicaba a Humala en cuarto lugar (8,7 por ciento), siendo la sierra sur (Cusco, Puno, Ayacucho, Apurímac, Huancavelica) la que le daba mayor porcentaje (9,6 por ciento). El perfil del elector humalista es joven, masculino, de sectores C y D, localizado en la sierra sur del país, región donde por ahora realiza, según testigos, sus exitosos mítines.

No olvidemos que en muchos de esos lugares se produjeron situaciones de conflicto social (comunidades y compañías mineras, por ejemplo) y protestas contra autoridades elegidas, algunas de ellas concluidas en linchamientos. Conflictos que, en muchos casos, aún esperan una solución real. ¿Qué les dirá a ellos un discurso radical y antisistema como el de Humala?

Una paciente lectura de los diarios en los últimos dos meses, especialmente desde que en agosto obtiene 7 por ciento a escala nacional, revela un conjunto de reacciones a la presencia de Ollanta Humala en la arena electoral de parte de periodistas y analistas políticos, que van desde el cauteloso interés por un probable fenómeno electoral en ciernes hasta la iracunda vituperación, pasando por muestras de preocupación, temor, terror, desprecio y burla. Es común leer «fascista» en la prensa diaria para referirse a Humala, a cualquiera de los dos hermanos («aquí entra Antauro, que disfraza su pensamiento racista, violentista y extremista con una limpia apariencia de sosiego y ambigüedad, dentro de su aspecto personal telegénico y una imagen familiar propia de una decente clase media»; «Ollanta tendrá una cara más amable que su hermanito Antauro, pero ambos tienen bien metidas en la cabeza las demenciales ideas de su padre, el ideólogo de esa versión fascista andina»). También «violentistas y anarquistas», «marxista», «nazi cholo», «ese peligro totalitario que empieza a asomar su cabezota en el Perú, y tiene el rostro ofidio de los Humala», «el huaico electoral que se avecina», «¡Mamita... Ollanta!», «el candidato ideal que la clase C y D necesitaban», «ese señor es nuestra improvisada versión andina del hitlerismo», «parte de la izquierda se ha buscado en Humala una suerte de Sánchez Cerro del siglo XXI, como el legendario “mocho”,

el actual podría ponerse la camisa negra del fascismo». Esta lista de afirmaciones, más que ayudar a comprender un modo de hacer política, alimenta el mito creado alrededor del personaje. No es suficiente decir que el discurso humalista es premoderno, fascista y bárbaro, y por esa razón sacarlo de escena. Detrás de todos estos porcentajes hay algo mucho más complejo. Estaríamos en una situación similar a la presentada con el fenómeno Fujimori en 1990. Como recordaba el director de un periódico en su columna diaria, la clase política limeña burguesa que apoyaba a Vargas Llosa respondía con burlas e insultos xenófobos la aparición de Fujimori en las encuestas. Es decir, con una lamentable falta de reflejos políticos y orfandad de ideas, como ocurrió con la aparición de Sendero Luminoso en 1980. Así, no es difícil imaginarse que un columnista llegue a decir que los que voten por Humala tienen una «empatía emocional con el extremismo», «voluntad suicida» o «estupidez pura», y que no solo se trataría de «un puñado de gente desconcertada» (¿unos cuantos loquitos a quienes hay que reprimir?), sino de «miles de personas que están en esta actitud irracional». Entonces, horrorizado columnista, ¿qué hacemos con las personas del sector C y D?

MANIOBRAS RADICALES

El nacionalismo tomó el lugar del amor general...

A partir de entonces está permitido despreciar a los extranjeros, engañarlos y ofenderlos. Esta virtud se llama patriotismo.

ABATE BARRUEL, *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme* (1798).

Porque, dentro de la muy desprestigiada escena política, un discurso nacionalista en el interior del país, como el que propugna

Ollanta Humala en ciudades deprimidas del centro y sur, empatía muy bien con el grado de decepción de esa población hacia, ya no digamos el gobierno, sino a cualquiera que se presente con el membrete de un partido tradicional.

que lo puede estar la gente del interior», señala Carlos Franco.

El discurso nacionalista no es nuevo en la historia reciente del Perú. En 1936, los fascistas de la Unión Revolucionaria señalaban el «nacionalismo auténtico» como



Un fantasma recorre Latinoamérica. El discurso nacionalista de Humala tiene relación con los arrebatos de Hugo Chávez en Venezuela y con el nacionalismo antiimperialista de oficiales de baja graduación en Bolivia y Argentina. Humala ha visitado Venezuela y se dice que habría recibido una ayuda de 80 mil dólares para su campaña. También visitó Bolivia para el aniversario del MAS, el partido de Evo Morales. (Foto de H. L. Böhme)

«El nacionalismo o las identidades indígenas no son sino recursos legitimadores de los cuales uno se puede agarrar para efectos de expresar otras cosas. Es lo que necesita la gente que está jodida y requiere tener algo que legitime sus acciones. El nacionalismo comienza a ser el nombre a través del cual uno puede expresar que está jodido. Pero jodido en términos en

el factor «que ha conducido a los pueblos por el camino del progreso al esplendor de la civilización». En 1968, en el Estatuto del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, se lee: «imprimir a los actos de gobierno un sentido nacionalista e independiente, sustentado en la firme defensa de la soberanía y dignidad nacionales» (artículo 2, inciso c). Y en el Plan de

gobierno del mismo año se señala: «esta revolución será nacionalista, independiente y humanista. Será nacionalista, por estar inspirada en los altos valores de la Patria, en los intereses del pueblo peruano y en nuestra propia realidad». Como sea que Humala rescata ideales velasquistas, y en su entorno se encontrarían antiguos militares que participaron en su gobierno, la sensación detrás de sus declaraciones es la de un discurso nacionalista autoritario antisistémico con los galones, la polaca y el quepí en el clóset, pero para todo fin práctico con una asentada lógica militarista. La estructura misma del partido familiar recae en batallones de reservistas, el núcleo duro del etnocacerismo (llamado por Antauro Humala «el achoramiento épico del Perú profundo»).

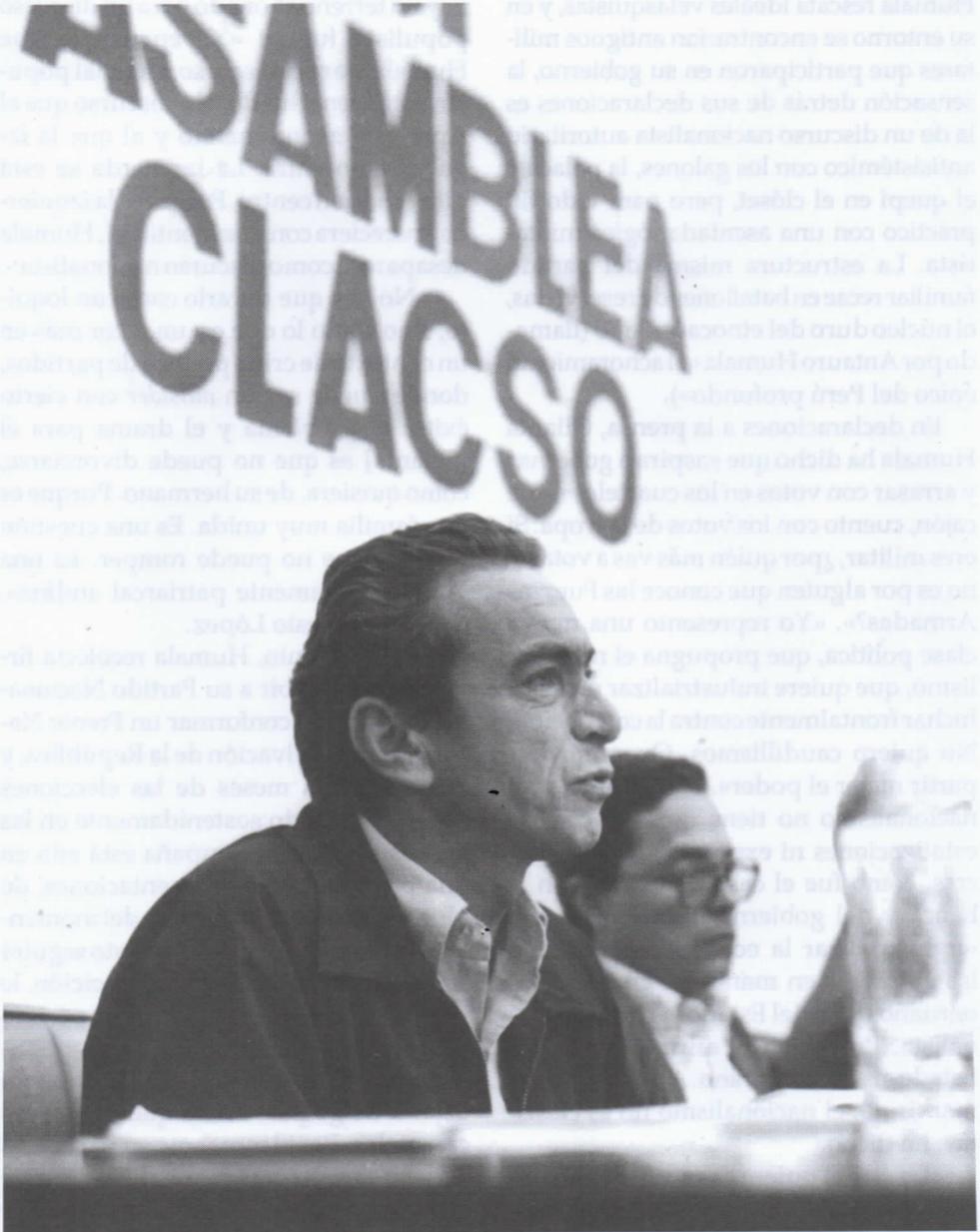
En declaraciones a la prensa, Ollanta Humala ha dicho que «aspira a gobernar y arrasarse con votos en los cuarteles», «de cajón, cuento con los votos de la tropa. Si eres militar, ¿por quién más vas a votar si no es por alguien que conoce las Fuerzas Armadas?». «Yo represento una nueva clase política, que propugna el nacionalismo, que quiere industrializar el país y luchar frontalmente contra la corrupción. No quiero caudillismos. Queremos repartir mejor el poder». Para Humala, su nacionalismo no tiene que ver con las estatizaciones ni expropiaciones de tierras, como fue el caso de García con la banca y del gobierno militar, sino con «industrializar la economía» poniendo las empresas en manos de empresarios peruanos y no del Estado. «Yo soy nacionalista. Propugno la afirmación de un Estado-nación soberano. A diferencia del marxismo, el nacionalismo no es clasista», ha dicho.

«Lo que él quiere es recoger la herencia de Velasco. Un nacional populismo. Eso sí empalma con facilidad con la cultura política del país. Este país es cultural y estructuralmente nacional-populista, o

populista en todo caso. América Latina en general, pero sobre todo el Perú, el mundo andino, tiene una base de cultura política que puede dar pie a un programa, a una cultura política nacional popular», señala Sinesio López, y añade que hay un terreno abonado para un discurso populista fuerte: «Yo encuentro que Humala, para el discurso nacional popular, está bien situado. Un discurso que el Apra está abandonando y al que la izquierda no entra. La izquierda se está diluyendo en centro. Porque si la izquierda apareciera con una identidad, Humala desaparece como discurso nacionalista».

«No hay que mirarlo como un loquito, sino como lo que es: un actor más en un contexto de crisis política de partidos, donde puede ser un *outsider* con cierto éxito. El problema y el drama para él [Ollanta] es que no puede divorciarse, como quisiera, de su hermano. Porque es una familia muy unida. Es una cuestión familiar que no puede romper. Es una familia típicamente patriarcal andina», concluye Sinesio López.

Mientras tanto, Humala recolecta firmas para inscribir a su Partido Nacionalista Peruano o conformar un Frente Nacionalista de Salvación de la República, y a escasos seis meses de las elecciones sigue avanzando sostenidamente en las encuestas. Pero la campaña está aún en una primera fase de presentaciones, de ubicaciones. La interrogante del momento es hasta cuándo y hasta cuánto seguirá subiendo Humala. Desde su posición, le resulta fácil disparar contra el pésimo desempeño de los actuales líderes políticos, una piñata que cualquier *outsider* no dejaría de golpear hasta que caigan los caramelos. Por el momento su partido es él, y su familia tras bambalinas. Y dice que no le temblaría la mano para fusilar a un general, «siempre y cuando dicha acción se encuentre dentro del marco legal». ¿Cuál será su marco legal? ■



Clases, Estado y nación en el Perú es uno de los más ambiciosos, leídos e influyentes libros de las ciencias sociales peruanas, que ahora se reedita, 27 años después de su primera edición. En la foto, Julio Cotler en 1981. (Archivo Quehacer)

Clases, Estado y nación en el Perú

MARTÍN TANAKA¹

En los últimos meses, diversas instituciones y publicaciones han celebrado aniversarios significativos: el Instituto de Estudios Peruanos, la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica y **desco** cumplieron cuarenta años, y la revista *Quehacer* cumplió 25, por citar solo algunos hitos. Estas ocasiones son, sin duda, motivo de celebración por una valiosa continuidad en un país de instituciones débiles, pero también debieran ser motivo de reflexión, balance y debate, y eso no ha sido hecho, al menos no suficientemente me parece. Un excelente motivo para hacer algunas reflexiones en esta dirección es la aparición de la tercera edición de *Clases, Estado y nación en el Perú*, de Julio Cotler, por el Instituto de Estudios Peruanos, 27 años después de la primera edición.

El libro destaca por múltiples razones: es uno de los más ambiciosos, leídos e influyentes de las ciencias sociales peruanas, y su autor es uno de los intelectuales más importantes de nuestro mundo académico, sistemáticamente reconocido como uno de los más acreditados del país, que se ha convertido en una suerte de conciencia moral, como se hizo evidente en varias de sus valientes intervenciones públicas en contra del autoritarismo fujimorista. Cotler ha combinado la ac-

tividad académica con el enjuiciamiento público de la arena política, desde una concepción severa de la política que esbozara hace muchos años en una entrevista en la revista *Caretas*: «que la política es el arte de lo posible me parece una frase profundamente cínica: la política es más bien el arte de hacer posible lo necesario». El papel de intelectual público de Cotler lo ha convertido en un referente de un nivel al que no llegan otros científicos sociales; esto se ha expresado, por ejemplo, en el hecho de que, según algunas librerías, *Clases...* fue el libro más vendido en las semanas posteriores a su publicación, por encima de Harry Potter y Paulo Coelho. Considero que la amplitud de la audiencia de Cotler es la contracara de su carácter singular: una suerte de académico liberal de izquierda, distante tanto de liberales como de izquierdistas, que lo convirtió hasta cierto punto en una figura única, pero siempre respetada por todos.

Pero la mejor manera de hacer justicia a Cotler y a *Clases...* es debatir sobre la vigencia de su texto 27 años después de su primera edición. Hay varias maneras de hacerlo. Una es revisar sus tesis principales a la luz de todo lo investigado y escrito en los últimos años sobre la vastedad de temas que aborda desde la historia, la sociología y la ciencia política, tanto en el Perú como por peruanistas extranjeros. Pero lo considero un criterio equivocado. Dado que *Clases...* propone una visión de síntesis, creo que el libro debe ser debatido reflexionando sobre la vigencia de las imágenes globales que

1 Doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Licenciado en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Actualmente es Director General del Instituto de Estudios Peruanos.

propone, no sobre cada una de sus partes individualmente.²

Si consideramos entonces la vigencia de las visiones globales presentes en *Clases...*, lo primero que a mi juicio llama la atención es el «cambio de época» y de perspectivas que hemos vivido en los últimos años. Ya no se piensa más el Perú desde la teoría de la dependencia (para bien y para mal), sino buscando una mejor integración a la economía y al mundo global.³ Los cambios en la política (el final de la guerra fría y del mundo bipolar) y en la economía mundial (acabado el gran ciclo de desarrollo capitalista de la segunda posguerra) han determinado el agotamiento de los esquemas distributivos socialdemócratas clásicos, y hacen poco viables las estrategias de desarrollo pensadas desde la teoría de la dependencia. Esto no significa que haya dejado de haber dependencia, sino que, al parecer, en el mundo de hoy aun peor que ser dependiente es no estar integrado a los circuitos de inversión y movimiento de capitales.

No solo la dependencia ha dejado de ser un paradigma central de análisis, sino también el enfoque marxista de las clases como «encarnaciones» de categorías analíticas y de contradicciones sociales; ahora se piensa la sociedad como resultante de la interacción de cambiantes grupos en permanente redefinición de sus identidades e intereses. En *Clases...* se maneja implícitamente un modelo según el cual las clases «deberían» actuar de un modo determinado, deber ser construido sobre la base de lo que se considera ha sido la actuación de las clases en el contexto anglosajón, punto de vista desde el cual se evalúa, por ejemplo, la precariedad de nuestra clase dominante y su falta de proyecto nacional. Este es un primer gran punto de debate. Hace varios años, Magdalena Chocano (1987) criticó el «pensamiento ucrónico» en la historiografía peruana, que tendía a evaluar nuestra historia desde un deber ser artificialmente construido. En esta línea, añadiría yo que, por lo general, tendemos a manejar una visión equivocada del papel de las clases sociales en la historia

anglosajona, atribuyendo la existencia de «lógicas», «procesos» o «proyectos» a lo que en realidad fueron eventos en gran medida inconexos, consecuencias no intencionales de la actuación de los actores, y que solo con razonamientos *ex post* adquieren coherencia a los ojos del observador. Luego, peor aún, aplicamos este modelo de análisis a nuestros países y descalificamos el papel desempeñado por algunos actores, por no hacer lo que, supuestamente, otros hicieron en otros contextos. Esta manera de mirar la historia ha llevado a la subestimación de algunos actores que sí elaboraron proyectos y propuestas, aunque finalmente, por diversas razones, estas no llegaron a fructificar.⁴

Esto nos lleva a una pregunta fundamental: ¿todo depende entonces del color del cristal con que se mira? En este caso, la pregunta sería: ¿qué color de cristal sería más adecuado para mirar el Perú de hoy?⁵ Sostengo que hay dos puntos de vista útiles: uno es evaluar las cosas considerando los cambios ocurridos en las últimas décadas y sopesar la importancia de las continuidades y los cambios; otro es mirar el Perú comparándolo con otros países de la región, para así poder distinguir sus particularidades.

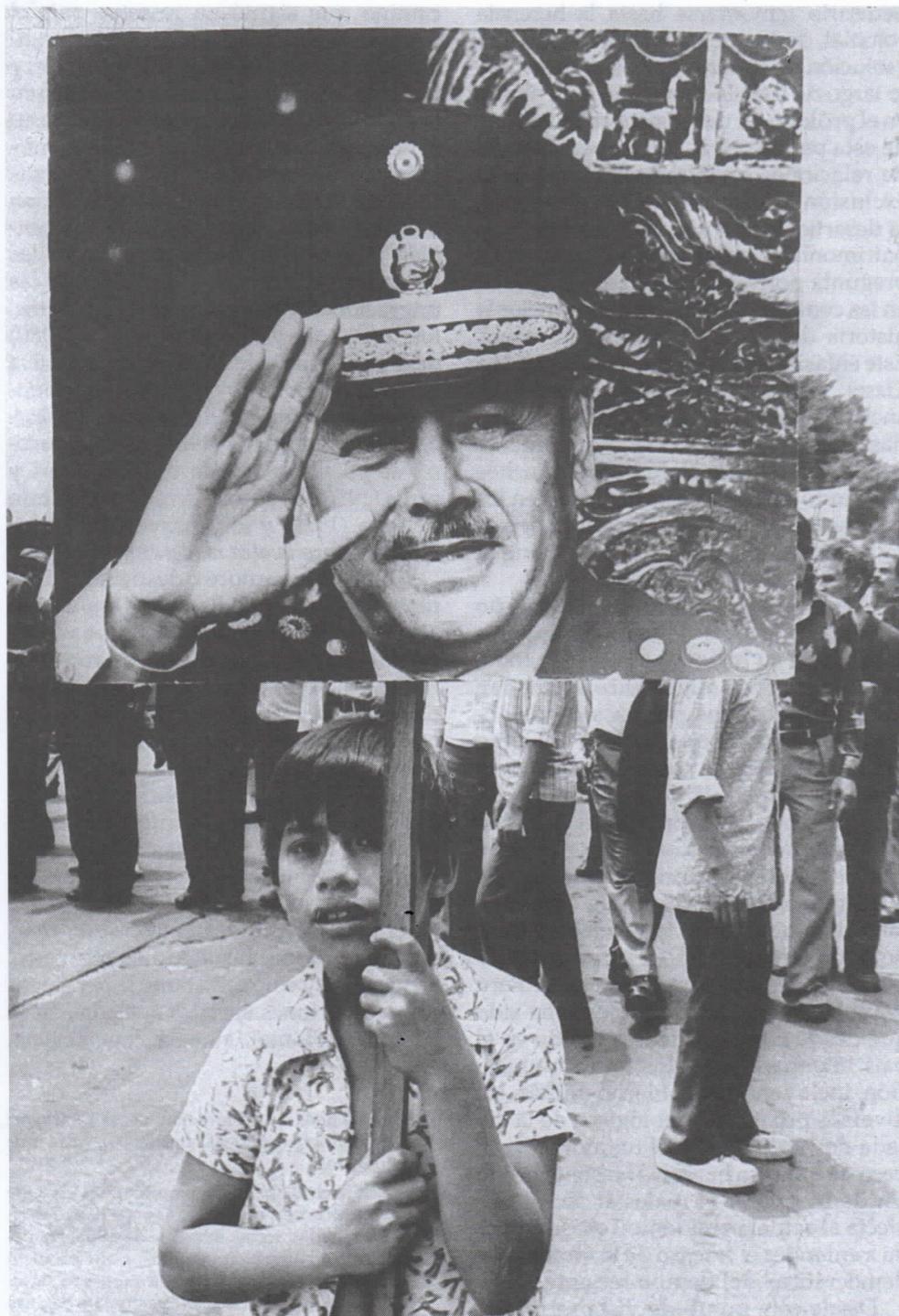
Respecto a lo primero, *Clases...* privilegia claramente las continuidades en el análisis y maneja la provocadora tesis de que, para entender a cabalidad las reformas del gobierno militar de Velasco, sería

2 Un ejercicio interesantísimo, imposible de hacer en estas páginas, sería confrontar la visión del Perú de Cotler con otras síntesis históricas más recientes, como las propuestas por Pease (1995) o Contreras y Cueto (2004). Véase también las síntesis de diversos autores sobre distintas épocas históricas en el número de aniversario de la revista *Histórica*, que también cumplió recientemente 25 años (*Histórica*, vol. XXVI, n° 1-2, julio-diciembre de 2002).

3 Véase Contreras 2002.

4 Especialmente destacable es el esfuerzo de historiadores como Carmen McEvoy por redescubrir proyectos republicanos en el Perú del siglo XIX, por ejemplo.

5 Guillermo Rochabrún llamó la atención sobre la necesidad de construir puntos de referencia adecuados en su crítica a *Clases...*, publicada en 1978.



El libro de Cotler originalmente pretendió ser un estudio del gobierno revolucionario de la Fuerza Armada, pero era necesario remontarse hacia la herencia colonial para comprender a cabalidad el proceso político peruano. (Foto de Carlos Domínguez)

necesario remontarse hasta la herencia colonial, dado que no habría habido una «solución de continuidad» significativa a lo largo de toda la república. Aún ahora, en el prólogo Cotler insiste en la validez de esta perspectiva, ante la persistencia de relaciones sociales marcadas por la exclusión, la discriminación, el racismo, la desarticulación nacional, las prácticas patrimoniales en el Estado, etcétera. La pregunta polémica es si desde el énfasis en las continuidades se entiende mejor la historia del Perú y su situación actual. Este énfasis tiene algunas ventajas: le da a *Clases...* un sentido fuertemente crítico, anclado en sólidas convicciones igualitarias y democráticas. Pero hay otras maneras de ver las cosas; de hecho, muchos otros autores han puesto el énfasis en los procesos de cambio, integración, democratización ocurridos en el país, aunque se trate de procesos truncos.

Desde este punto de vista, el Perú no habría sido un país «tan» desintegrado a lo largo de su historia; a pesar de todo, durante el orden oligárquico se habrían dado significativos procesos de democratización social, que luego el gobierno militar desató con sus reformas, como quien abre una caja de Pandora. Puede afirmarse que las reformas del gobierno militar terminaron económica, política y culturalmente con el predominio del país oligárquico, y sí marcaron un corte sustancial, aunque muy tardío (comparándolo con otros países), en los patrones de interacción social presentes en el Perú republicano. Nuestro problema ha sido que desde entonces hemos tenido en el país intentos frustrados de recomposición, incluyendo al gobierno militar, los diversos proyectos ideológicos de la década de 1980, y luego al fujimorismo. El peso de toda esa herencia ha contribuido sin duda a crear el malestar social que afecta al actual presidente Toledo y ayuda a entender el fracaso de la «transición democrática» del tiempo reciente.

Desde este punto de vista se podría entender cuestiones como la diferencia del Perú frente a los otros países andinos como Ecuador y Bolivia, y el distinto

camino que siguió en nuestro país el tema de la etnicidad y la identidad indígena, por el mayor peso del mestizaje; y también la inusitada fuerza que cobró en la década de 1980 la izquierda clasista en el Perú, que pasó de ser una fuerza marginal en los sesenta a una de las más importantes del continente en apenas una década.⁶ Desde este ángulo, destaca también la irrupción de lo popular en las ciudades y en Lima en particular con las migraciones y sus profundos impactos, fenómeno que ya discutía Quijano (1980) desde la década de 1970 con la temática de la cholificación, y que se haría evidente en los ochenta con libros como *Desborde popular* de Matos (1984), *Conquistadores de un nuevo mundo* de Degregori y otros (1986), *El otro sendero* de Hernando de Soto (1989) y los ensayos de Carlos Franco sobre *la otra modernidad* (1991).

Todos estos autores, desde muy diferentes perspectivas, llamaban la atención sobre cambios fundamentales que se operaban en el Perú, que marcaban rupturas radicales y que tenían grandes posibilidades democratizadoras. El asunto es que, nuevamente, ellas quedaron trunca, al punto que no podemos tener hoy más miradas ingenuamente optimistas sobre el potencial del mundo informal.⁷ El Informe de la CVR llama también la atención sobre el alcance parcial de los procesos de democratización y la persistencia en el país de grandes bolsones de marginalidad. Como resultado de todo esto, lo que tenemos no sería tanto la persistencia de relaciones sociales ancladas en la herencia colonial, sino la coexistencia,

6 En esta línea de exploración, véase Degregori (1985), Remy (1995) y López (2000), entre muchos otros.

7 Véase Vich 2002. Ahora parece más pertinente que antes acudir al término anomia para describir la realidad social, introducido al debate peruano por Hugo Neira en 1987, y que propició una interesante discusión en la que participaron Catalina Romero y Nicolás Lynch en las páginas de *Socialismo y Participación*, quienes replicaron desde visiones que precisamente ponían énfasis en el carácter regenerativo de la anomia porque cuestionaba valores no democráticos.

yuxtaposición, de esos elementos con muchos otros, de diversos signos, de manera desordenada y hasta caótica; de allí que terminemos con altos niveles de informalidad, desconfianza interpersonal, escasa legitimidad en las instituciones, que según diversos indicadores están entre los más altos del mundo.⁸

Ahora bien, Cotler no niega la importancia de los cambios sociales reseñados, que ciertamente son analizados en el libro. El argumento de *Clases...* es que esos cambios no lograrían consolidarse o desarrollar su potencial porque no encontrarían correlato en el plano de la política, y que finalmente ello puede explicarse, otra vez, por la persistencia de la herencia colonial. Así, los fallidos intentos de reforma expresados en los avatares de Haya de la Torre y del Apra desde la década de 1930, la constante inestabilidad política, el predominio de dictaduras militares, la fragilidad de las experiencias democráticas, serían expresión de la persistencia de patrones de exclusión, desarticulación social y concepciones patrimoniales del Estado. Sin embargo, considero que, observadas desde un ángulo comparado, las cosas podrían verse diferentes.

Esto nos lleva al asunto de qué lecciones nos puede dejar considerar el caso peruano desde una perspectiva comparada. A pesar de que gran parte de *Clases...* fue redactado por Cotler en México, donde tuvo que pasar varios años deportado por el gobierno militar, país en el que coincidió con muchos otros exiliados latinoamericanos deportados por otras dictaduras militares, el libro prácticamente no tiene comparaciones. Si bien *Clases...* es una obra ambiciosísima, y por lo tanto no cabe exigirle más de lo que ya es, considero que nosotros los lectores podemos válidamente evaluar de qué manera un ángulo comparado refrenda o no algunas de sus tesis centrales.

Colombia, por ejemplo, muestra cómo un orden fuertemente oligárquico puede dar lugar a partidos sólidos y largas experiencias democráticas, que incluso pueden ser capaces de coexistir durante décadas con altos niveles de violencia. Argentina es otro caso de contraste sugerente.⁹ Podría decirse que la historia política argentina y la peruana se asemejan, en el sentido de tener un largo conflicto entre fuerzas populistas (el peronismo y el aprismo respectivamente) y las fuerzas de la oligarquía, que determinó el predominio de dictaduras militares y la precariedad de las experiencias democráticas a lo largo del siglo XX. Sin embargo, las «herencias coloniales» de ambos países son marcadamente diferentes. Considerando estos dos casos, ¿cómo queda entonces la apelación a las continuidades históricas para dar cuenta de los vaivenes políticos en el Perú?

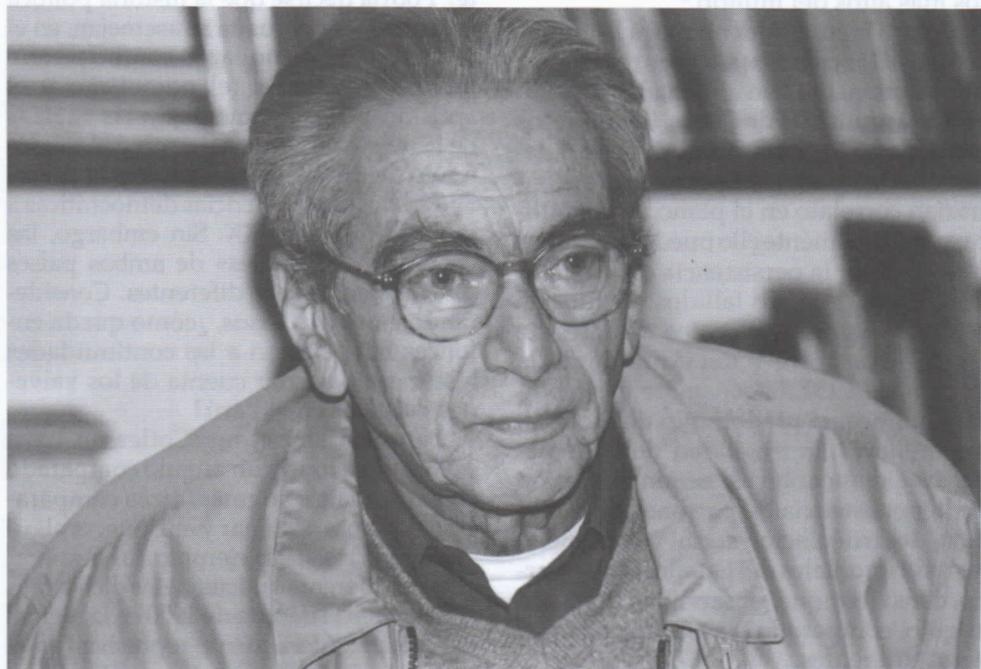
Es una lástima que Cotler no haya explorado a fondo un ángulo comparado en sus trabajos; además, otras comparaciones podrían abonar y enriquecer algunas de sus tesis. Por ejemplo, la comparación del diferente carácter de las dictaduras militares en la década de 1970 en la región: de derecha, fuertemente represivas en el cono sur, y las de países como Perú con Velasco Alvarado, Ecuador con Rodríguez Lara, o Torrijos en Panamá, quienes encabezaron dictaduras reformistas de izquierda, con claros contenidos populistas. En un texto posterior, el mismo Cotler (1979) ensaya una explicación: el menor desarrollo relativo de nuestras sociedades (marcadas por las economías de enclave) pondría en agenda otros temas (la liquidación del orden oligárquico y la implementación de un programa desarrollista) que serían recogidos por el Estado (en este caso por la corporación militar), en un razonamiento que apela tanto a la configuración histórica de nuestras sociedades como a la autonomía del Estado frente a las clases dominantes. Lamentablemente, esta línea de análisis no fue seguida ni por Cotler ni por otros autores en los años posteriores; ojalá alguien se animara a seguir esta pista en el futuro.

8 Véase Tanaka 2005b.

9 Véase Collier y Collier 1991, donde se ensaya una comparación sistemática entre ambos países.

El tema del Estado me lleva a un penúltimo punto, que quiero dedicar a algunos elementos de *Clases...* que considero se mantienen plenamente vigentes 27 años después de la primera edición. Uno es precisamente la centralidad del Estado

diversos proyectos de cambio. Esa debilidad es resultado del carácter trunco de los diversos procesos de articulación ocurridos en el país, y en esto ciertamente se pueden registrar fuertes continuidades históricas hasta nuestros días. En otras



«Desde el título, este libro tenía la (¿vana?) pretensión de explorar los grandes problemas que determinaban la mencionada continuidad entre el lejano pasado colonial y el presente inmediato, frustrando la construcción nacional y democrática del Estado y de la sociedad», señala Cotler en el prólogo a la tercera edición.

para el análisis y de qué manera su persistente debilidad tiene consecuencias fundamentales sobre la marcha de la sociedad y de la política. En *Clases...* el Estado aparece en ocasiones como variable dependiente (explicado como consecuencia de la acción de las clases), pero también como independiente (su precariedad dificulta la consolidación de ciertos procesos). El tema del Estado como organismo autónomo, como variable independiente, no ha sido suficientemente considerado en las ciencias sociales de la región y es un tema de enorme vigencia.¹⁰ Otro asunto fundamental es la persistente debilidad de los actores sociales y políticos, y cómo esa fragilidad dificulta la culminación de

palabras, lo que sí puede considerarse una constante en nuestra historia y una suerte de «herencia» es la precariedad de nuestras instituciones y de nuestros actores sociales y políticos; no tanto la persistencia de relaciones de exclusión y patrones de desintegración que, como hemos visto, han cambiado de manera decisiva en las últimas décadas.

Termino diciendo por qué me parece que este libro ha resultado y resulta tan apasionante, desde un punto de vista muy personal, y cuya respuesta está en los epígrafes del libro, los más hermosos jamás seleccionados en nuestras ciencias

10 Véase Tanaka 2005a.

sociales, de Mario Benedetti y José María Arguedas, y en algunas líneas de su introducción. El libro es apasionante no solo por ser una ambiciosísima síntesis de sociología histórica y política, sino porque es la expresión de un recorrido personal del autor, que se propone «encontrar un camino para dejar de ser forastero en este país que hemos nacido».

Creo que se percibe a lo largo de sus páginas el desconcierto y la «urgencia de decir nosotros», que compartimos todos los que nos hemos propuesto entender mejor el Perú. Es este sentido de solidaridad y simpatía con la búsqueda del autor, que es la de todos nosotros, lo que hace, al menos para mí, de este un libro fundamental.

BIBLIOGRAFÍA

Chocano, Magdalena

1987 «Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana». *Márgenes*, año 1, n.º 2, octubre de 1987, pp. 43-60.

Collier, Ruth y David Collier

1991 *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.

Contreras, Carlos

2002 «Apogeo y crisis de la teoría de la dependencia en la historia económica sobre la república». *Histórica*, vol. XXVI, n.ºs 1-2, julio-diciembre, pp. 503-544.

Contreras, Carlos y Marcos Cueto

2004 *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la independencia hasta el presente*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Cotler, Julio

2005 *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP, [1978] 3ª ed.

1979 «State and Regime: Comparative Notes on the Southern Cone and the Enclave Societies». En David Collier (ed.). *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton: Princeton University Press, pp. 255-282.

De Soto, Hernando

1989 *El otro sendero. La revolución informal*. Bogotá, ILD, 8va. ed.

Degregori, Carlos Iván

1986 «Del mito de inkarrí al mito del progreso». *Socialismo y Participación*, n.º 36, diciembre, Lima: CEDEP.

Degregori, Carlos Iván, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch

1986 *Conquistadores de un nuevo mundo: de invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Franco, Carlos

1991 *Imágenes de la sociedad peruana. la otra modernidad*. Lima: CEDEP.

López, Sinesio

2000 «Democracia y participación indígena: el caso peruano». En Fernando García (coord.). *Las*

sociedades interculturales: un desafío para el siglo XXI. Quito: FLACSO Ecuador, pp. 137-177.

Matos Mar, José

1984 *Desbordé popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Neira, Hugo

1987 «Violencia y anomia: reflexiones para intentar comprender». *Socialismo y Participación*, n.º 37, marzo. Lima: CEDEP, pp. 1-13.

Pease, Franklin

1995 *Breve historia contemporánea del Perú*. México D. F.: FCE.

Quijano, Aníbal

1980 *Dominación y cultura: lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Lima: Mosca Azul Editores.

Remy, María Isabel

1995 «Población indígena y construcción de la democracia en el Perú». *Socialismo y Participación*, n.º 72, diciembre. Lima: CEDEP, pp. 61-82.

Rochabrún, Guillermo

1992 «De paradigmas y "paradogmas"». *Debates en Sociología*, n.º 17. Lima, PUCP, pp. 207-219.

1978 «La visión del Perú de Julio Cotler». *Análisis*, n.º 4, enero-abril, pp. 69-84.

Tanaka, Martín

2005a «El regreso del Estado y los desafíos de la democracia». En Víctor Vich (ed.). *El Estado está de vuelta: desigualdad, diversidad y democracia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 91-109.

2005b «Las relaciones entre Estado y sociedad en el Perú: desestructuración sin reestructuración». En Patricia Zárate (ed.). *¿Hay lugar para los pobres en el Perú? Las relaciones Estado-sociedad y el rol de la cooperación internacional*. Lima: DFID, pp. 55-87.

Vich, Víctor

2002 «'Mesa Redonda' y el incendio de las ciencias sociales». *Quehacer*, n.º 135, marzo-abril, pp. 104-106. ■



La desinformación sobre el significado de la consulta popular fue determinante para el aplastante No.

REFERÉNDUM DEL 30 DE OCTUBRE

Un resultado previsible y un gran desafío nacional

EDUARDO BALLÓN E. / GRUPO PROPUESTA CIUDADANA

Los resultados del referéndum no admiten dudas: el voto por el No a la integración de regiones se impuso largamente en 15 de los 16 departamentos en los que se realizó la consulta. Los partidarios del Sí obtuvieron apenas una victoria en Arequipa, donde alcanzaron el 50,44 por ciento del total de votos emitidos. Una victoria amarga, sin duda, porque en los departamentos con los que pretendía integrarse la votación por el Sí fue minúscula: 10,7 por ciento en Tacna y 23,9 por ciento en Puno. El cuadro muestra una situación que no cambiará significativamente en los próximos días.

Las incógnitas que rodearon el proceso quedaron despejadas con un resultado

que, más allá de su contundencia, requiere un balance desapasionado y alejado de lecturas fáciles como las realizadas por algunos medios, que encuentran en aquel un rechazo categórico al proceso de integración.

LA FALTA DE INFORMACIÓN Y LA AUSENCIA DE REGLAS CLARAS

La formulación de los expedientes técnicos que fueron el origen de la consulta popular estuvo a cargo de los presidentes de los gobiernos regionales y sus equipos técnicos. Las autoridades municipales y las sociedades regionales prácticamente no fueron consultadas y tomaron conocimiento parcial de dichos expedientes

Resumen de los resultados del referéndum al 31 de octubre¹

Región	Departamento	Porcentaje de avance	Votantes	Votos por por el Sí	Porcentaje de votos por el Sí
Apurímac-Cusco	Apurímac	91,634	143.438	37.695	26,27
	Cusco	78,452	415.065	155.084	38,45
Tacna-Puno-Arequipa	Tacna	98,438	149.580	16.279	10,7
	Puno	92,095	548.585	131.192	23,9
	Arequipa	96,268	639.681	322.687	50,44
Ica-Ayacucho-Huancavelica	Ica	98,891	391.739	77.812	19,86
	Ayacucho	72,233	179.593	37.922	21,11
	Huancavelica	82,785	142.147	22.422	15,77
Tumbes-Piura-Lambayeque	Tumbes	98,576	93.711	20.843	22,24
	Piura	88,997	684.875	131.712	19,23
	Lambayeque	92,130	521.182	98.556	18,91
Áncash-Junín-Huánuco-Pasco-Lima provincia	Áncash	90,668	466.641	54.102	11,59
	Junín	81,831	476.720	65.998	13,84
	Huánuco	70,588	198.276	29.592	14,92
	Pasco	71,839	82.810	8.348	10,08
	Lima provincia	97,130	432.516	90.240	20,86
Total			7'234.321	1'280.684	17,7

Fuente: ONPE, elaboración propia.

1 Emitido por la ONPE el 31 de octubre a las 7:21 a.m. En <www.onpe.gob.pe>.

solo a partir de junio. En el proceso hacia el referéndum, varias de las autoridades regionales, todas apristas —Tumbes, Piura, Ica, Arequipa, Puno, Lima provincias y Tacna—, por cálculo político o por preocupación legítima ante las confusas reglas de juego, se convirtieron en propagandistas activos del No.

Las encuestas realizadas 45 días antes del referéndum² demostraban el desconocimiento de la ciudadanía sobre la consulta, y más profundamente sobre todo el proceso de integración de regiones. Salvo en tres departamentos (Arequipa, Ica y Tacna), más del 50 por ciento de encuestados carecía de información tanto sobre lo que se votaría como sobre el proceso. La falta de conocimiento alcanzaba porcentajes alarmantes en Lima provincias (71,4 por ciento), Ayacucho (67,4 por ciento), Junín (67,3 por ciento) y Piura (64,1 por ciento).

Es evidente que las limitadas campañas de información realizadas los últimos dos meses no alcanzaron para revertir esta situación. La gente acudió a votar masivamente y, ante la inseguridad que le generaba un proceso frente al cual tenía más preguntas que respuestas, más temores que certidumbres, optó por la certeza de sus departamentos y sus identidades locales.

Esta situación se agravó por la incapacidad del Congreso para definir modificaciones normativas indispensables para responder a las preocupaciones de los ciudadanos: la estructura de los futuros gobiernos regionales, la composición de los consejos regionales, los mecanismos para evitar el avasallamiento de los más pequeños, etcétera. Para hacer aún más difíciles las cosas, el Reglamento de la Ley de Descentralización Fiscal tardíamente aprobado por el Ministerio de Economía y Finanzas, terminó con la ilusión de los incentivos para la integración de regiones, contemplados como uno de los supuestos de los expedientes técnicos que iban a la consulta.

Por si ello no bastara, la indefinición de las propias reglas electorales —50 por ciento más uno de los votos válidos o de

los emitidos— se mantuvo prácticamente hasta el último momento. Así las cosas, el 30 de octubre asistíamos a una muerte anunciada con varios actores que por acción, omisión o candor contribuyeron al resultado.

LAS RESPONSABILIDADES DEL RESULTADO

La conducción del proceso de integración regional adoleció de graves deficiencias tanto en el Poder Ejecutivo como en el Congreso. El Ministerio de Economía y Finanzas jugó abiertamente en contra. Demoró la entrega de los recursos requeridos para la consulta, al punto que las instituciones responsables amenazaron con no llevarla a cabo. Retrasó hasta el final los recursos que el Consejo Nacional de Descentralización (CND) requería para la campaña de información y postergó la aprobación del Reglamento de la Ley de Descentralización Fiscal, para hacerlo después sin considerar los expedientes técnicos aceptados por el CND.

El Gabinete, por su parte, no se involucró en el proceso provocando las quejas del Presidente del CND. El Presidente de la República, tras reafirmar la realización de las consultas el 28 de julio, guardó silencio hasta la semana del referéndum, convirtiéndose en otro factor de desinformación: para promover el voto por el Sí, anunció que votaría a favor, cuando en Lima no se vota, y luego llamó a la población de Cajamarca a hacer lo propio, cuando ese departamento no era parte del proceso.

De acuerdo a la Ley de Bases de la Descentralización, la Ley de Incentivos a la Integración y Conformación de Regiones debió aprobarse en el año 2003, para realizar el primer referéndum sobre integración el año 2004. El Congreso demoró más de un año el debate de la ley, obligándose a modificar la Ley de Bases y a establecer un nuevo cronograma de

2 IMASEN, trabajo de campo realizado entre la segunda y la cuarta semana de septiembre.

consultas, que se inició en octubre de 2005. El Reglamento de dicha ley fue aprobado en septiembre de 2004, estableciendo como plazo para la presentación de los expedientes técnicos el mes de enero de 2005. En la medida en que esta presentación exigía que los partidos y los movimientos ciudadanos cumplieran diversos requisitos, el corto plazo disponible los inhibió, quedando aquellos en manos de las autoridades regionales.

El CND, por su parte, privilegió el trabajo técnico con las autoridades regionales participantes, dejando de lado a los alcaldes y la ciudadanía en general. Finalmente, falló clamorosamente en diseñar y llevar adelante una amplia y oportuna campaña de información de las propuestas integracionistas, condición indispensable para generar un voto ciudadano informado. La campaña parecía antes del gobierno que del Estado.

Los partidos políticos nacionales más importantes también tienen gran responsabilidad en el desenlace producido. Aprobaron las normas básicas que rigieron el proceso, pero en la fase final jugaron abiertamente en contra (Apra, Perú Ahora y UN) o guardaron silencio frente al debate nacional (AP). Parece que sus cálculos electorales pesaron más que su declarado compromiso con la descentralización.

Las organizaciones de la sociedad civil, incluyendo las redes nacionales y las organizaciones regionales y locales, llegamos tarde al proceso. Aunque asumimos un papel protagónico en las campañas de información y en aquellas a favor o en contra de la integración, no entendimos nuestras propias debilidades y sobrevaloramos nuestra capacidad de influir en una ciudadanía que mayoritariamente no es parte aún de la descentralización.

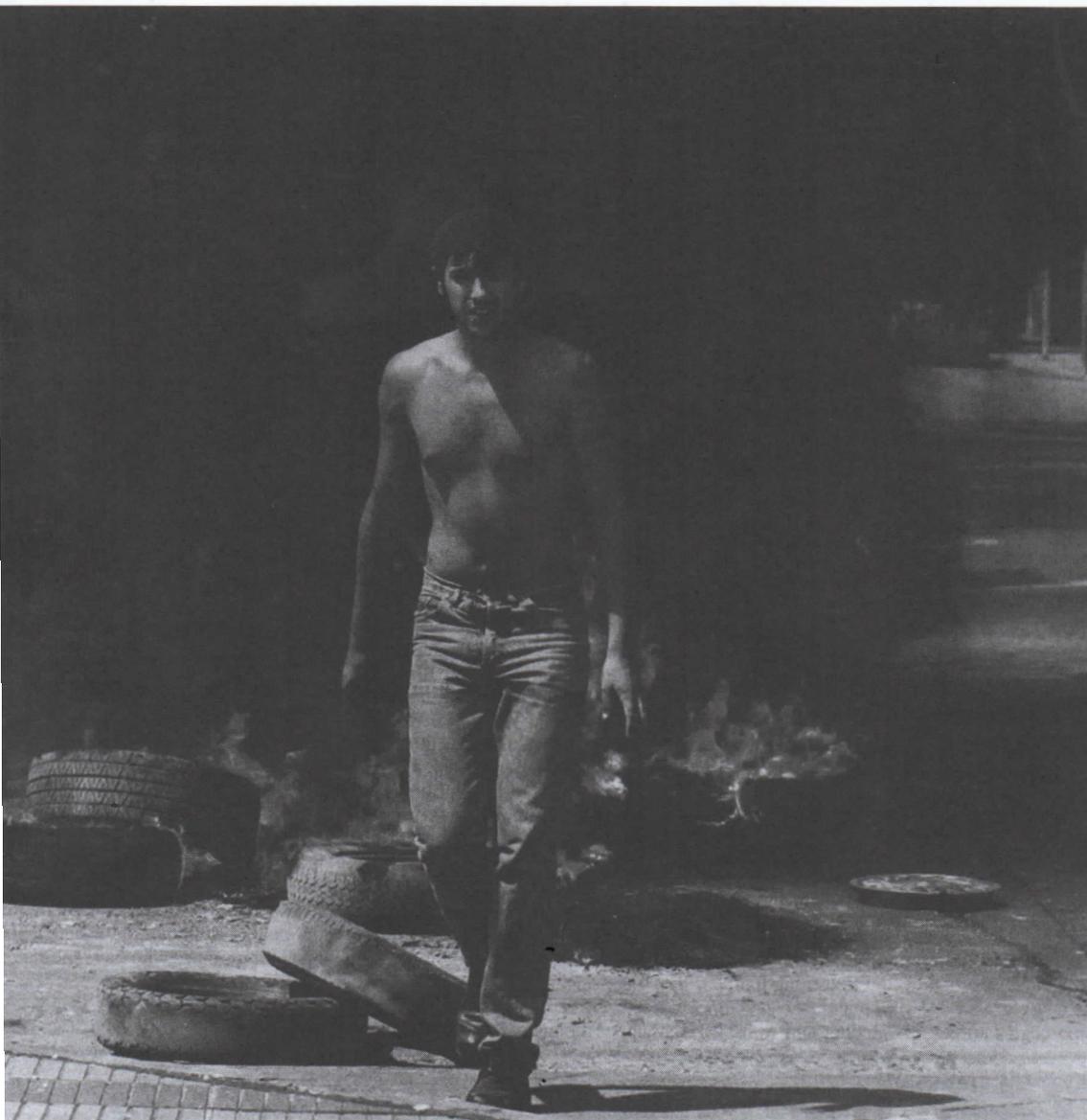
¿HA PERDIDO LA DESCENTRALIZACIÓN?

Es innegable que los resultados golpean la descentralización. Evidencian sus límites y las diferentes voluntades políticas de los actores involucrados, pero sobre

todo su desconexión de vastos sectores de la población. Sin embargo, tienen una gran virtud: ponen el tema de la descentralización, también el de la integración de regiones, en el centro de la agenda nacional. Recogiendo las declaraciones de los actores que se han ratificado como unánimemente comprometidos con la necesaria redistribución de poder y recursos en el país, se hace indispensable recuperar el sentido y el ritmo del proceso.

No es necesario esperar hasta el año 2009 para profundizar y enmendar la descentralización. Es posible corregir antes los vacíos y los problemas evidenciados en la consulta. Se puede recuperar el sentido mismo y el ritmo de la descentralización, superando limitaciones que son ostensibles. En el corto plazo, reconociendo el departamentalismo que se ha impuesto, es necesario corregir distintas deficiencias normativas: la estructura presidencialista de los gobiernos regionales, su baja legitimidad que resulta de la manera en que son elegidos, los mecanismos y procedimientos que deben garantizar la participación, la definición clara y el cumplimiento de la transferencia de competencias y el desarrollo de capacidades, la precisión del papel de los gobiernos locales, etcétera.

Simultáneamente, es preciso separar la descentralización fiscal de la integración, incorporando en esta perspectiva los recursos del canon y las regalías. Un proceso que asuma este desafío exige de un CND distinto, con liderazgo, que comprometa al Ejecutivo e incorpore realmente a autoridades regionales y locales, así como a representantes de la sociedad civil. Estos ajustes en la descentralización, de existir una voluntad política compartida, pueden realizarse durante el año 2006 y permitirían abordar el desafío de la integración de departamentos sobre bases más sólidas, más adelante. Las distintas fuerzas políticas se han pronunciado en ese sentido. Dependerá de la población y sus organizaciones, de su capacidad de movilización, que esas declaraciones se conviertan en realidad. ■



«¡Que se vayan todos!», gritaba la masa, al tiempo que demostraba en las calles su hartazgo de la clase política ecuatoriana. Un fenómeno que recorre Latinoamérica.

Ecuador: de una crisis a otra

LEYLA BARTET¹

Ocho gobiernos en diez años es un récord difícil de alcanzar, incluso en América Latina. El único país capaz de disputarle al Ecuador tamaña inestabilidad es Bolivia, campeona hasta hace poco de los golpes de Estado. Pero en el caso del Ecuador las crisis se suceden pero no se asemejan, aunque exista siempre el mismo telón de fondo para dar pie a tanta locura: asimetrías sociales, graves desequilibrios económicos, corrupción, ausencia de instituciones políticas, anomia del Estado. Factores todos que encontramos también en otros países del continente.

LA REVUELTA DE LOS «FORAJIDOS»

Un muchacho de largos rizos incendia su camiseta y la lanza por sobre la puerta de la embajada de Brasil, donde se refugia el depuesto presidente Lucio Gutiérrez. Los policías observan sin participar. Detrás, la masa corea «¡Que se vayan todos!». Como en la Argentina, en los aciagos días de la crisis, la desconfianza frente a la clase política es el signo más visible del hartazgo. Pero en el Ecuador no hay un Kirchner en el horizonte para salvar los muebles. Y hay, en cambio, un actor foráneo esencial: la embajada de los Estados Unidos.

En realidad, puede afirmarse que este último cataclismo ecuatoriano se inició a fines de enero de 2000. En ese momento Lucio Gutiérrez, entonces coronel del Ejército, derrocó al gobierno constitucional de Jamil Mahuad. Junto a otros oficiales de mando medio, Gutiérrez tomó el

Congreso y proclamó un efímero triunvirato integrado por un indígena, un político civil y él mismo. Este gobierno no fue reconocido por el Congreso ecuatoriano, que designó como sucesor de Mahuad al entonces vicepresidente Gustavo Noboa. Gutiérrez fue encarcelado con los demás rebeldes. Más tarde logró ser amnistiado y fundó un partido político, Sociedad Patriótica.

En una curiosa alianza que reunía, por un lado, al partido populista del insólito Abdalá Bucaram, ya entonces prófugo por delitos de corrupción y, por otro, al movimiento indígena, Lucio Gutiérrez se presentó a las presidenciales de 2002. Gana en la segunda vuelta de escrutinio, pero, una vez en el poder, rompe con sus aliados. Destituye a su Ministra de Relaciones Exteriores, la indígena Nina Paccari, y cambia de bando político aliándose con sus antiguos enemigos, entre ellos el ex presidente León Febres Cordero, oligárquico dirigente del Partido Social Cristiano. En un juego de alianzas a veces difícil de seguir, Gutiérrez abandonará poco después a Febres Cordero para apoyarse en Álvaro Noboa, su ex rival en las elecciones. Y otra vez en Bucaram.

Según Luis Eladio Proaño, profesor de las academias militares a lo largo de veinticinco años y asesor de tres ministros de Defensa, el coronel Gutiérrez nunca tuvo la total anuencia de los altos mandos militares. Celosos de las jerarquías, a los generales no les gusta recibir órdenes de un coronel. Además, una vez en el poder, Gutiérrez favoreció el nombramiento de miembros de su generación y pasó a retiro a muchos generales incómodos. Si dentro del Ejército había una clara división entre oficiales jóvenes y la alta

1 Escritora y periodista. Ha publicado recientemente *Memorias de cedro y olivo. La inmigración árabe al Perú (1885-1985)*.

jerarquía en relación al Presidente, en la Marina y la Fuerza Aérea el rechazo era unánime. En efecto, según Proaño, los jóvenes oficiales apoyaron el inicial enfrentamiento de Gutiérrez con el socialcristiano Febres Cordero, que encarna a los industriales costeños. «Mis alumnos de la Academia Militar me decían: “jese sí tiene huevos!”», asegura. Pero este apoyo no podía ser eterno porque las propias alianzas de Gutiérrez fueron efímeras.

Uno de los factores del malestar social en el país fue, sin duda, la alianza perversa que Lucio Gutiérrez firmó con la derecha, la que le permitió sentirse suficientemente fuerte como para intervenir en el Poder Judicial. El ex Presidente no dudó en poner gente afín en el Tribunal Supremo Electoral, en el Tribunal de Garantías Constitucionales² y en la Corte Suprema de Justicia. Gutiérrez fue acusado de dictador. En su defensa se autocalificó de «dictócrata»: «Soy dictador para los pelucones [los oligarcas] y soy demócrata para los pobres», afirmó. Pero su neologismo no convenció ni a unos ni a otros.

Al mismo tiempo, los organismos públicos empezaron a incrementar injustificadamente sus gastos (aumentos en los presupuestos para orfanatos, maternidades, etcétera), mientras se dejaba de pagar los salarios a profesores, médicos y jubilados. Los segundos se declararon en huelga y otro tanto hicieron los funcionarios y empleados del Poder Judicial, quienes llevaron a cabo un paro de sesenta días a raíz de las injerencias del gobierno en sus fueros. Con el autismo que caracteriza a muchos de nuestros gobernantes, Gutiérrez no escuchó el rumor de las calles e ignoró olímpicamente las marchas pacíficas y otras manifestaciones de descontento popular. Y cuando decidió declarar el estado de excepción, lo hizo sin consultar a las Fuerzas Armadas.

Es curioso notar que en esta ocasión el movimiento indígena,³ que había partici-

pado activamente en el derrocamiento de Abdalá Bucaram en 1997 y en el de Jamil Mahuad en el 2000, se mantuvo al margen y la ciudad de Quito fue la que protagonizó las protestas más violentas. Se trató de una sublevación esencialmente urbana y quiteña. Tanto es así que Gutiérrez no dudó en traer grupos de matones vinculados al bucaranismo desde Guayaquil para intentar disuadir a los manifestantes. Su primo, Renán Borbua, Secretario General de Sociedad Patriótica (el partido inventado por Gutiérrez), amenazó con invadir Quito con cinco mil costeños para defender al Presidente. Tampoco dudó en usar gases lacrimógenos en abundancia y balas de goma cuando lo creyó necesario. Por esos días calificó a los manifestantes de «forajidos». Pero estos, en lugar de rechazar el calificativo, lo asumieron: «¡Somos forajidos!», gritaban en sus marchas por las calles quiteñas. Y se crecieron en la revuelta.

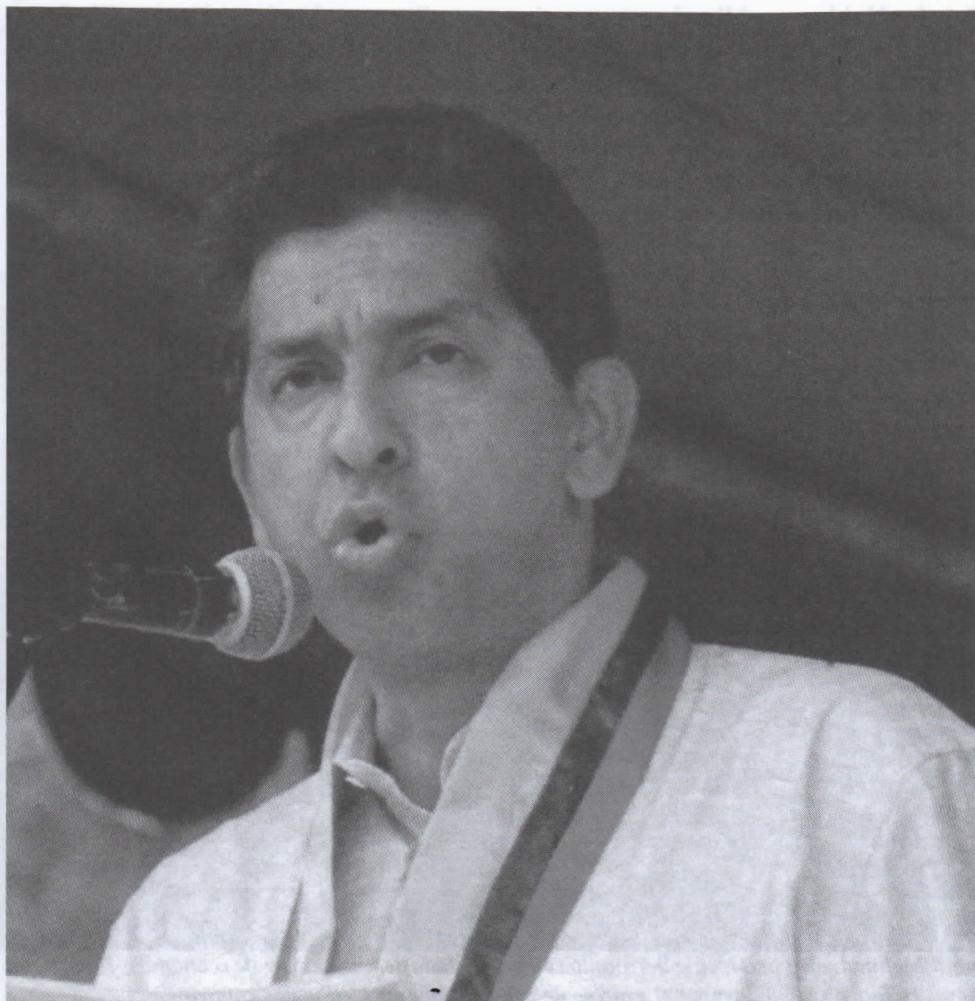
La llegada de las huestes gobiernistas de la costa no cambió nada. Su presencia solo sirvió para acrecentar la violencia. Los días de Gutiérrez estaban contados. El golpe de gracia se lo dio el 20 de abril la propia Fuerza Armada al retirarle oficialmente su apoyo. «Si entramos —decían los oficiales— vamos a tener que dar bala». Y no quisieron.

Todos conocen el desenlace: la Cámara Baja se reunió en sesión extraordinaria en un edificio público controlado por la policía y destituyó a Gutiérrez acusándolo de acciones dictatoriales. Gutiérrez terminó refugiándose en la embajada de Brasil. Poco después el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva le acordaba el asilo político.

Hasta aquí la cronología de los hechos. Pero aún quedan aspectos oscuros que elucidar.

2 Tribunal que controla la constitucionalidad.

3 La poderosa Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE).



El coronel Lucio Gutiérrez, depuesto presidente ecuatoriano que se autocalificó de «dictócrata».

¿POR QUÉ BRASIL?

Ese miércoles 20 de abril fue crucial en más de un sentido. La presencia ese día de la embajadora estadounidense, Kristey Kenney, en el Palacio de Carondelet para retirarle su apoyo al Presidente y exigirle que renunciara, pone de manifiesto que Estados Unidos ya no encontraba viable la continuidad de Gutiérrez.

El periodista uruguayo Kintto Lucas, residente desde hace diez años en el Ecuador y director del quincenario *Tintají*, aseguró que la presión estadounidense

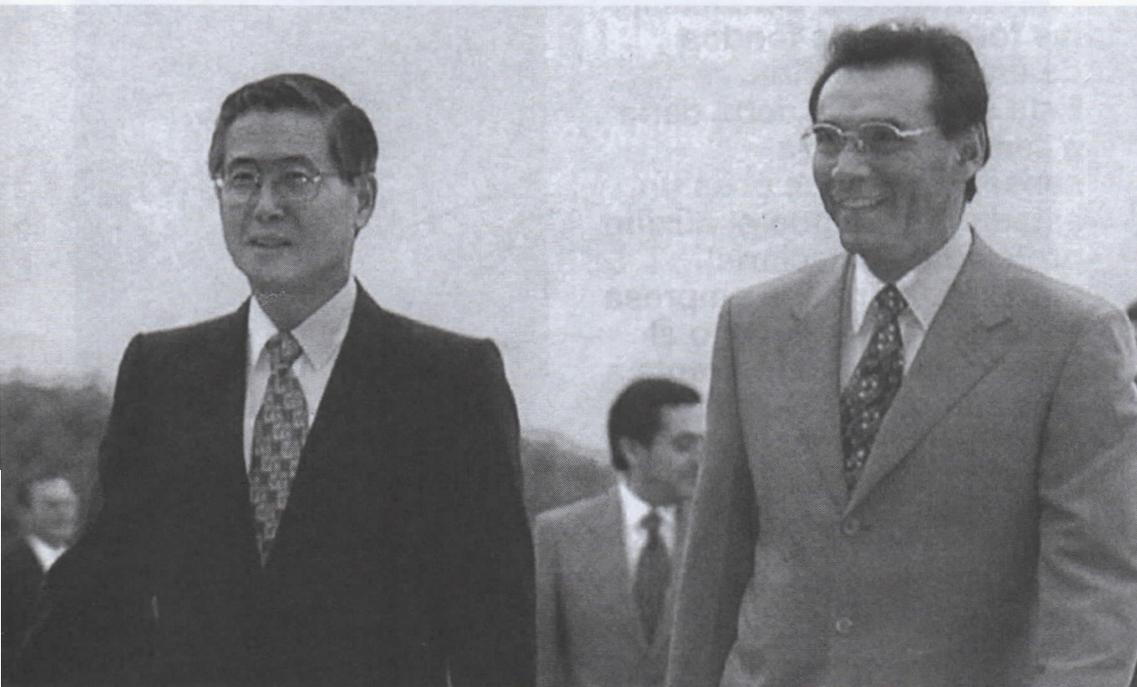
al Coronel, a través de sus entidades paralelas tipo USAID, se proponía obligar a Gutiérrez a definirse claramente sobre aspectos que atañen a las multinacionales estadounidenses. Y a los intereses de Estados Unidos en el sentido más amplio del término.

Es el caso, por ejemplo, del juicio emprendido por las comunidades amazónicas contra la Texaco, sobre el que Gutiérrez no había querido pronunciarse a favor de la empresa. Los directivos de la compañía se quejaron —en carta al presidente George Bush y al Congreso de los

Estados Unidos—, pidiendo que se retire a Ecuador del Acta Preferencial de Comercio Andino por no asumir Petroecuador la responsabilidad de la contaminación petrolera por la que precisamente se llevaba a cabo la acción judicial. Gutiérrez tampoco quería abordar el problema

y militar en el país, y el intento de fortalecer la participación de China en la explotación petrolera en detrimento de las empresas estadounidenses.

La influencia brasileña había ido evidenciándose en los últimos meses y los contactos crecientes del gobierno de Lula



Jamil Mahuad, otro presidente derrocado como resultado de una catástrofe económico-financiera. Aquí, en foto de 1998 durante el proceso de paz de Itamaraty, en malas compañías.

de la devolución del impuesto al valor agregado (IVA petrolero) a la compañía Occidental, a pesar de la presión estadounidense en este sentido.

Al asunto del petróleo se agregó aquel de la no participación de las Fuerzas Armadas ecuatorianas en el Plan Colombia y en la coordinación de acciones represivas con los servicios de inteligencia estadounidenses y colombianos en el país vecino. Sin embargo, dos cuestiones preocupaban particularmente a Washington: la influencia cada vez más importante de Brasil en los ámbitos económico

con el de Lucio Gutiérrez podían convertirse, a la larga, en un contrapeso interesante frente a las presiones internas estadounidenses y en un elemento nada deleznable en la disputa geopolítica entre el Brasil y los Estados Unidos. Tal vez esto explica por qué Lucio Gutiérrez buscó asilo en Brasil.

En todo caso, la caída de Gutiérrez, contradictorio y veleidoso en sus alianzas políticas pero mal visto por los estadounidenses, esconde todavía interrogantes que tal vez se vayan respondiendo con el correr de los días, tal vez de los años.

Imaginar nuevas formas de democracia

UNA ENTREVISTA CON GONZALO ABAD ORTIZ

*Corrupción, crisis de los partidos políticos, descrédito y fragilidad institucional, graves desigualdades económicas, las democracias latinoamericanas están gravemente enfermas. Requieren una operación a corazón abierto y una transfusión urgente de litros de imaginación para encontrar soluciones a su impotencia. Sobre estos temas y sobre la crisis de su país y de sus vecinos expresa aquí su opinión Gonzalo Abad Ortiz, sociólogo y politólogo ecuatoriano, funcionario del sector de ciencias sociales de la Unesco desde hace veinte años. Abad prologó recientemente un interesante libro-reportaje sobre los últimos veinticinco años de democracia en el Ecuador.**

Uno de los factores que desencadenó la crisis política que culminó con la destitución del presidente Lucio Gutiérrez fue la distancia entre el discurso, más bien progresista, que este mantuvo antes de acceder al poder y al inicio del proceso, y su actuación real una vez instalado en el Palacio de Carondelet. Algunos incluso se atrevieron a compararlo con el presidente venezolano Hugo Chávez. ¿Cómo explica su mutación? ¿Cree que este paralelo con Chávez tiene alguna validez?

El paralelo no me parece válido. Al hacer la campaña electoral Gutiérrez intentó, en efecto, asociarse a sectores progresistas: la representación indígena, algunos militares progresistas vinculados a la caída del ex presidente Mahuad, ciertos sectores populares... Por eso su discurso

tiene las características de aquellos de la izquierda en lo que se refiere a la estructura, a los argumentos presentados en campaña. Es más, se dice, y esto aún no se ha aclarado del todo, que tuvo contactos con el Partido de los Trabajadores de México, partido de izquierda marxista declarada, y también con el PT de Lula da Silva, en Brasil. Gutiérrez venía de esa familia política. Yo creo que el problema radica en que el Coronel no creía posible ganar las elecciones. Con esta campaña electoral solo esperaba una primera entrada a la vida política nacional. Su partido era muy débil, construido sobre la base de amistades, de relaciones familiares. La imprevista reacción favorable del electorado —que en esa ocasión rechaza otras candidaturas más tradicionales dentro del espectro político— lo sorprende y le da un acceso inmediato al poder que él no esperaba. Ni siquiera tenía un programa claro de gobierno, ni una clara idea del manejo del Estado.

El poder le quedó grande, en cierto modo.

* El libro se titula *Veinticinco años de democracia en Ecuador (1979-2004)* y viene acompañado de un DVD con entrevistas, documentales y comentarios de los propios ex presidentes acerca de los hechos más notables de sus respectivos gobiernos.

En efecto, su triunfo lo sorprendió. Tanto es así que cuando asume la presidencia lo primero que hace es convocar mesas de diálogo para construir el programa que no tenía. La elaboración de este recae entonces en los sectores progresistas que lo habían acompañado durante la campaña. Así, al menos durante el primer mes, las recomendaciones, las apreciaciones técnicas, provienen del diálogo con la sociedad civil, con los movimientos sociales. Estos le construyen una propuesta idealista que no tiene nada que ver con la realidad política que deberá enfrentar, a saber, el manejo de las dificultades económicas, los ajustes, las relaciones con el Fondo Monetario Internacional, las relaciones internacionales, etcétera. Desde un inicio, Gutiérrez se encuentra en una situación dicotómica muy difícil de manejar: por un lado, un discurso progresista y, por el otro, una realidad política estatal que le resulta ingobernable. Termina por confiarle el manejo de la política a los sectores tradicionales, habituados al poder, que le plantean el modelo opuesto. De allí que, pasado el primer mes, el coronel Gutiérrez tome la decisión de cambiar de bando y sea coherente con esa decisión. Con Gutiérrez el discurso quedó en eso, en discurso. Y la política se hizo con gente que tiene las conexiones con los principales centros de poder: en lo económico, con el FMI —que le acuerda una ayuda inmediata— y el Banco Mundial y, en lo político, viaja a Washington a poco de asumir el poder y establece una firme alianza con Estados Unidos. Esto significa el mantenimiento y la creación de bases militares estadounidenses en territorio ecuatoriano y el apoyo al Plan Colombia. A los seis meses, esta contradicción entre su discurso y la *real-politik* se hace inmanejable. Por ejemplo, a inicios de su gobierno había decidido entregarle la cancillería a uno de sus aliados, el

Movimiento Pachacuti. Esto no podía funcionar en la práctica. Era absolutamente contradictorio. Por supuesto, la alianza se rompió muy pronto.

Las caídas de Abdalá Bucaram en 1997, de Jamil Mahuad en el 2000 y finalmente la de Noboa en el 2002 se vieron marcadas por la participación activa de la CONAIE. Esta vez los movimientos indígenas no participaron, el derrocamiento de Gutiérrez fue más bien urbano. ¿Por qué en esta ocasión los campesinos estuvieron al margen? ¿Por qué las Fuerzas Armadas le retiraron su confianza a Gutiérrez?

No se trata de casos iguales, aunque presentan similitudes. En la caída de Bucaram participa todo el mundo. Hubo una verdadera unión de todas las fuerzas sociales y políticas —y no solo de los indígenas— provocada por el estilo insólito de Bucaram, inaceptable dentro de los cánones tradicionales de la política ecuatoriana. El caso de Mahuad es diferente. Se trató de una catástrofe económico-financiera que afectó a todas las clases sociales. Aquí el CONAIE jugó un papel fundamental porque en ese momento estaba en plena mutación, transformando su carácter de movimiento étnico para convertirse en fuerza política. Entonces ocurre una alianza entre ellos y los militares, la que determina la salida de Mahuad. En esta alianza indígena-militar el coronel Gutiérrez desempeña un papel clave a la cabeza de los jóvenes oficiales. El caso de la salida de Gutiérrez es totalmente diferente. Son las clases medias bajas y medias urbanas las que se enfrentan no ya a una catástrofe económica —ahora la economía ecuatoriana no está mal—, sino a un descalabro institucional. En efecto, lo que hace Gutiérrez es intentar controlar directamente el Poder Judicial en su conjunto, excluyendo de la Corte Suprema de Justicia, del Tribunal Constitucional, del Tribunal Electoral a quienes representaban a la

clase política tradicional. El Presidente carecía de poder propio para asumir el riesgo de estos decretos, por ello toma la decisión que le sería fatal: aliarse con Bucaram. Esto último explica la violenta reacción urbana quiteña. Es la ciudad

frente a Gutiérrez. La Fuerza Aérea y la Marina no lo apoyaron de modo claro. En cambio, dentro del Ejército el apoyo fue más prolongado.

En realidad, cuando Gutiérrez asume el poder descabeza de modo radical a las



«En el Ecuador los partidos políticos actuales no representan los intereses y preocupaciones de la ciudadanía. [...] en este régimen no hay posibilidades de expresar rechazo o discrepancias si no es haciendo una revuelta o una revolución para sacar al presidente.»

de Quito la que saca a Gutiérrez. El descalabro institucional es de tal naturaleza —porque es muy mal manejado desde el punto de vista jurídico y constitucional— que los militares en el último momento, y ante la presión, deciden retirarle el apoyo. Yo pienso que le retiran el apoyo por su ineptitud y no por desacuerdos de otro orden.

Al parecer, desde un inicio las Fuerzas Armadas se mostraron divididas

Fuerzas Armadas. Él quería tener gente allegada. Por otra parte, realiza acciones que solo se habían visto en dictaduras: nombra a oficiales en puestos públicos. Desde un inicio se abre el debate al interior de las Fuerzas Armadas: ¿hasta dónde los militares en servicio activo pueden participar en cargos públicos en el marco de un gobierno civil? Es cierto que ni la Marina ni la Fuerza Aérea estuvieron cerca de su proyecto. Muy pocos oficiales de estas

fuerzas participaron en el manejo del aparato público. Por otra parte, Gutiérrez tenía un compromiso con el Ejército. Un compromiso difícil de cumplir porque en la caída de Mahuad se quebró la caja de pensiones militares. Necesitaba 250 millones de dólares para refinanciar la Caja y no lo logró. Esto provocó tensiones internas muy graves dentro de las Fuerzas Armadas.

El vicepresidente Alfredo Palacio, que asume el gobierno tras el derrocamiento de Gutiérrez, nombró como ministro de Economía a Rafael Correa, calificado por los industriales ecuatorianos como «terrorista económico» por sus posiciones a favor de una disminución del pago de la deuda externa y en contra de la dolarización de la economía. Sin embargo, Correa ha asegurado que la dolarización se va a mantener. ¿Correa puede elaborar una política novedosa en términos económicos?

Seamos claros: yo creo que ningún gobierno ecuatoriano tendría hoy las condiciones para llevar adelante una política más flexible. Ni Correa ni ningún otro ministro de Economía. Donde sí hay más flexibilidad es en las acciones de caja, porque el precio del petróleo está muy alto y hay capacidad financiera en manos del Estado. Pienso que Palacio, que es médico y tiene por ello una especial sensibilidad, podrá aprovechar esta situación para lanzar una política social más intensa. Pero no creo que haya cambio alguno en la negociación con el Banco Mundial y el FMI.

Existen dos grupos políticos creados al calor de las luchas populares recientes. Uno es la Asamblea Popular y el otro es el Comité de Refundación de la República. Sus reivindicaciones se centran en cuatro puntos esenciales: la moratoria de la deuda o la reducción de su pago, la oposición al Plan Colombia, el no ingreso de Ecuador al ALCA y la

disolución del Congreso. ¿Por qué estos cuatro puntos?

Cada punto tiene su propia historia dentro de lo que han sido las reivindicaciones de la izquierda ecuatoriana. Pero yo no creo que ninguna de estas reivindicaciones se pueda llevar adelante, y solo estoy siendo realista. Lo de la base de Manta es imposible porque hay un convenio internacional firmado y ratificado por el Congreso al respecto. En relación a lo de ALCA, en realidad están pensando en el Tratado de Libre Comercio que se está negociando entre los países andinos. Pero ya nuestros socios, en particular el Perú y Colombia, afirmaron que continuarán la negociación. Venezuela también lo hará. No pienso que Ecuador pueda echarse atrás. No creo tampoco que sea posible la disolución del Congreso. Palacios lo necesita para reconstruir las instituciones: la Corte Suprema de Justicia, el Tribunal Supremo Electoral y el Tribunal Constitucional. No existe método, por lo menos en la Constitución vigente, que no pase por el Parlamento. Esto no quiere decir que las reivindicaciones no sean legítimas o que no sirvan para hacer presión. Pero veo poco viable que un gobierno provisional como el de Palacio se lance a semejante aventura.

El 20 de abril, en plena crisis, los congresistas dejaron correr la voz de que sesionarían en Guayaquil para estar «a salvo de los serranos forajidos de Quito» (sic). Más allá de la anécdota, esta frase expresa la ruptura entre los Andes y la costa ecuatoriana. ¿Cómo se da esta distancia?

Se trata de un viejo problema que data del siglo XIX. Siempre fuimos un país bicéfalo. Dicho esto, las declaraciones de los congresistas son simplemente anécdotas. ¡Ninguno de ellos se habría ido a sesionar a Guayaquil! Lo que sí es cierto es que las revueltas quiteñas fueron muy agresivas. El grito era «Que se vayan todos»,



¿Salto al vacío? América Latina padece democracias débiles, serios problemas de ingobernabilidad, instituciones frágiles y desigualdades mayúsculas. (Foto de D. Erler)

incluyendo los congresistas, acusados de ser cómplices del desmantelamiento institucional porque aprobaron las decisiones dictadas por Gutiérrez. Ahora bien, un dato inamovible de nuestra política es que dentro de las fuerzas en juego en el espectro ecuatoriano existe, por un lado, el partido Izquierda Democrática cuyo jefe visible es Rodrigo Borja, que representa poderes e intereses quiteños; y, por otro, el Partido Social Cristiano, dirigido por Febres

Cordero y asociado a industriales y grandes comerciantes de Guayaquil.

Ocho cambios de gobierno en diez años parece un récord difícil de alcanzar. Sin embargo, en un estudio reciente que usted cita en el prólogo del libro *Veinticinco años de democracia en Ecuador (1979-2004)* se demuestra que más de la mitad de la población es propensa a justificar los golpes militares. ¿Tanta es la desconfianza en la clase política?

Sí, yo creo que sí. Pero a esto hay que agregarle algo que cito también en el prólogo al que se refiere: solo el cuatro por ciento de la población en edad de votar está afiliada a algún partido político. No hemos tenido la capacidad de consolidar partidos políticos representativos que lleven adelante reivindicaciones gremiales, o interregionales. Incluso el surgimiento del movimiento indígena perturba la idea tradicional de ciudadanía. Pero este no es solamente un problema ecuatoriano. Se está viendo en el caso de México. Frente a lo ocurrido con el alcalde del distrito federal López Obrador, resulta claro que hay una masa ciudadana con opinión propia y que se rehúsa a ser representada por los partidos políticos existentes. Este es un problema muy delicado, complejo y peligroso de la realidad latinoamericana actual. Precisamente estamos intentando montar un seminario sobre estos temas con CLACSO y FLACSO. Así como sin división de poderes no hay democracia, también es muy difícil imaginar una democracia sin partidos. La ciudadanía debe encontrar alguna forma de expresión. El hecho es que en el Ecuador los partidos políticos actuales no representan los intereses y preocupaciones de la ciudadanía. Vivimos en una democracia en la cual los partidos deberían representarnos, pero nuestros sistemas son presidencialistas a la americana. Los presidentes se encargan de la dirección política, económica y social del aparato de gobierno y en este régimen no hay posibilidades de expresar rechazo o discrepancias si no es haciendo una revuelta o una revolución para sacar al presidente. Tal vez un régimen parlamentario nos sería más útil. Pero ¿cómo sostener un régimen parlamentario sin partidos que verdaderamente representen a la ciudadanía?

Pero al mismo tiempo se trata de un fenómeno relativamente nuevo. Puede

decirse que empieza con el desmoronamiento del «socialismo real», la crisis de los paradigmas y el ingreso a la unipolaridad. Hasta entonces existían partidos más o menos definidos que funcionaban mal que bien. Hoy existe una profunda desconfianza frente a la clase política y los partidos carecen de credibilidad, sobre todo aquellos fundados con fines exclusivamente electoralistas.

Sí, una vez le escuché decir al ex presidente Alberto Fujimori —en la conferencia de Copenhague, me parece— que tenía la intención de demostrar cómo se puede gobernar sin partidos políticos en América Latina. «El tiempo de los partidos políticos ha terminado», dijo, y esto ocurrió hace más de diez años. Es cierto que hubo en el pasado una delimitación del espacio de los partidos políticos y estos tenían una representación cuando existían liberales y conservadores, izquierda y derecha definidas.

Pero hay tres fenómenos que es preciso tomar en cuenta. Por una parte, la irrupción de las masas campesinas en un proceso de urbanización galopante en toda América Latina, proceso que se da con cierto descontrol. Hay un número elevado de nuevos ciudadanos que se encuentran en la urbe, en la polis, que quieren participar y no encuentran cómo.

El otro fenómeno que se agrega y agrava esta situación es el de la masificación de la información. Hace tres décadas, lo que hoy está pasando en Bolivia lo hubieran conocido tres políticos y cuatro universitarios en Ecuador; hoy lo ves en la televisión, lo juzgas, lo aprecias. Hay un fenómeno de circulación de información nunca antes visto y que incide en estos movimientos sociales autónomos. En tercer lugar, es cierto que tras la caída del Muro de Berlín la izquierda ha sido incapaz de articular una propuesta viable de poder y no hay quién recoja las reivindicaciones fundamentales de la

población. Los movimientos revolucionarios y los partidos de izquierda han desaparecido prácticamente de los escenarios políticos. En este sentido, el caso de Lula da Silva en Brasil o de López Obrador en México constituyen contraejemplos interesantes. Son los primeros que demuestran capacidad de recuperar una representación masiva de demandas populares generalizadas. Me parece que estos son caminos diferentes. Pero, por el momento, este tipo de opciones no parecen muy viables en los Andes.

¿Cree que hoy, en América Latina, la democracia representativa asegura márgenes reales de gobernabilidad?

El tema de la gobernabilidad se ha trabajado mucho en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas. Los científicos sociales deberíamos ser capaces de proponer sistemas que aseguren la representatividad real de los movimientos existentes. Sería importante que se abran nuevos espacios de representación corporativa y no necesariamente partidaria, espacios que le den voz a grandes mayorías. Sé que muchos colegas me van a criticar, pero me parece indispensable buscar y encontrar nuevos caminos, crear organizaciones que asuman la representación de los movimientos sociales existentes. Si la representatividad no es posible a través de partidos políticos, es preciso encontrar otras alternativas. Tal vez se podría también modificar los parlamentos, habría que darles mayor peso. Por otra parte, creo indispensable darle la importancia requerida a la regionalización, a la descentralización, a lo local. Hay que darle más responsabilidades a las administraciones locales y regionales. Esto permitiría tomar en cuenta las condiciones particulares —étnicas, culturales, económicas, políticas— de cada región. Es indispensable que las decisiones políticas se tomen a partir de una relación más estrecha entre las autoridades y el

ciudadano. Así, el control, la supervisión de la ciudadanía sobre las políticas que más le afectan, puede ser permanente. No digo que se deba convocar asambleas populares, pero sí sostengo que la política debe aplicarse en acuerdos constantes con la población. Si esto pasa por los partidos, bien, pero si no es así hay que buscar otras vías.

¿Cree que existen semejanzas entre la situación del Ecuador y otros países de la subregión?

Sí, creo que en el caso del Perú, Ecuador y Bolivia el problema común es el de la desigualdad. Tenemos sistemas de una asimetría brutal y el modelo económico aplicado hasta ahora no hace más que incrementar los niveles de pobreza e impide encontrar una salida a esa problemática social. Así como sostengo que la democracia en su realidad actual no tiene la capacidad de sostenerse, también digo que el modelo económico tampoco puede seguir como está. Es preciso que los países del área andina nos planteemos un proceso económico diferente. Sabemos que en las actuales condiciones es muy difícil, con un mercado interno reducido, con poca capacidad de redistribución y con un mercado externo que no manejamos. El desafío es doble: hay que «repensar» el sistema económico, y tenemos que darle a ese nuevo sistema económico una superestructura que le corresponda. Hoy existe incapacidad de asociar ambas cosas. Hay una contradicción fundamental entre lo que produce el ajuste liberal que se está aplicando y su representación política. Habría que poner en el centro de la discusión las políticas de redistribución del ingreso que combatan la pobreza. Hay que discutir estas nuevas políticas con amplia participación ciudadana y urge imaginar un sistema político que pueda llevar adelante un cambio de esta naturaleza. (L. B.) ■



Vendedor de chicha (grabado, 1880)

Telúrico, magnético, peruanísimo

A lo largo de la historia peruana, capital y provincias han discurrido paralelas obviándose, negándose, desdeñándose. El centralismo de la capital fue, desde un principio, el gran obstáculo que impidió una relación más rica. Lima vivió, y lo sigue haciendo, a espaldas del resto del país; ufana de la concentración de su poder político, incapaz de comprender la vida en provincias, muchas veces llena de sacrificios, de carencias básicas: esa diferencia cruel que separa a capitalinos y provincianos.

Quizá el gran fenómeno del siglo XX fue la migración provinciana a la capital, que cambiaría para siempre el rostro de Lima. El migrante se ubicaba lentamente en un nuevo territorio en el que debía luchar tercamente. Primero en la periferia, luego apoderándose de su mismísimo corazón. La primera generación fue la del sacrificio, la segunda tuvo ya una trocha marcada, y ahora la tercera es la dueña de su ciudad. En un país marcado por el racismo, el incesante mestizaje de la capital fue en un inicio un fenómeno subversivo. Para algunos indigenistas, cuenta Alberto Flores Galindo, el indio amenazaba con sitiar Lima. Luego se convirtió en «el hombre andino», inmovilizado en su pasado glorioso, detenido en una vida sin futuro, pasivo, resignado a sí mismo; bestias de carga de todos los niños goyitos limeños y de las grandes ciudades coloniales del país. Qué más da, si, como el título de un cuento de Julio Ramón Ribeyro, la piel de un indio no cuesta caro. Eso lo sabían los criollos, los civiles y los militares, los senderistas y los políticos.

En los primeros años del siglo XXI, el país concentra a la tercera parte de su población en Lima, la capital del mestizaje. Actualmente, a pesar de todos los cambios ocurridos en la composición social en la capital, aún persiste el lastre de la inarticulación de su población. El Perú parece ser un país disgregado. Ante el colapso de los grandes referentes, emergen las relaciones primarias: el barrio, el paisanaje, la familia, como una forma de defenderse y sobrevivir.

Indio, indígena, andino, cholo, cholo power. Para los conservadores ya nada está en su lugar, ya nadie es lo que fue. Hoy, el cholo maneja empresas, exporta, está globalizado, padece de jet lag, se tiñe de rubio, habla inglés, estudia en las mejores universidades particulares, maneja su carrazo. A estas alturas es inútil diferenciar lo criollo y lo andino, como entidades puras, en las grandes capitales del país. El fenómeno de la mestización es la huella indeleble del Perú hirviente de todos los días.



Alberto Flores Galindo murió prematuramente a los 40 años. Dejó, intachable, una utopía en los Andes. (Foto de Luis Peirano)

Alberto Flores Galindo: El camino de los Andes

PETER ELMORE*

En una de las apostillas que Jorge Basadre agregó en 1978 a *Perú, problema y posibilidad*, su ensayo de 1931, se lee el siguiente juicio: «El fenómeno más importante en la cultura peruana del siglo XX es el aumento de la toma de conciencia acerca del indio entre escritores, artistas, hombres de ciencia y políticos» (p.292). La sentencia, aparte de escueta y categórica, es también irrefutable: lo indio y lo andino —que, por cierto, no son sinónimos— marcaron a buena parte de lo más innovador, radical y crítico que durante el siglo pasado ofrecieron la imaginación y el pensamiento peruanos. Basadre —que en 1947 acuñó la frase «Perú profundo» para referirse al interior andino y popular del país— murió en 1980, cinco años antes de que Alberto Flores Galindo publicara *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. Ese libro —el más leído y citado de su autor— no solo confirma la afirmación de Basadre, sino que en cierto sentido la circunscribe y la perfila: el ambicioso ensayo de Flores Galindo es el último de los libros cruciales que en el siglo XX se ocuparon de la huella y la presencia de lo andino en la sociedad peruana

Significativamente, la primera oración de *Buscando un Inca* alude a la observación de Basadre que acabo de citar: «Decía el historiador Jorge Basadre que la toma de conciencia acerca del indio ha

sido el aporte más significativo de la intelectualidad peruana en este siglo» (p. 17). Un cotejo de la cita literal y de la paráfrasis muestra, creo, una diferencia de énfasis y de matiz: para Basadre, la toma de conciencia sobre la condición y la cultura del indígena es un 'fenómeno'; Tito Flores, al recordar la frase del autor de *Perú, problema y posibilidad*, prefiere la palabra 'aporte'. Es, precisamente, como una contribución —es decir, como un acto de voluntaria entrega y servicio— que el historiador ofrece el que habría de ser su último libro: su posición y su actitud son las del intelectual comprometido y, si se quiere, militante (aunque, por supuesto, no insinúo que *Buscando un Inca* fuese un encargo partidario).

Aunque lleno de posibilidades, 1985 fue un año tortuoso y violento: la izquierda legal era una de las fuerzas políticas más importantes del país; el Apra, remozada por un discurso socialdemócrata y un candidato entonces joven y carismático, estaba a punto de acceder por primera vez en su historia a la presidencia de la república; actuaba, impetuosa y disciplinada, la guerrilla más activa de América Latina. Por el otro lado, el vuelco a la derecha que había impuesto la ciudadanía en 1980, cuando Fernando Belaunde fue ungido presidente del Perú por segunda y última vez, se había revertido por completo y la coalición centroderechista AP-PPC llegaba, a duras penas y sin ninguna gloria, al fin de su camino. Los años en los que Tito Flores escribió *Buscando un Inca* están

* Escritor y crítico literario. Ejerce la docencia en la Universidad de Boulder - Colorado, Estados Unidos.

sellados por las esperanzas —y los temores— de un cambio radical. Para los intelectuales de la generación del 68 —como llamó Flores Galindo a su propia promoción— la crisis y el conflicto podían ser también fuentes de entusiasmo y ener-

quienes adhirieron a la Nueva Izquierda de los años sesenta, nacida al calor de la Revolución Cubana y bajo el amparo ideológico de José Carlos Mariátegui— creía en un socialismo que, contra las corrientes de la dominación colonial y del racismo



Foto quizá tomada en 1985 —año tortuoso y violento aunque lleno de posibilidades—. Tito Flores junto a Orlando Plaza, Luis Guillermo Lumbreras, Miguel Ángel Huamán, Mario Razetto y Marcial Rubio. (Archivo Quehacer)

gía. Lo fueron, marcadamente, en el caso de Tito Flores Galindo, para quien la revolución era el más deseable de los horizontes posibles. La revolución que podía nacer de las ruinas del viejo orden tendría en los Andes su centro de gravedad y en las masas andinas su caudal más vasto: Flores Galindo —como la gran mayoría de

republicano, reivindicara al mundo y al hombre andinos. Sin embargo, Sendero Luminoso, pronunciándose con apagones y masacres, parecía la pesadilla viva y presente del sueño radical que la izquierda mariateguista situaba en un futuro aún distante y problemático. La violencia senderista había irrumpido a sangre y

fuego en Ayacucho, allí donde siglos antes ocurriera el Taqui Onqoy, el primer movimiento mesiánico contra la ocupación colonial de los Andes. Flores Galindo jamás insinuó que Sendero Luminoso fuera un movimiento de índole milenarista, aunque durante los primeros años de la guerra interna no fueron pocos (Gustavo Gorriti y Pablo Macera, por dar dos ejemplos) quienes le atribuyeron ese sesgo. Lo que sí lo inquietó e interpeló fue, sin duda, el imaginario de la violencia y del cambio radical en los Andes peruanos. Para entender y detallar la historia de ese imaginario concibió, justamente, la noción de «utopía andina».

La «utopía andina» —esa visión cuya biografía e itinerario traza Flores Galindo, con brillo y con brío, en *Buscando un Inca*— no es el nombre peruano de la utopía socialista, pero el deseo del historiador es que la primera alimente el cauce de la segunda: «Quede claro, entonces, que no estamos proponiendo la necesidad de prolongar la utopía andina. La historia debe servir para liberarnos del pasado y no para permanecer —como diría Aníbal Quijano— encerrados en esas cárceles de “larga duración” que son las ideas. Las creaciones del imaginario colectivo son instrumentos sobre los cuales los hombres nunca deberían perder el control. Dominados por fantasmas, es imposible enfrentar a cualquier futuro. El desafío consiste en crear nuevas ideas y nuevos mitos. Pero es evidente que no se trata de tirar todo por la borda y prescindir del pasado» (p. 417).

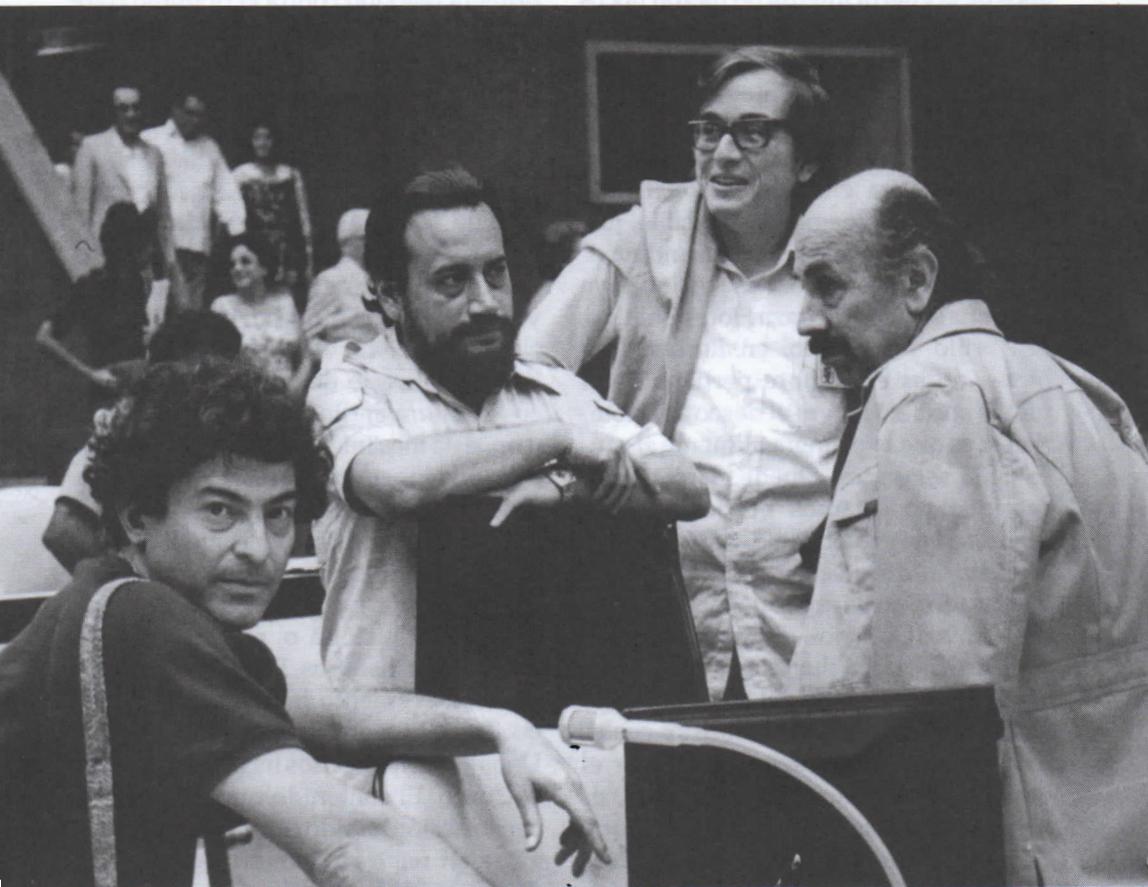
El hecho colonial fue un cataclismo que fragmentó al mundo andino. Ante la opresiva presencia española, la idea del retorno del Inca Rey habría servido, en la imaginación y la esperanza de muchos de los vencidos, como imagen de la salud restaurada y la unidad recobrada del cuerpo colectivo. El futuro estaba en el pasado. Uno recuerda, entonces, que la palabra revolución significa, también,

vuelta. Esa visión idealizada y mítica del Incario, sin embargo, no salió directamente del humo y el fuego de la Conquista. Sabemos que los españoles, al llegar al Tahuantinsuyo, contaron con el apoyo de pueblos indígenas que veían a los cusqueños como opresores. De hecho, la primera reacción contra el dominio colonial —el movimiento del Taqui Onqoy, o de la «enfermedad del baile», que durante la década de 1560 se localizó en Huamanga— predicaba el retorno de las huacas locales y no el de la autoridad del Inca. Será sobre todo después de la ejecución en 1572 de Túpac Amaru I, el último de los incas rebeldes de Vilcabamba, que el nativismo popular indígena se encuentre y se funda con el proyecto frustrado de la élite incaica: «La idea de un regreso del inca no apareció de manera espontánea en la cultura andina. No se trató de una respuesta mecánica a la dominación colonial. En la memoria, previamente, se reconstruyó el pasado andino y se transformó para convertirlo en una alternativa al presente. Este es un rasgo distintivo de la utopía andina. La ciudad ideal no queda fuera de la historia o, remotamente, al inicio de los tiempos. Por el contrario, es un acontecimiento histórico. Ha existido. Tiene un nombre: el Tahuantinsuyo. Unos gobernantes: los incas. Una capital: el Cuzco. El contenido que guarda esta construcción ha sido cambiado para imaginar un reino sin hambre, sin explotación y donde los hombres andinos vuelvan a gobernar. El fin del desorden y de la oscuridad. Inca significa idea o principio ordenador» (p. 53).

La idea y el deseo de un orden autónomo y justo, basado en los intereses locales y no en las necesidades de potencias externas, habría de tener una poderosa resonancia en la historia y la memoria peruanas. Hacia 1742, un indio piro guiaría desde el Cusco hasta el Gran Pajonal a un hombre de origen misterioso que se hacía llamar Juan Santos Atahualpa y

que, a la cabeza de grupos selváticos, combatió a las autoridades españolas sin ser jamás doblegado. En 1780, durante lo que en su propio tiempo se conoció como la Gran Rebelión, un curaca que leía ávidamente los *Comentarios reales* se declaró sucesor del ancestro cuya muerte originó

de un punto de vista. Más aún, el término engloba varios modos de imaginar y vivir la esperanza del retorno del bien perdido. Así, para Túpac Amaru II, la victoria de su movimiento habría de traducirse en una sociedad multiétnica desde cuya cima gobernara, benévola, un mo-



Habana Blues, pero en los tiempos de oro con Sinesio López Jiménez, el poeta Antonio Cisneros Campoy y el eterno Juan «Cancho» Larco. (Foto de Luis Peirano)

el relato de Inkarrí y, con el nombre de Túpac Amaru II, dirigió la mayor rebelión indígena que haya conocido el Perú. Estos ejemplos revelan que la utopía andina no fue una mera ilusión compensatoria, sino una fuerza capaz de movilizar multitudes. Aquí conviene aclarar que la utopía andina no es ni un programa ni una doctrina: se trata de una visión, antes que

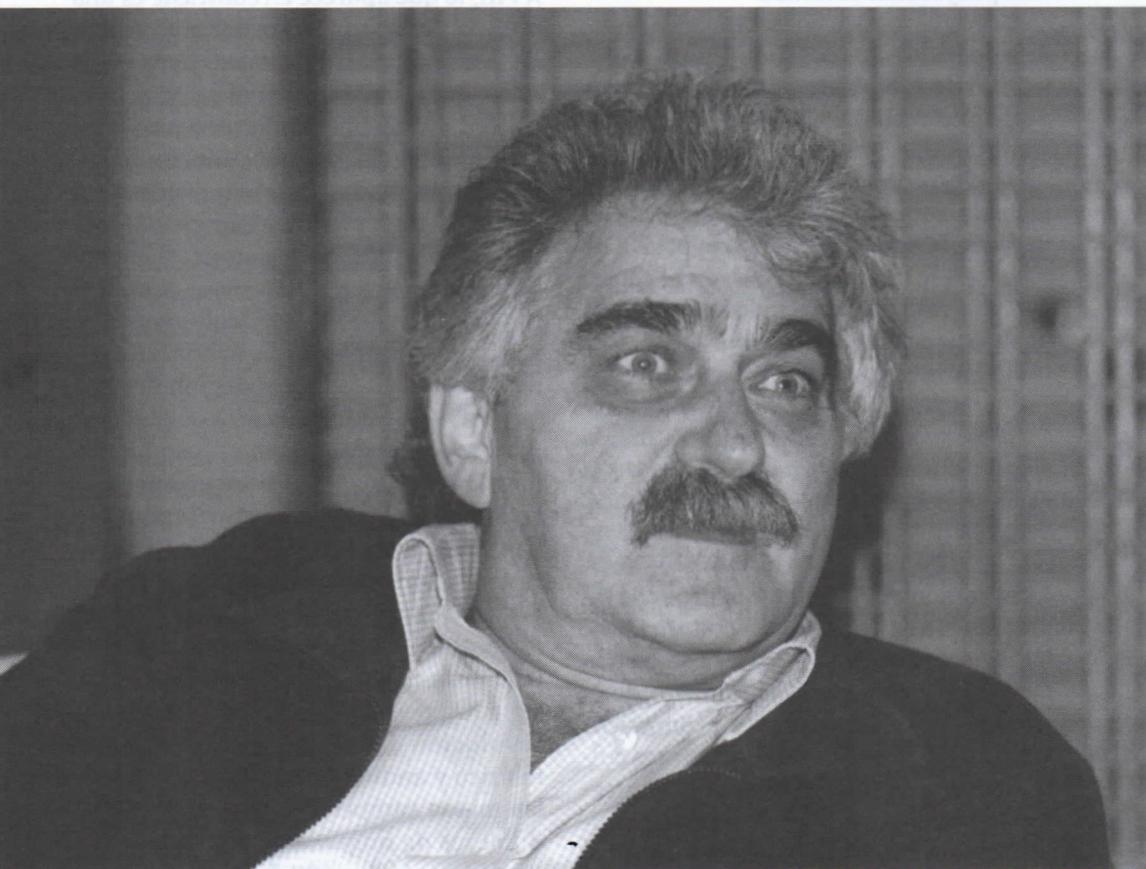
marca indígena. En contraste, para los campesinos quechuahablantes que se plegaron a su llamado, la vuelta del inca significaba la afirmación tajante de su propia cultura y la erradicación no solo de los españoles, sino de todos los que habían oprimido y menospreciado a los indios. Como dice Flores Galindo: «En la revolución tupamarista convivían dos

fuerzas que terminaron encontradas» (p. 156). Ambas tienen en común el mismo tropo —la restauración del Incario—, pero cada cual le da a este un sentido y una proyección distintos

Como bien hace notar Flores Galindo, uno de los efectos del tumultuoso movimiento de 1780-1782 fue el de reafirmar y avivar el rechazo a lo indígena entre las élites criollas, que identificaron al mundo andino con el atraso y la barbarie. El racismo republicano sería, así, mucho más que la mera prolongación pasiva de viejos prejuicios coloniales; en él cabría ver una reacción vehemente frente a la posibilidad de un cataclismo social. Visto de ese modo, el racismo antiindígena —esa mezcla tóxica de miedo y desprecio a la población mayoritaria— habría sido el puente que une los siglos de la Colonia a los tiempos de la República. Después de aplastada la rebelión tupa-marista, las autoridades se proponen —inútilmente, a la larga— extirpar de las mentes todo vestigio de la cultura india, tanto en su vertiente popular como en la de élite: «Atribuyendo el estallido de la rebelión no solo a factores económicos (los repartos) sino también a factores culturales, la administración colonial arremete contra todo lo que podría ser considerado como cultura andina: prohíben el teatro y la pintura indígena, la lectura de los *Comentarios reales*, el uso del quechua, la vestimenta tradicional. ¿Etnocidio? Lo cierto es que el indio comienza a ser tan menospreciado como temido por quienes no lo son» (p. 269). El octavo de los trece ensayos que forman *Buscando un Inca*, titulado «República sin ciudadanos», bosqueja una biografía del racismo en el Perú —que, por cierto, funciona como la contraparte dialéctica de la historia de la utopía andina—.

La lectura de *Buscando un Inca* confirma que la sierra es, en el mapa de la imaginación y la vida social peruana, el territorio de los grandes enfrentamientos:

el escenario donde la historia puede alcanzar una estatura trágica. Cuando uno relea *Aristocracia y plebe*, el libro que Flores Galindo dedicó a la Lima del siglo XVIII, lo que aparece en contraste es una sociedad crispada, autoritaria y recorrida por múltiples tensiones, pero en la que —precisamente por el carácter centrífugo y disperso de la violencia— es impensable una gran rebelión, un movimiento orientado a cambiar el curso del país. En los años veinte del siglo pasado, los intelectuales contestatarios —socialistas, apristas o indigenistas— imaginaron también el cambio redentor como un vasto río o un aluvión que habría de originarse en los Andes. Cuando aún firmaba sus notas elegantes e irónicas con el seudónimo Juan Croniqueur, José Carlos Mariátegui vio con entusiasta simpatía el fallido alzamiento del mayor Teodomiro Gutiérrez, alias *Rumi Maqui*, en 1917. La restauración del Incario no fue el objetivo de quienes se opusieron al orden oligárquico y formaron el espectro de la izquierda marxista o nacionalista en el siglo XX, pero —de un modo u otro— la revolución habría de tener un sello telúrico y andino. Sin la intervención de las masas campesinas y de las muchedumbres de migrantes a la costa, la deseada transformación del Perú no habría de tener lugar: para divisar el horizonte utópico en el Perú, era indispensable subir a las cumbres serranas. En el noveno de los ensayos que conforman *Buscando un Inca*, Flores Galindo no solo describe y expone esa percepción del país y su posible futuro. Uno advierte que la suscribe, aunque templada por la conciencia de que el desenlace revolucionario no era el único de los posibles. En efecto, no lo fue, pero los problemas, las realidades y las esperanzas que alimentaron el último libro de Alberto Flores Galindo no han desaparecido: el Perú de nuestros días aún hierve. ■



Lauer insiste «en que la vanguardia es el único movimiento geográficamente nacional que ha tenido el país». (Foto de Carla Levi)

Una mirada sobre las vanguardias

UNA ENTREVISTA CON MIRKO LAUER POR MARIANO DE ANDRADE

El poeta y crítico Mirko Lauer ha publicado en los últimos años cuatro libros dedicados al vanguardismo en el Perú: *Musa mecánica. Máquinas y poesía en la vanguardia peruana* (IEP, 2003), *Nueve libros vanguardistas* (El Virrey-AECI, 2001), *La polémica del vanguardismo 1916-1928* (Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2001) y *Antología de la poesía vanguardista peruana* (El Virrey-Hueso Húmero, 2001). Ellos se suman a muchas otras publicaciones aparecidas sobre el tema, como el estudio de Yasmín López Lenci sobre las revistas de la vanguardia peruana o el de Cynthia Vich, acerca del grupo nucleado alrededor del Boletín Titikaka.

Sin duda, la aparición de la vanguardia en el Perú provocó diversas polémicas y debates en torno de la literatura, la función de la poesía, la naturaleza del arte y otros que al momento de surgir la impronta vanguardista (1916, según sugiere Lauer) eran conceptos dominados tanto por el romanticismo como por la estética modernista.

En su libro *La polémica del vanguardismo 1916-1928*, Lauer encuentra cinco actitudes en esta discusión. La primera corresponde a los entusiastas de la nueva estética, que ven en ella la posibilidad de romper los moldes modernistas y el acento hispano, intentando entrar en sintonía con lo que el autor llama «la actualidad creativa euro-norteamericana».

La segunda tiene que ver con algunos poetas (José Hernández y Enrique Peña Barrenechea entre ellos) que, más allá de percibir o no el conflicto, aprovecharon tanto el modernismo reinante como los nuevos recursos formales que promovía la vanguardia. Lauer señala que en este caso hay una lectura evolutiva (una teleología positivista) del proceso cultural.

La tercera actitud está representada por los críticos que simpatizaron con el vanguardismo, incluso con sentimientos encontrados. Quien mejor representa esta postura es José Carlos Mariátegui, tal vez el que mejor entendió la importancia del aporte vanguardista para una tradición poética que, como la nuestra, estaba en formación.

El cuarto gesto que reseña Lauer es el del rechazo directo a las vanguardias, en el que César Vallejo tuvo un papel protagónico y, al final, en quinto lugar, una tendencia que simplemente rechazaba lo nuevo y practicaba una cerrada defensa del modernismo poético, cuya vigencia se prolongó más allá de la década de 1920. Recuérdese, a guisa de ejemplo, que José Santos Chocano fue ungido poeta de América en 1922 por la oficialidad cultural, precisamente el mismo año que apareció *Trilce* de Vallejo —libro que suscitó también una largā polémica— y ya se habían publicado algunos de los más importantes títulos de la vanguardia peruana.

En esta conversación, Mirko Lauer analiza diversos aspectos vinculados con la vanguardia peruana, desde el hecho de que muchos de sus grupos provinieran de sectores medios y altos del interior del país, hasta la actualidad cobrada por los estudios referidos a este breve pero intenso periodo de nuestra literatura.

¿ Qué características tiene la relación entre vanguardia y modernidad en los Andes? ¿Es una relación fluida, problemática, responde a un deseo de modernización desde el punto de vista cultural?

Tengo la sensación de que a veces los Andes se la han pasado, a pesar suyo, expulsando toda modernidad y toda posibilidad de modernización de su espacio. Han expulsado a los millones de

migrantes, que han tenido que salir hacia la costa; sus propios recursos se han ido hacia el exterior. Ahora, ¿parte de ese proceso, de personas o recursos que salen o se van de los Andes, son los propios poetas vanguardistas. Casi podríamos compararlos con las pepitas de oro de Yanacocha, o con los jóvenes que comenzaron a migrar en 1940. Lo mismo estos poetas, que aparecen y apenas aprenden a caminar, en un sentido literario, se van de los

Andes. Y los mejores se van de Lima a otro país. Esa es casi la única relación, aunque es cierto que hay una rama, el vanguardismo indigenista, que hace el esfuerzo, que intenta unir Ande y modernidad. En parte lo logra, realiza un interesante ejercicio de estilo —pienso, por ejemplo, en la gente del *Boletín Titikaka*—, pero tampoco es un trabajo con raíces, se trata de un discurso de fundación hacia adelante.

Sin embargo, en muchos casos se apela a referentes andinos.

Sí, pero qué significa esa relación con el referente, ¿qué lo mencionen?

O que haya una reelaboración, en todo caso.

No creo que haya mucha reelaboración. Yo he planteado en un libro, titulado *Andes imaginarios*, algo que ya han dicho otros: que la relación entre el indigenismo —vanguardista o no— con el mundo andino es muy débil, muy tenue, muy feble. En muchos casos yo diría que usan el Ande como escenografía, pero no mucho más. ¿Hay una escenografía andina? Por supuesto. Pero de ahí a que el *Boletín Titikaka* tenga que ver con una presencia fuerte de los idiomas quechua y aimara, de los usos populares de estas dos naciones, difícil, ¿no?

¿Los vanguardistas del interior, entonces, eran un grupo de élite?

Claro que lo eran, por supuesto. Y muy buenos.

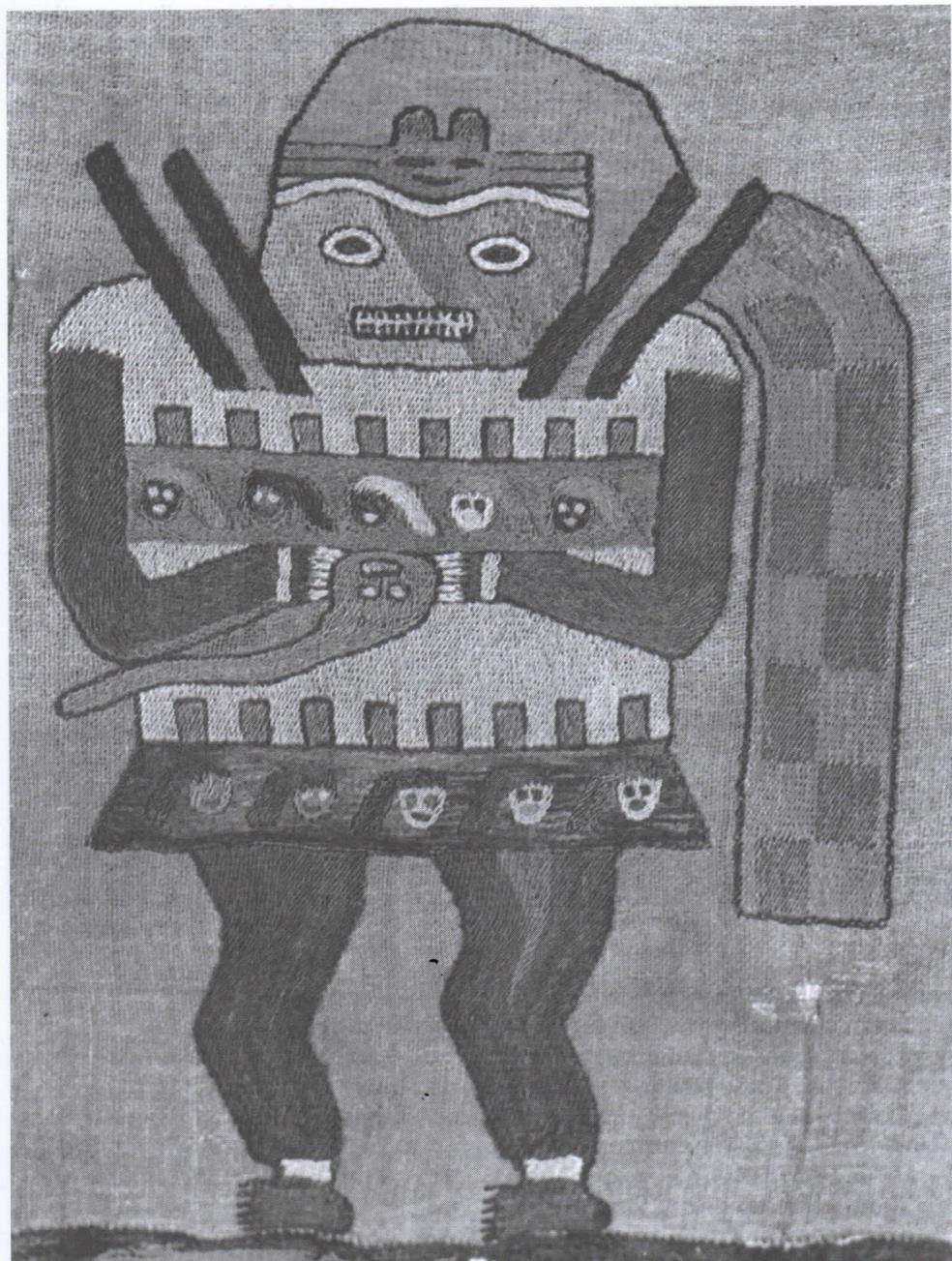
Un detalle que llama mucho la atención y debe ser bastante significativo es que muchos de estos movimientos de vanguardia nacieron en el interior del país.

Pienso que eso es algo importantísimo. Yo insisto en que la vanguardia es el único movimiento geográficamente nacional que ha tenido el país. ¿Qué significa esto? Siento que es más bien un grito de rebelión a favor de la modernización por parte de capas medias, de sectores medios o altos que se están asfixiando en el interior, en la provincia. Toda la narrativa y la literatura europeas están llenas de eso, de almas sensibles que han tenido contacto

con el mundo exterior más allá de su provincia, que saben de la existencia de otra cosa. Lo que están haciendo con su vanguardismo es construir una avioneta o un globo aerostático para escaparse de allí. Si hacemos la 'geografía en movimiento' de la vanguardia, los únicos vanguardistas que empezaron y terminaron en el mismo lugar fueron Nicanor de la Fuente en Chiclayo, Atahualpa Rodríguez en Arequipa, los Peralta en Puno, aunque pasaron por Lima y uno de ellos, Gamaliel Churata, hizo gran parte de su obra en Bolivia. Eso contrasta con la enorme cantidad de vanguardistas que se van del Perú inmediatamente, muy temprano. Toman su DNI literario y se van. De este movimiento han muerto, fuera del Perú, por citar algunos nombres, César Vallejo, Xavier Abril, Alberto Hidalgo, Juan Parra del Riego, Oquendo de Amat, Juan Luis Velásquez, en fin, probablemente esa lista contenga a los mejores. Eso se explica quizá porque las grandes capitales eran una mejor huerta para el vanguardismo, ofrecían mejores condiciones para el ejercicio y el desarrollo de la vanguardia, no el Perú. A partir del final de la Primera Guerra Mundial, la provincia peruana comienza a producir un tipo de joven peruano vinculado a la modernización, pero el país no tiene la capacidad para retenerlo y por lo tanto se le escapa, como se le escapan hoy cientos de miles cada año. En este caso, hablamos de unos treinta o cuarenta poetas que coinciden en un lapso de siete años.

Por otro lado, el surgimiento de estos grupos y la difusión de sus ideas y propuestas generaron muchas resistencias. ¿A qué se debió ello? ¿Contra qué se rebelaban estos jóvenes?

No es que se rebelaran. En general, los vanguardistas peruanos fueron gente de muy buenos modales literarios. Hubo sí, muchos pullazos y muchas ironías. Y haciendo un balance, son muchos más los ataques que reciben que los que ponen en práctica. Ahora bien, ¿cuál es la rabia? La resistencia fue una suma de



Vanguardia e izquierda. Compañeros de ruta por breve tiempo. Como hizo Lenin en 1926, los vanguardistas fueron expulsados de inmediato. (Detalle de manto Paracas)

cosas. Lo más importante era que fueran jóvenes, que fueran provincianos, que propusieran cosas que iban a contrapelo del modernismo, que era la religión poética

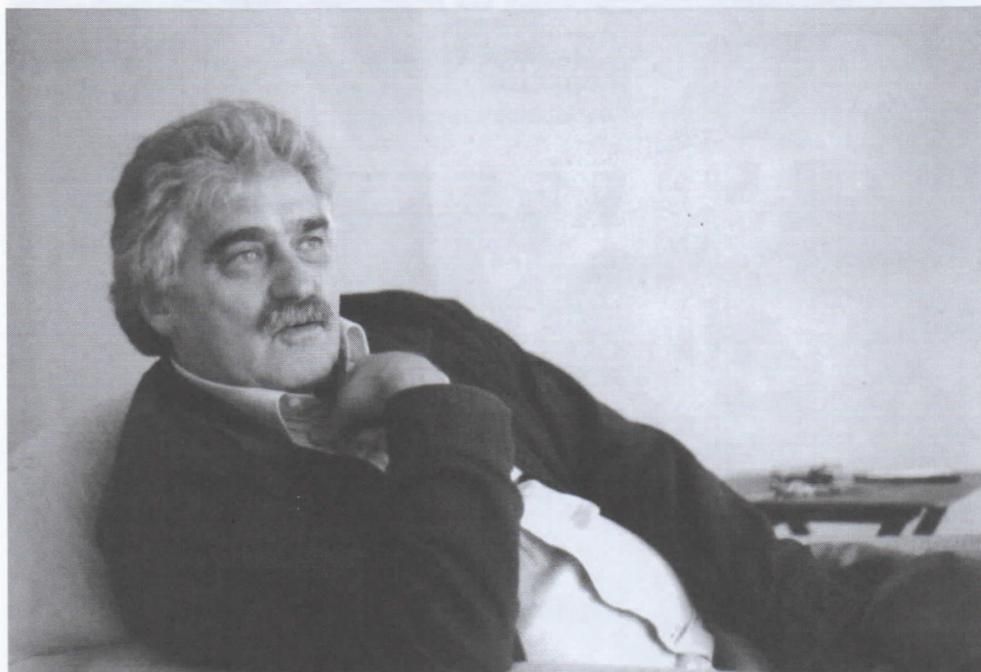
oficial, y eso los hacía antipáticos ante la gente que tenía capacidad de llegar a los medios. En ese momento, hay que decirlo, los modernistas son los 'hegemónicos' y

los vanguardistas vendrían a ser los 'andinos', para tomar como referencia estos tiempos. Entonces, creo que la disputa termina articulándose así. De todas maneras, es una disputa por espacios en un medio muy limitado y chiquito. El propio Vallejo termina detestando muy

directamente y fabrican *collages* poéticos, sin pretender ninguna profundidad.

El culto a la máquina, por ejemplo, es una de sus señales más visibles. Usted estudia el tema en su libro *Musa mecánica*.

Claro, es el culto a aquello que se está moviendo allá afuera, y el culto a las



«Los vanguardistas peruanos fueron gente de muy buenos modales literarios.» (Foto de Carla Levi)

cordialmente a los vanguardistas, porque tengo la sensación de que él mismo siente, en la época de *Los heraldos negros*, que todo este 'ruido poético' vanguardista como que le quema un poco el pastel de la salida de su primer libro...

... Que además es un libro que busca una definición, no es del todo modernista, tampoco del todo vanguardista, una suerte de texto de tránsito.

Así es. Y Vallejo no se siente cómodo con ellos. Lo que hay en el fondo es, pues, dos estéticas en pugna: una romántica y espiritualista, que usa el alma humana como un filtro de café a través del cual pasa la creación; y otra, la de estos jóvenes conchudos que toman las cosas

palabras extranjeras también. El culto a las figuras del deporte y del espectáculo. Todo esto, para el alma romántica, resulta muy antipático. Sin embargo, la de los vanguardistas terminó siendo la estética central del siglo XX. Ninguno en esa polémica fue tan buen poeta como Vallejo, pero históricamente los vanguardistas tenían razón: así iba a ser la relación entre el arte, la belleza y la sociedad en el siglo XX. En el contexto de esa polémica uno puede incluso pensar en Vallejo como el mejor poeta del siglo XIX.

Otro problema es que la vanguardia no cristalizó un proyecto social y político, fue un proyecto trunco.

Es un proyecto trunco. Pero creo también que en la naturaleza del proyecto vanguardista estaba contemplado que en algún momento se truncara. Hay una famosa consigna, no recuerdo si dadaísta, que decía: «radicales siempre, consecuentes jamás», y esta onda de radicalismo permanente termina por ser la definición misma de lo trunco. Por otro lado, la distancia entre el vanguardismo y la política «seria» de las izquierdas es muy grande. Los vanguardistas son extraordinarios compañeros de ruta para la constitución de los espacios sociales y políticos de izquierda, pero una vez constituidos estos espacios, los vanguardistas tienen que ser expulsados de inmediato, como de hecho Lenin hace desde 1926, en que se desarticulan las células de jóvenes de vanguardia, porque era o la URSS o los colectivos de los poetas, así se planteaban la cosa. Muchos vanguardistas son radicales políticos que no tienen dónde colocar su radicalismo y lo hacen a través del arte. Apenas un partido los llama, dejan el carné vanguardista y asumen el del partido. No es una casualidad que el vanguardismo termine en el Perú en la década de 1930, cuando se fundan el Apra y el Partido Comunista. Y ahí terminó la vanguardia, cuando Magda Portal y otros se suman a las filas de los partidos. Lo que tenemos, entonces, es que la vanguardia es una de las raíces de la modernidad partidaria en el Perú.

¿Qué actualidad tienen las vanguardias? No deja de ser llamativo que en el Perú hayan aparecido en los últimos siete u ocho años varios libros dedicados al tema.

No lo tengo claro. Y afuera es exactamente igual. Han aparecido gran cantidad de libros sobre el tema, el mercado es muy dinámico. Hace poco estuve en Buenos Aires y encontré que había cinco libros nuevos dedicados al vanguardismo. Hay también una colección de nueve volúmenes sobre la vanguardia latinoamericana. No dudo que el interés por la vanguardia tiene un elemento retro, el

gusto por ciertas épocas, ciertos estilos. Otro elemento es que la maquinaria crítica en el Perú, que consiste en fabricar *papers*, tesis y artículos especializados, ha crecido de tal manera entre el Perú y Estados Unidos que se ha terminado por crear una gran mina de tajo abierto. Es espectacular la cantidad de estudios que hay y eso va de la mano con el hecho de que los críticos necesitan temas interesantes, poco conocidos, con cierta textura histórica y, en esa medida, la vanguardia ha demostrado ser en los últimos años una veta muy rica. Yo mismo me he zumbado cuatro libros sobre el tema, para no hablar de los otros, el de López Lenci, el de Cynthia Vich, en fin.

Usted utiliza el término 'neovanguardia' para referirse a los poetas de la década de 1960. ¿Qué hay que entender por neovanguardismo?

Lo tomo de otro; es un término que se usa mucho fuera del Perú para designar eso que se llama poesía conversacional. La referencia tiene que ver con el hecho de que en estos poetas no hay una estética romántica y con eso volvemos a lo anterior, ¿no? El uso del *collage*, de la cita directa, de los idiomas. La distancia no permite verlo, pero los poetas del sesenta se parecen mucho a los de la generación vanguardista, más allá de la comodidad histórica de ver ondas que se repiten. Ahora, de que hay un aire de familia, eso es indudable.

¿Tomándole el pulso al momento actual, habría condiciones para una vuelta a la vanguardia?

No creo. Me parece que los tiempos están mucho más para la introspección. Los poetas jóvenes no se vuelcan deslumbrados a la modernidad internacional, sino a su interioridad. Si miro a los poetas que me interesan, de Mario Montalbetti hasta Irigoyen digamos, todos están dedicados a explorar su alma, su circunstancia cotidiana, su soledad. Eso es lo que está en el aire hoy y no siento que la vanguardia sea una corriente central ahora, en absoluto. ■



Perú ja, ja, plátanos y yucas a granel. (Óleo de Teodoro Núñez Ureta)

El Perú ja ja o je je

JUAN CARLOS VELA ALTAMIRANO*

I

El Perú ja ja suena a nombre de obra de teatro. Pero la risa no muere con la bajada del telón. La función continúa en otro nivel, se va rumiando en la mente del espectador, casi casi en el inconsciente, haciendo su trabajo de forma subterránea en los túneles de la conciencia. Es el teatro y su potencial liberador, su puesta al servicio de causas que van más allá de los diálogos y la puesta en escena. Y *El Perú ja ja*, una obra con semejante nombre, no solo suena rimbombante sino también llorosa y penosa, una invitación a la toma de conciencia desde el descalabro, una válvula de escape al caos gobernante, un intento de sanación del alma cuando el cuerpo no parece dar para más.

Pero *El Perú ja ja* es una extrapolación de *La felicidad ja ja*, libro de cuentos de Bryce Echenique. Y Bryce Echenique es una extrapolación del humor del espíritu humano que sabe del absurdo y la estupidez del mundo, y que no encuentra mejor pararrayos vital que el humor.

Bryce, tantas veces Bryce, hasta cuando refiere la frase «dándole pena a la tristeza», parece no perder la candidez ni picardía de su humor. Bryce, que vive por el mundo y que siempre vuelve al Perú, sabe que no quiere y que no puede renunciar a su condición de peruano. Que si así lo hiciera, sería como renunciar al pararrayos vital de su humor en el que ha

crecido, y del que seguro echa mano para la escritura de sus antimemorias antes que de sus memorias.

¿Por qué Bryce escribe como escribe? ¿Hubiera desarrollado esa escritura oral que tiene de haber nacido en otro país? Preguntas van, respuestas vienen. Sí, no, sí pero no, no pero sí. En fin. El hecho es que el Perú ha provocado y provoca humor político del bueno. Sea con Alejandro Toledo, Alberto Fujimori o Alan García y sus antecesores, el modo cierto de desnudar las cosas ha sido el humor político del periodismo escrito. V. g.: cuando una comisión investigadora del Congreso cae en el pantano de averiguar el quórum de cinco, y se llevan páginas enteras de periódicos y horas de radio y televisión en llegar a tan difícil resolución, la reacción no es otra que el sarcasmo y la sensación de asco.

Ante semejantes espectáculos, si no fuera por el humor político que desmascara el absurdo y la estupidez, el Perú sería insufrible e insoportable. Sin su auxilio, el gris de la política sería el sanseacabó del ánimo nacional cuando la suerte parece ya echada. Como en la Francia de Rabelais, el olfato del humorista político tiene en el pincel la tarea de exorcizar a la política peruana del desgano y el asco campeantes.

Junto con satirizar e ironizar, está la posibilidad de desacreditar políticamente a los actores de la comedia nacional. Y si el humor político forma parte de una corriente de opinión, su potencial es todavía mayor por las referencias extratextuales,

* Profesor de la UAP. Comunicador social y magíster en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos.

intertextuales e intratextuales que la caricatura exige en el lector informado. Supone, pues, un lector capaz de deconstruir el plano del contenido aparente de la caricatura y construir el plano del contenido real. Este tipo de lector puede saltarse el contenido del periódico y seguir el curso del país con tan solo revisar la sección de humor político.

El Perú ja ja se extrapola a la televisión basura y aparece entonces en su versión más insufrible, causándole sarcasmo a la sátira. A diferencia de los periódicos, en la televisión prima la simple chacota o burla antes que la sátira o humor político. El desdibujamiento de la realidad es tal que la risa no puede ser llamada risa; disfrazada un vacío y una soledad internas, que el maquillaje pasajero de la pura chacota termina en desrealidad, pena y desazón.

Aparece, pues, *El Perú ja ja* como una gran obra teatral; como la gran puesta en escena de un drama que es vivido de distintos modos, desde la reflexividad o la irreflexividad. Da tanto pena como risa, llanto como rabia, situaciones encontradas de un Perú que camina a tientas en el más oscuro de los humores... ¿Humor negro el del destino peruano?

II

Indisolublemente vigentes el instinto y la razón, así como el sexo y la sexualidad, no hace falta ser liberal o conservador, blanco o negro, cholo o mulato, para saber o intuir que el fútbol nos arrastra cual grupo primitivo en una corredera desesperada provistos de hachas, raederas y cuchillos. Ahí están los famosos «macheteros» del fútbol peruano, aquellos que son más fuerza que técnica, aquellos que serían más sexo que sexualidad. Al final de cuentas, lo que vale es el orgasmo del gol. Por el

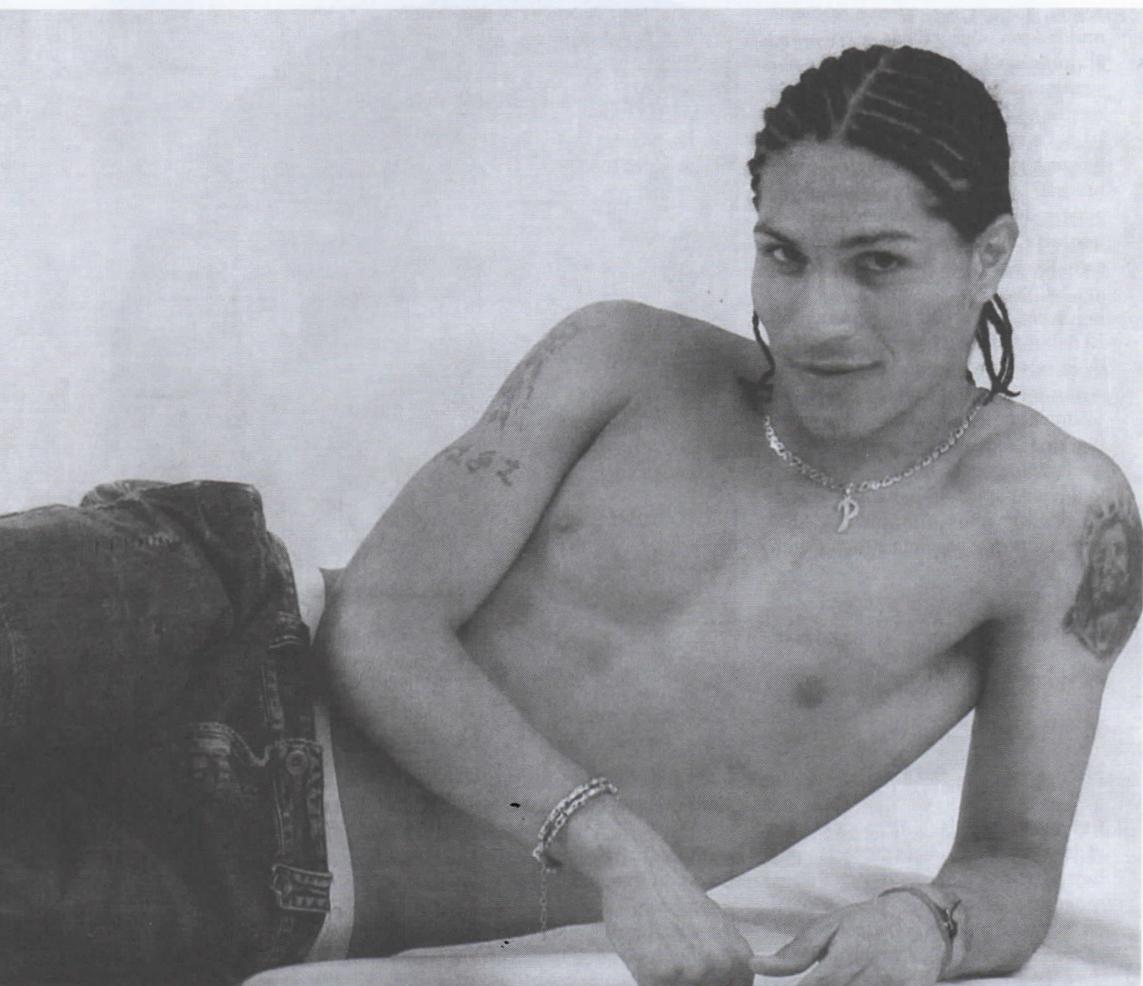
lado de la técnica y de la sexualidad —por no decir sensualidad— han aparecido los llamados metrosexuales, que van desde el internacional Beckham hasta el nacional Pizarro. Atrás viene Guerrero, con apellido bélico, buena técnica y sobreesfuerzos de metrosexual.

Corren juntos jugadores y afición. La técnica está al servicio del buen toque, de la buena jugada, del gol maestro. Para el caso, dicen que la técnica peruana es la del vals, la del juego lindo; pero que, en términos de erotización, viene por detrás de la zamba y hasta del valenato, que se baila pegaditos, con los ojos cerrados y en una sola baldosa. Esta erotización tribal del cuerpo a cuerpo, del roce, de los codazos y patadas disimuladas, del insulto provocador y escupitajos al *grass*, se acompaña de las tensiones y gritos de las graderías, de la desesperación e impotencia frente al televisor, de las ansiedades y tragos cantineros. La tribu está en el *grass*, en las graderías, frente a los televisores y ante un vaso de chela. Todos esperan el gol, cazar la presa. Todos detrás del balón, peleándose por él, y empujándose y agrediendo muy a pesar de la normatividad del deporte rey.

Normatividad futbolística y racionalidad «futbolera» tienen una difícil convivencia que se sobrelleva a punto de amarillas y rojas. El número y color de la tarjeta dicen de la reincidencia y del grado de la falta. La roja casi siempre es por juego brusco. Su color encarnado, como el de la bandera peruana, dice algo acaso del estado ensangrentado en que terminan los choques tribales, en los que tanto la derrota como la victoria saben a sexo, pero no siempre a sexualidad. Depende de si se trata de una derrota, un empate o un triunfo. Depende de lo que se esté jugando, si un amistoso o la posibilidad

de seguir soñando con un campeonato mundial; con una cama de dos plazas y media y ya no con el colchoncito de una plaza de los últimos veintitrés años del fútbol nacional.

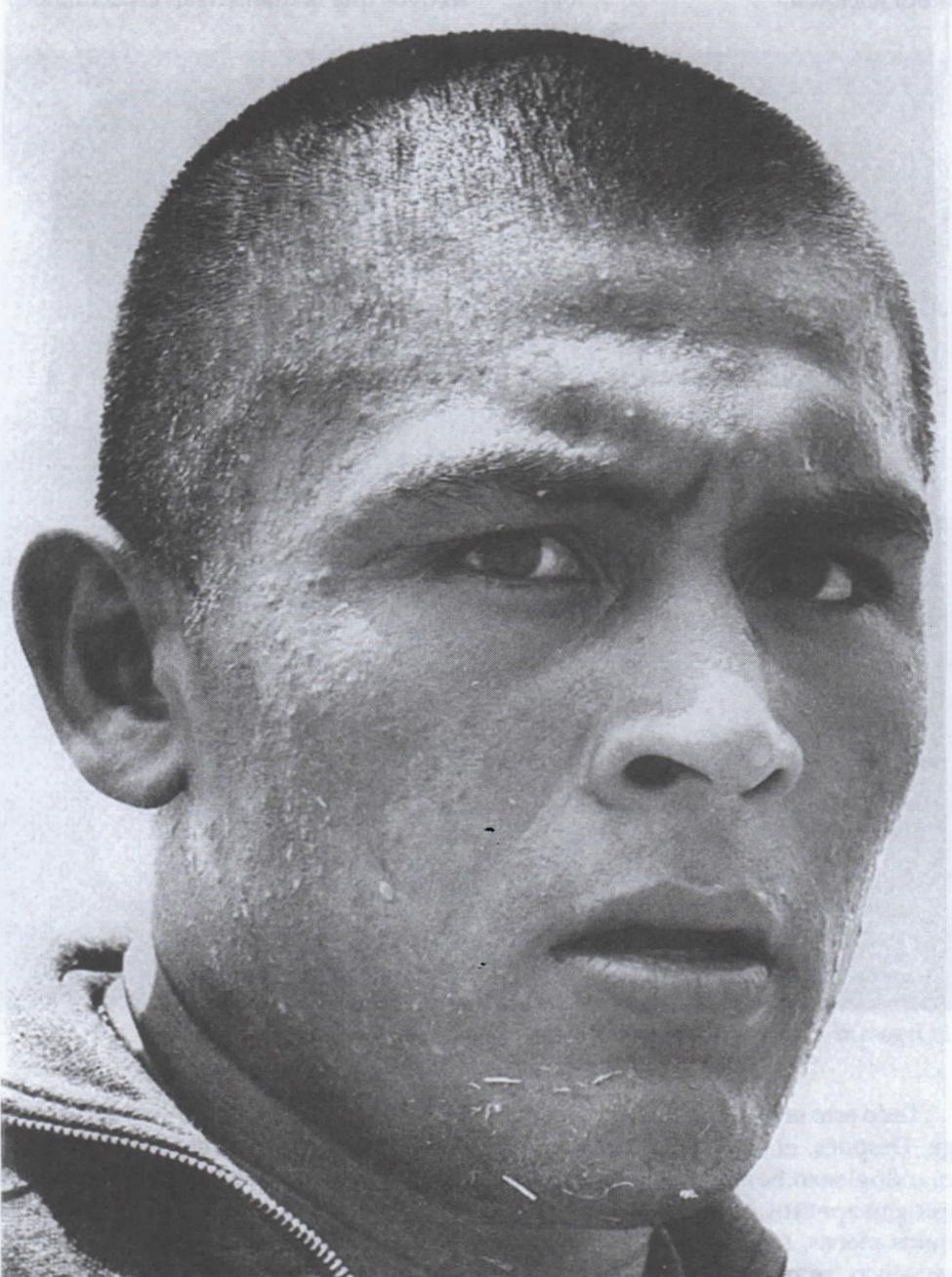
peruanos al unísono, embargados por una misma frustración. Todo esto al margen de ser o no aficionado, porque la tribalidad necesita de gestas y logros colectivos que la mantengan en el tiempo.



El reposo de Guerrero. (Foto de Caretas)

Todo esto en noventa minutos de juego. Después, el disfrute continúa como cuando el sexo. Se aplacan sequedades, se mitigan apetitos, se sienten vacíos o llenuras plenas, se repiten las explosiones sensitivas, se muere y se nace. Este es el tiempo en que veintiocho millones de personas suelen sentirse desanimadamente

Y la ruda naturaleza del fútbol ofrece a los países la oportunidad de sentir la nacionalidad, y a los peruanos de sentir la peruanidad, aun por encima de los problemas y barreras que nos dividen, y de la corrupción e incomunicación que nos tribalizan. Lástima que la peruanidad no alcance ni el estadio de la tribalidad. ■



Esplendor y caída de un ídolo: Cholo Sotil, el gambeteador de la adversidad, el jaguar hecho furor catalán, la Sarita Colonia del desempleado. (Foto de Carlos Domínguez)

Cholo Sotil: el amague de la soledad

MANUEL BONILLA ROJAS*

« ¡Échame más ají, sí, dale, a puro macho », vocifera un hombre que permanece oculto bajo una gorra de béisbol, mientras adelanta el plato de plástico con las papas amarillas a medio comer y los restos de un huevo sancochado. Doña Rosario accede y vierte la salsa que inflama gargantas. Agradece con una mueca y hunde la cabeza. Come a grandes bocados, solo mira el ir y venir del tenedor. Los otros comensales, sentados en la banca, procuran no verlo, ahí en el borde. Ahora, apura un choclo tiernito. La doña sigue despachando su chanfainita a sol, con su tallarín más y su papita con huevo. Es la hora de la jamancia, media mañana, y en el mercado Cánepa se permite un descanso para engañar la tripa. El de la gorra le sigue dando curso al segundo choclo, a filo parejo. Alguien se acerca por detrás y le palmea el hombro: « ¡Cholo, qué ha sido de tu vida, comparito! ». El aludido se levanta, se acomoda, amaga, la gorra cae y le encaja tamaño abrazo. Los gritos de euforia y las carcajadas solo se dan en dos ocasiones peruanísimas: cuando dos compadres se encuentran luego de muchos años, y cuando un mortal anida la de treinta y dos paños en el arco rival y todos gozan con el orgasmo futbolero, el gol. Este «cholo» no podía ocultar su alegría (y los tajos del licor de hace unas horas). Ahí, en el corazón de La Victoria y en el riñón de ese emporio llamado Gamarra, estaba aquel hombre que responde al nombre de Hugo Sotil, *El Cholo*.

LA GAMBETA NACE EN EL BARRIO

El terruño o el barrunto, en todo caso la esquina o la canchita de fútbol, se levantan como las instituciones del imaginario colectivo, del sentir y de la zanja abierta en la molleja popular. Ahí uno se hace macho (cuando no, en otras canchas). Salido de su Ica natal (de ese lecho de grandes pateadores del balón; el cañonero Lolo también venía de esos lares, de Cañete) y arrojado a la Lima monstruosa a punto de su parto social, Hugo Sotil se cuadró a doce pasos de la Rica Vicky y se instaló en el área chica de la canchita de cemento. Allí brilló con regate y habilidad, con quimbosidad de boxeador que no levanta cabeza, como toro que embiste. Paticorto, trinchudo y corajudo. Sin la talla del típico goleador, este Hugo que mojaba en cualquier arco que le pusieran enfrente, jugaba como gigante y empujaba con maña. El cuerpo maceteado, bien plantado y con una melena terca, insolente, que no aguantaba peines.

El Cholo se ha sentado con aquel amigo en la banca (no la de los suplentes); algo le dice al oído, como DT orientando al pupilo, «sí, entra y quiero que abras la cancha, juega por ambas bandas y rompe al troncazo ese del central, habla con Drago, ya Cholo, tú mismo eres». La gorra está atrapada entre los gordos dedos de Sotil, el buzo «Lomas» azul marino esconde las piernas cansadas y un polo con publicidad local trasluce una panza descuidada. El Cholo mira el suelo. El amigo lo sujeta por el cuello y lo sacude. Doña Rosario, desde la trastienda de la carpa, le alcanza una cerveza, «ahí está, Quique». La recibe y asiente. Son las once de la

* Estudiante de periodismo en la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

mañana y se destaca la primera. Sirve dos vasos. Salud, Cholo. Salud, Enrique.

ECHA MUNI

De la pichanguita a primera. En 1968 y con 18, Hugo Sotil moja el chimpún y debuta. Enrique Noriega (*Quique* en boca de los amigos), dirigente del Deportivo Municipal, que entonces militaba en segunda, lo descubrió. Él lo llevó al equipo, que de la mano del ya reconocido Cholo Sotil subió a primera. Con firma aprendida se inscribe en los anales del club. Viene su meteórica carrera. Su amigo y manager, Quique, lo conducirá hasta que pudo. Pero Hugo Sotil, en el juego como en la vida, era inmarcable, imparabile e indomable.

Para nadie resultó indiferente la aparición de Sotil. Padrino de la finta pícara con cachá y el pase con chanfle, dueño de la zurda que cosía y descosía cinturas de los defensores contrarios. Al año siguiente, Didí lo convocaba a la selección rojiblanca y en el mundial de México ya zampaba un gol en la valla de Marruecos. Del equipo de la franja roja pasaría a las filas blanquiazules. El Alianza Lima, de puro sentimiento, era un club de media mampara, redil de la mazamorra racial. Con el *Nene* Cubillas y comparsa harán diabluras: se había formado el primer rodillo negro, repartiendo goles y fútbol por canchas extranjeras. Partirá en gira por Europa con un equipo remix del Alianza y el Muni, donde caerán vencidos el Bayern de Beckenbauer y el Benfica de Eusebio.

Su rostro se conserva intacto, con las inevitables arrugas del tiempo. El orgullo que mostraron todos los jugadores que regresaron ganadores de aquella gira se pierde en el fondo del vaso del Cholo. Quique no lo suelta, le habla de cerca, como en confesión. Ya hay tres chapas regadas en el piso. Son los únicos en la banca. Doña Rosario lava los platos sucios y atestigua. Imposible verle los ojos, se mantiene agachado y balbucea y susurra, como rezando. Quizá no quiere que lo reconozcan, que lo vean al lado de un evidente borracho aunque amigo, que lo

vean tomando con ese amigo, que lo vean en la banca de un mercado, que lo vean en su soledad, acaso la tentación de un fracaso eminente. Los goles ya no los cantan.

JODER ¿NO ES EL CHOLO?

En 1973, el club español Barcelona cargaba una sequía de casi catorce años sin saborear una copa. Los azulgrana, en esa temporada y durante tres años más, contaron con la marca registrada del Cholo Sotil, que derramaba habilidad en los predios de la Madre Patria. Y allí vivió y ahí gozó, y fue vitrina y fue aclamado junto a su cómplice y además padrino de su hijo, el mismísimo Johan Cruyff. Nada le faltó, nada guardó. Era el Cholo ídolo jaranero, a veces guarapero, otras mujeriego, y siempre jugando con maestría siniestra (por la zurda). Se le podía perdonar todo. Y seguía ganando. Como en final de película, en el año 1975 Perú jugaba la hoy llamada Copa América (entonces Sudamericano); el Cholo, recién bajado del avión, jugó el partido final y clavó un señor gol en el arco de Colombia. Campeones y el Cholo Sotil en hombros, en la cumbre.

Dicen que de lo bueno poco. Luego del Mundial de Argentina 78, de otra temporada en el equipo de Matute y con solo diez años en el fútbol activo y macho, el Cholo sorprende a todos y cuelga los de toperoles. Dos mundiales, ocho partidos, trescientos cincuenta y cinco minutos jugados, bicampeón con Alianza, de la liga española con el Barsa, campeón con Perú en el Sudamericano y con cinco cervezas para acompañar a Quique. Esos sus números; la que viene, su despedida. Levanta la frente, una barba de pocos días asoma por su mentón siempre lampiño, los ojos vidriosos y la nariz afilada. Quique promete un próximo encuentro, el Cholo lo esquiva y se perfila, sin marca, hacia la avenida. El andar del viejo bailaor, de lado a lado, se prepara, arremete y... extiende la mano. Un taxi se detiene, regatea el precio, sube y se acomoda la casaca. ■



Avenida Piérola, Lima, Perú. Fotografía de Avilés Hnos., comprada en España y enviada por el escritor Carlos Álvarez.

Plaza abierta

ADRIANA DÁVILA FRANKE*

Amo el centro de mi ciudad, y que nadie me lo quite porque no puedo vivir sin él. De tanto en tanto, mis pies me llevan solos y puedo pasar una tarde y su noche caminando entre sus calles estrechas y oscuras, divertirme leyendo los nombres de cada jirón: la calle del Gato, Afligidos, Amargura, la calle de Doña Elvira. Puedo dejar que las horas se vayan lentas mirando balcones viejos y rotos, portales de madera, vitrales *art nouveau*, fachadas coloniales o republicanas pintadas de merengue o rojo. Puedo detenerme en el Jirón Huancavelica, frente al teatro, y ver la estatua de Vallejo —postrado en medio de Lima y sin aguacero—, o colarme en las iglesias sin persignarme, a rodearme de santos y pan de oro.

Pero como algunos amores, mi amor duda, observa y elige. Soy monógama como las palomas de la Plaza San Francisco y como los gallinazos que sobrevuelan el Rímac: por la Plaza San Martín siento algo que jamás sentiría por la Plaza Mayor. Porque sí, la Plaza San Martín es nuestra. A la Plaza Mayor uno va, admira la Catedral, alta y solemne, se pregunta si es verdad que un par de siglos atrás la muchedumbre haya colgado de esas torres a los hermanos Gutiérrez, aquellos insurgentes sin suerte. Uno admira la arquitectura de Palacio de Gobierno, sus soldaditos cuadrándose al mediodía, y no entiende cómo en cien metros cuadrados pueda decidirse tanto, y a veces tan mal. Uno quisiera entrar y conversarle a la higuera de Pizarro para que siga viviendo por siempre. Pero la Plaza Mayor no me atrapa. Me deja ir, confundíendome entre el gentío del Jirón de la Unión, hasta arribar a la Plaza San Martín.

Aquí empiezan las diferencias. Cuando hablo de la Plaza San Martín me provoca

escribir 'plaza' con minúsculas. Me acerco a espiar los ruidos de gente que vocifera opiniones políticas. Los lumpen se sientan a descansar, a pedirte un sol para comprar más terokal y no abandonar su delirio. Apenas los guardias les dan la espalda, unos niños limpiabotas se desnudan para hacer de una poza una fiesta, retando al sol de septiembre. Un mendigo se sienta en el jardín a remendar su ropa, antes de que la turba de oficinistas pueble la plaza, caminando sin ver, del Jirón a La Colmena, de La Colmena al Jirón. Mucha gente se gana la vida en ella y de ella, vendiendo alimento para palomas, tomando una foto, barriéndola. Mientras San Martín duerme su sueño eterno sobre su caballo incólume, los limeños y los forasteros vivimos allí como en el patio de la casa.

La Plaza San Martín se creó sobre el eje peatonal que unía la Plaza Mayor y el Panóptico —la cárcel de Lima—. Fue inaugurada en 1921, en medio de las pompas de la celebración del centenario de la Independencia. Se amplió el terreno de la pequeña Plaza de la Micheo, que abarcaba una porción de espacio mucho menor a la que ahora ocupa la plaza, y se decidió colocar ya no a Bolívar, sino a San Martín, sobre un altísimo pedestal. Para adornar el monumento, se solicitó a un escultor que creara la imagen de una llama votiva, al estilo de las llamas de fuego de la Grecia clásica. El artista, de gran imaginación, estampó la figura de un auquérido.

La plaza era un punto obligado de paso al inicio o al final del recorrido por el jirón de la Unión, donde se encontraban, lado a lado, los negocios más elegantes de la ciudad. Hasta la década de 1950 era imprescindible vestirse de traje para 'jironear'. En los sesentas, la plaza era ya la casa de los charlatanes, que armaban ruidos para vender sebo de culebra. En 1968 llegó un profeta loco,

* Estudiante de antropología en la Facultad de Ciencias Sociales de la PUCP.

Jorge Acuña, a interpretar mimo ante los ojos extasiados de los transeúntes, que verían invadir de magia la plaza. Tras él llegaron trovadores, lanzallamas, payasos, recitadores, a transformar la plaza en un circo, en un espacio para el arte y la expresión libre, a pesar de la oposición de la policía que encarcelaba y liberaba intermitentemente a los artistas de la calle.

transeúntes dentro de ella en las horas nocturnas. Impedían que circule la vida. Medidas de seguridad, alegaban. Lo obvio era que las autoridades querían desarticular esos ruedos donde se lanzaban al llano opiniones políticas: el parlamento de los hombres corrientes.

Tiempo más tarde volví a la plaza y me senté de noche a observar. La plaza



La Plaza San Martín del mimo Acuña, antes de que llegaran los pirañitas. (Foto de Blanca Santander)

En la década de 1980 la plaza fue tomada por los niños-piraña, convirtiéndola, al mismo tiempo, en su lugar de abordaje y guarida. La plaza ha sido escenario de marchas y contramarchas que apoyaban o defenestraban a los mandamases de turno. La plaza habla, protesta, congrega, descansa, acoge.

Hace dos años, la municipalidad dispuso el cierre de la plaza, cada día, desde el atardecer hasta el amanecer. Los edificios ocres, incrédulos, presenciaron la creación de una frontera demasiado frágil: unos caballetes y unas débiles cintas de plástico impedían la circulación de los

estaba abierta otra vez. Los limeños—por adopción o por origen— y los forasteros caminaban de La Colmena al Jirón y del Jirón a La Colmena, deteniéndose a descansar en una banca, a limpiar sus zapatos de charol negro, a tomarse una foto para hacerse eternos. Yo no podía despegar la vista de uno de los edificios de siempre, ahora vuelto destellos, con un juego de luces haciéndole homenaje. Volví a la plaza y me encontré con una orquesta. Escuché cumbia y boleros sentada en una banca de mármol. Y una marinera para terminar. Una plaza no tiene puertas. ■



«El viajero Wiener —dice Rivera Martínez— se refiere a Jauja en el siglo XIX como una pequeña sociedad ilustrada, una sociedad sin latifundistas.» (Foto de Ruperto Izquierdo y Justiniano Guerrero (1928). Col. José Luis Urteaga)

«Lo andino es un factor esencial de nuestra nacionalidad»

UNA ENTREVISTA CON EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ POR MARIANO DE ANDRADE

País de Jauja, de Edgardo Rivera Martínez, fue elegida por una encuesta de la revista Debate como la novela peruana más importante de la década de 1990. El hecho, de por sí, indica que se trata de una obra altamente valorada por los lectores especializados, en este caso, los escritores y críticos que participaron en aquella encuesta. Sin embargo, hay algunas cosas que un simple voto no alcanza a revelar.

En primer lugar, estamos hablando de una novela que no se inscribe en una corriente presuntamente 'hegemónica' (urbana y limeña) de nuestra tradición narrativa, recientemente denunciada en una discusión entre escritores. En segundo término, por su temática, resulta un texto innovador y audaz, al plantear una propuesta utópica en la que lo andino y lo occidental coexisten armoniosamente.

En esta entrevista, su autor, Edgardo Rivera Martínez, habla sobre País de Jauja, su significado y errónea adscripción al neoindigenismo.

Jauja ha tenido una conformación social y cultural muy especial. ¿Cómo se explica eso?

El valle del Mantaro es un valle mestizo, sin haciendas. Estoy hablando de los años cuarenta. Recuerdo que había un hacendado que trabajaba de inspector de disciplina del colegio, imagínate. Lo que pasa es que Jauja empieza a ser un lugar especial por el sanatorio para tuberculosos. Y hasta allí llegaron personajes importantes, como Bartolomé Herrera. Manuel Pardo también estuvo, antes de ser presidente. En 1903 vino uno de los mayores estudiosos de la literatura española de ese tiempo, el padre Blancas, un sacerdote agustino que llegó desde El

Escorial. La de Jauja era, en ese entonces, una sociedad de pequeños propietarios. El viajero Wiener, por ejemplo, se refiere a Jauja en el siglo XIX como una pequeña sociedad ilustrada, una sociedad sin latifundistas.

El mundo que retrata en la novela, ¿cómo era?

Había una presencia foránea fuerte. No tan importante como en los años veinte, pero había muchos extranjeros. Cuando termina la Primera Guerra Mundial, el año 1918, hubo tres corridas de toros en Jauja, organizadas por franceses, ingleses e italianos respectivamente, para celebrar el fin del conflicto. Había muchos comerciantes europeos y judíos, japoneses

también. Con ellos la interacción era fácil y abierta aunque, claro, uno pasaba por el sanatorio con cierto resquemor, por el temor a contagiarse. En cierto modo, ese mundo es como está representado en la novela, así lo recuerdo, así lo viví. Y como he dicho antes, la ausencia de latifundismo ha sido un factor clave, pues ello significó que en Jauja no se manifestaron las formas de segregación más frecuentes que han conocido otras provincias andinas. Eso le dio a la ciudad un rostro diferente.

¿País de Jauja tiene algunos antecedentes, hay otros textos que intenten abordar el tema antes de su novela?

Bueno, hay dos textos que hablan de Jauja desde una perspectiva literaria. No sé si serán novelas exactamente, pero en cierto modo retratan el mundo de los enfermos, de la vida en el sanatorio. Uno de esos libros es *Sanatorio* (1938), de Carlos Parra del Riego, que recrea las anécdotas de los enfermos, en su mayoría limeños, que estaban allí. El otro, la biografía del padre Blancas que mencioné antes, escrita por otro sacerdote, Manuel Monjas, creo que publicada en 1930.

¿Era un mundo homogéneo?

Homogéneo, no. Había diferencias, pero yo me refiero sobre todo a un entretejimiento cultural. Radulescu, uno de los personajes de la novela, era un rumano que llegó a Jauja y se alojó un tiempo en mi casa; era una persona cultivadísima. Jauja era básicamente un mundo de clase media, en todas las casas, en casi todas, había un piano. Jauja ha sido un caso especial, fue un punto de encuentro cultural. En realidad, nunca he abogado por la homogeneización cultural y mucho menos me he situado en la línea de los ideales criollos de asimilación del Ande, a la manera de Riva-Agüero. Tampoco he procedido así ni en mis artículos ni en mis estudios. Lo he dicho muchas veces y lo repito: me siento orgulloso de mis raíces andinas.

Encuentro que está plasmado en la novela.

Claro, fue un contacto enriquecedor muy importante. No había indios, había campesinos, unos más mestizos que otros, claro, pero mestizos al fin. Ahora, la idea de Jauja como arcadia está presente desde el imaginario medieval y recorre buena parte del siglo XIX. Con todo, Jauja fue una ciudad pequeña y de escasa gravitación nacional.

El mestizaje ha sido un eje central en Jauja.

Sí, el mestizaje cultural y racial también. Había mucha cultura y personas importantes. Mi profesor de literatura, Pedro S. Monge, por ejemplo, era amigo de Mariátegui. Mi abuelo materno hablaba francés. En fin, era un mundo muy interesante el que se formó en Jauja. Yo lo he vivido y lo he disfrutado. Yo participaba incluso en algunas labores del campo, como la trilla, la separación del grano de trigo de la paja. Se hacía a caballo, no había trilladoras. En esa época yo era niño y comenzaba a leer *La Ilíada*. En mi casa tomaba lecciones de piano y no había mayor distingo entre la música culta y la popular. Dicho sea de paso, la música tiene una presencia muy fuerte en la novela.

¿Sería correcto llamar a País de Jauja una novela andina?

Sí y no. Yo publiqué un estudio sobre la literatura peruana a propósito de la tesis de Antonio Cornejo Polar que habla de la totalidad contradictoria como sistema. Yo no creo que haya sistema, porque la palabra sistema implica que haya una interdependencia total. Lo que digo es que hay una totalidad diversamente articulada, con un centro, una periferia y una frontera. La frontera sería la literatura oral, la periferia sería la producción literaria de provincias y la del centro sería la de Lima. Ahora, mi obra no solo es de temática andino-mestiza, también hay textos que transcurren en Lima. Y algunos de mis textos, como *El visitante* o *Ciudad de fuego*, tienen un impulso básicamente cosmopolita. Es un error pensar *País de Jauja* dentro del indigenismo o del

neoindigenismo. Yo no hablo del problema de la tierra, sencillamente porque en Jauja no había problema de la tierra. ¿Sabes quién era el más grande terrateniente de Jauja? El colegio nacional donde estudié, San José de Jauja, era dueño del fundo Yanamarca, un terreno muy extenso. Eso te puede dar una mejor idea de qué hablo. Es cierto que el mundo andino tiene una presencia importante en mi novela, me siento orgulloso de mis raíces andinas, pero eso no me ha impedido acercarme ni disfrutar otras tradiciones. Y eso es lo que hace Claudio, el personaje de mi novela.

¿Hay un modelo de nación en *País de Jauja*?

Creo que en algunos casos se ha tomado el título de la novela de manera literal, como si ella, a pesar de ser ficción, contuviera una tesis sobre la nación. El título tiene que ver más con la leyenda medieval sobre el País de Jauja como lugar de la felicidad. Yo creo que ese es el punto. La vida de Claudio Alaya, a pesar de sus modestos recursos y la amenaza de la enfermedad, es feliz, plena.

Pero hay un subtexto utópico bastante claro.

Lo que se plantea es la posibilidad de una utopía, cosa a la que todos tenemos el derecho de aspirar, en el sentido de que alguna vez el Perú llegue a ser una nación en la que convivan en armonía identidades y tradiciones culturales diferentes, fiel cada quien a sus raíces autóctonas, pero abierto al enriquecimiento espiritual, al contacto con el otro o los otros.

¿Cómo percibe su lugar en la tradición narrativa peruana?

Hay que distinguir la apreciación literaria de la personal. Vargas Llosa, especialmente en *La guerra del fin del mundo*, es un escritor que admiro muchísimo. Pero su opción es realista, la mía es lírica. Lo admiro como un gran constructor de novelas, pero mi gusto personal va por otro lado y por eso me gusta Arguedas. Es un autor al que respeto mucho. Sus

novelas no me gustan todas de la misma manera. Él muestra un mundo andino muy rico, profundamente enraizado, pero distinto al que yo viví. Me gusta también *Ciro Alegría*, ahora un poco postergado. Por supuesto, Vallejo está también entre mis preferencias.

Memoria familiar e invención son dos elementos presentes en *País de Jauja*. ¿Cuánto de usted hay en Claudio Alaya?

Un alto porcentaje. No necesariamente es un álter ego, porque tal vez él sea un poco más extrovertido que yo, tal vez tenga más euforia social que yo, pero sin duda proyecto sobre él muchas cosas mías: la lectura, la música, la literatura. Por eso la novela incorpora el proceso de su escritura, ¿no? Eso se ve en la relación entre el Claudio Alaya joven que empieza a escribir y el Claudio Alaya que recuerda eso mucho tiempo después. Por otro lado, en la novela hay el relato de una experiencia formativa, la de Claudio, por la que yo también pasé.

Hace poco los medios fueron alborotados por una agria discusión entre varios escritores nacionales. ¿Usted es «criollo» o «andino»?

Bueno, debo empezar por decir lo siguiente: yo no concurrí a la reunión de Madrid porque no fui invitado, a pesar de mi producción literaria. No sé bien cómo se inició la controversia, y cuando esta ha proseguido aquí con gran virulencia la he seguido entre asombrado y divertido, pero lamentando también que la prevalencia de lo personal haya echado a perder la oportunidad de un debate que pudo ser esclarecedor. Hace unos años publiqué en una revista de la Universidad de Stanford un ensayo en el que reconozco, junto con Mariátegui, que lo «andino» es un factor esencial de nuestra nacionalidad. Y que nuestra literatura, en un sentido vasto que incluye con todo derecho lo oral, se da en múltiples expresiones, entre la modernidad y la frontera, es una totalidad diversamente articulada, como ya mencioné. ■



El centro de Lima, a contraluz. El escritor debe abrazar la calle tanto como saber refugiarse en su caverna.

La calle y la caverna

ALONSO CUETO*

Creo que ningún escritor puede decir cuándo empezó a escribir. Para Goethe, el escritor o el artista es un ser que vive en un estado de «pubertad eterna». El asombro, la sorpresa, la curiosidad, la búsqueda —cualidades que parecen propias de los seres que descubren la vastedad del mundo—, son inseparables de un estado creador. La única sensación incompatible con la vocación de un escritor es la de sentirse constreñido por unos límites.

Escribir es siempre un acto de ruptura de los límites, pues supone la negación del silencio y del vacío. Es un acto de rebeldía, acaso ingenuo, pero no artificial. Su propósito es ignorar la muerte.

En todos los escritores que he conocido, con pocas excepciones, he encontrado siempre tres rasgos simultáneos: el placer por los viajes, el gusto por la música y la pasión del insomnio. Toda obra literaria es un viaje. Toda narración propone, al igual que los viajes, la creación de un tiempo y un espacio nuevos. Un escritor concibe su propia vida como un viaje de un lugar, y de una identidad, a otro. Al igual que la novela, el viaje no solo es un cambio de tiempo sino también un cambio de espacio.

Recuerdo especialmente mi primer descubrimiento de un nuevo gran espacio, el de la ciudad de Lima, cuando yo terminaba el colegio. Hasta entonces mi vida había transcurrido alrededor de mi barrio y la familia que me acompañaba en mi casa de Miraflores. Durante mi infancia, la vida era un circuito formado

por un sistema de interrelaciones seguras: el colegio, la familia, las diversiones programadas. Para mí, el centro de la ciudad así como los barrios de La Victoria, el Rímac y Lince resultaban planetas lejanos y misteriosos que yo me prometía algún día explorar solo. Recuerdo especialmente las primeras veces que tuve la osadía de embarcarme al centro de Lima en un colectivo. La Plaza San Martín, con sus cafés y bares, el Jirón de la Unión y el Jirón Azángaro, me parecían las puertas del ingreso a una dimensión verdadera, tosca, brutal, anónima de la vida. Pasé muchas noches vagando y comiendo en sus restaurantes, haciendo lo que por entonces me gustaba más hacer: observar a la gente. Recuerdo mucho la impresión que me produjo el encuentro con los niños y ancianos que dormían envueltos en periódicos y mantas inmundas. Mis visitas a los partidos de fútbol en el Estadio Nacional, al que también me habitué, me permitieron caminar hasta La Victoria y Lince. La Victoria es un barrio que me sigue gustando mucho por su versatilidad extraordinaria en los escenarios de pobreza y de suciedad que sobrevive, que no termina de abandonarse.

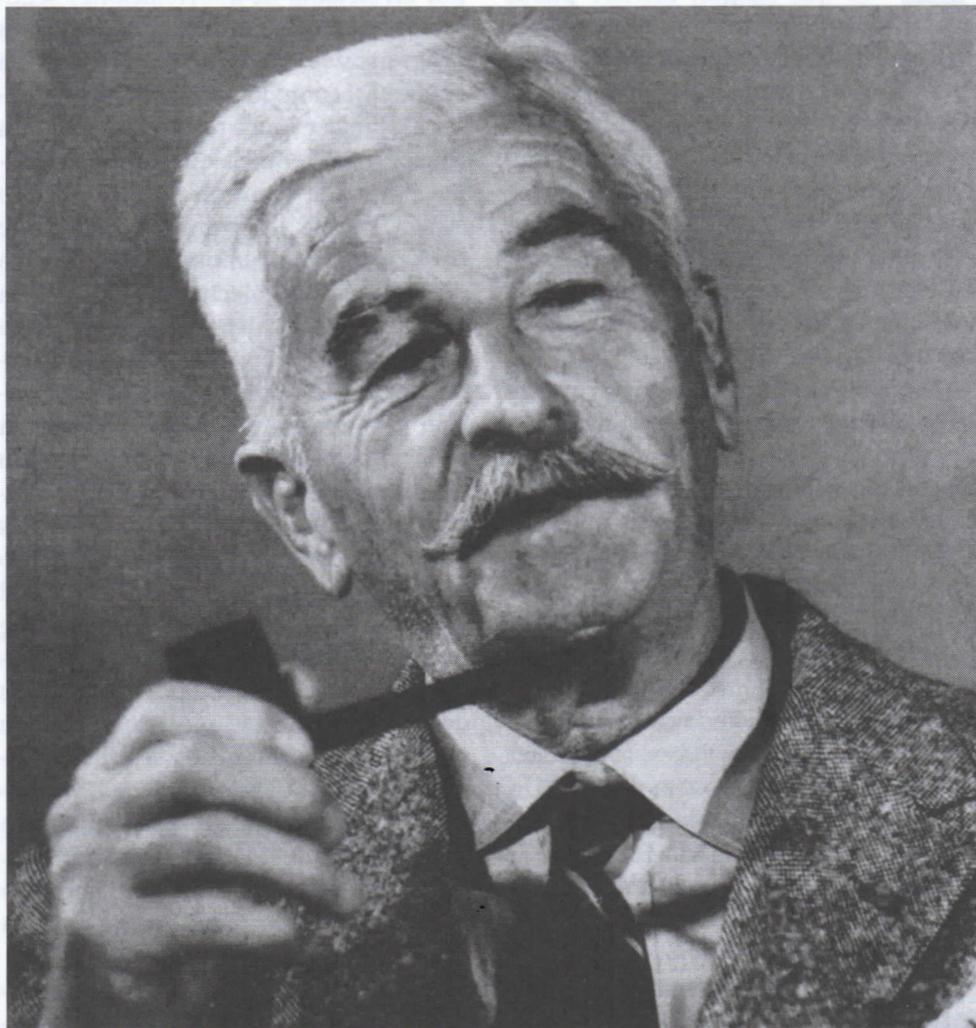
La música es una pasión que comparto con muchos amigos escritores. Es natural. La literatura y la música ocurren en el tiempo. Músicos y escritores compartimos términos («frases», «ritmo», «tono»), porque compartimos el culto por la sonoridad con sentido, una sonoridad inseparable del tiempo. Gracias a mi madre y a mi padre, sentí muy pronto en mi vida la pasión por la música clásica y en especial

* Escritor peruano. Su última novela es *Grandes miradas*.

por Bach y por Brahms. La música popular, en particular la música criolla y la música negra peruana, también me han acompañado siempre. Como los músicos, creo que los escritores buscamos siempre aquel modo de decir que es

frase esperada en algún momento. Solo tenemos que estar allí, atentos, cuando aparezca.

El insomnio es el refugio de un escritor, la consecuencia de la vigilia. Si un escritor es alguien que sueña durante el



William Faulkner, el gran escritor del espíritu humano, del «big sur» estadounidense. (Foto de Carl Mydans)

inseparable de lo dicho, aquella formulación que es su contenido. Una sola de esas frases puede justificar una vida. Un escritor, como un músico, nunca tiene otra felicidad que la de encontrar esa

día, puede ser definido también como alguien que vigila durante la noche. La racionalidad de la noche es un complemento de la fantasía del día. El rigor de la vigilia nocturna y la expansión de la fantasía

diurna son estados creativos, no tiempos reales. La noche es el escenario en el que nuestra conciencia selecciona los acontecimientos centrales del día para volverlos a vivir, para profundizar en ellos y recolectarlos en su intensidad. Es el momento de la selección e intensificación de los episodios del día. En la vigilia nocturna los escritores recomponen y comprenden la gravedad de las acciones que el día ha dejado escapar.

Si la primera razón por la que los escritores escriben tiene que ver con el ensanchamiento de la vida, con la curiosidad por la exploración, por la búsqueda de nuevas identidades, de nuevos lenguajes, la última razón tiene que ver, como decía antes, con la muerte. Frente a la naturaleza resbaladiza de la vida, las palabras parecen cargadas de energía, son las espadas que colocamos contra el vacío. El descubrimiento temprano de la muerte (de mi padre, de muchos amigos en mi infancia) fue mi mejor estímulo. Uno escribe contra la muerte precisamente porque es su único tema.

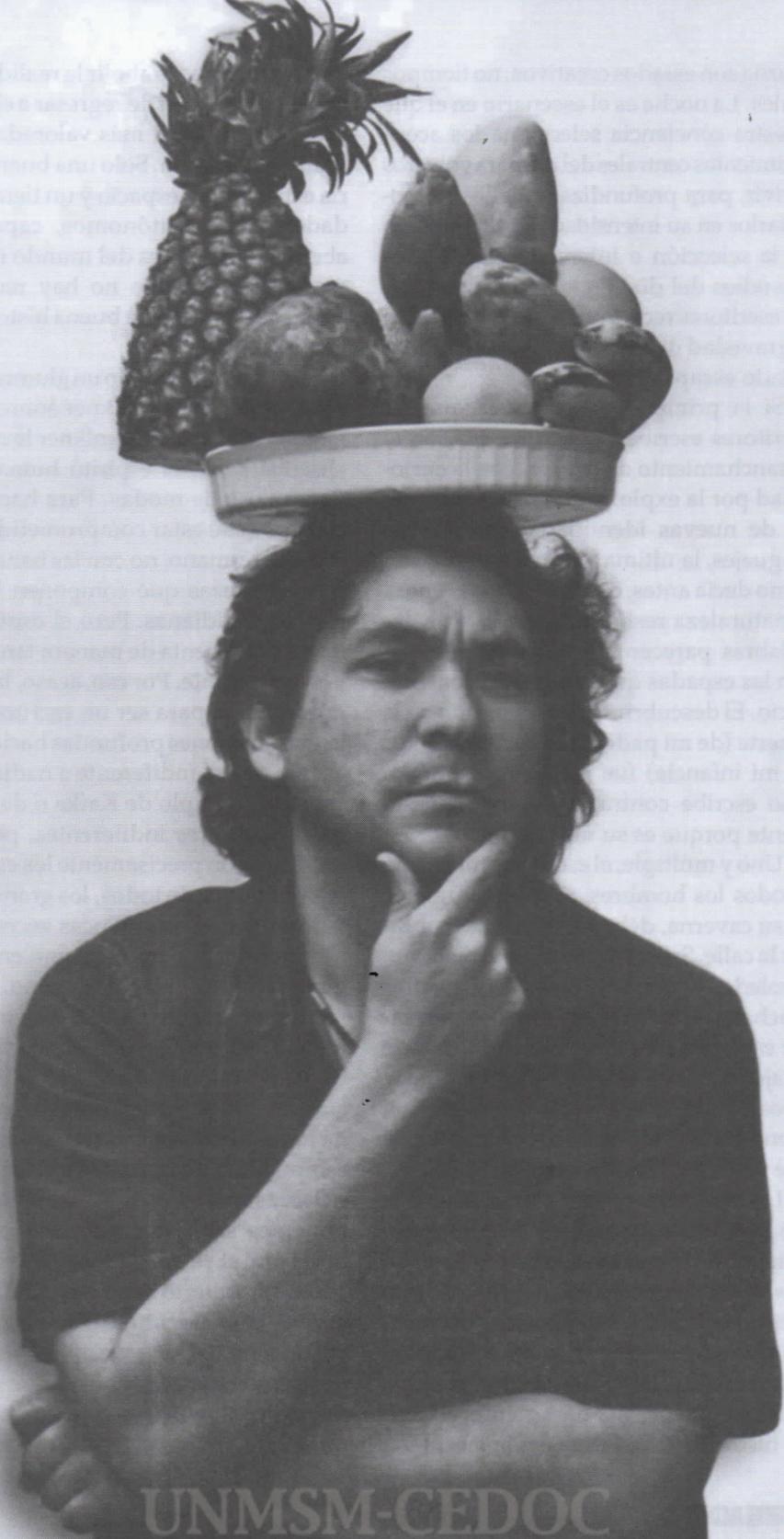
Uno y múltiple, el escritor es él mismo y todos los hombres. Si sabe refugiarse en su caverna, debe también saber abrazar la calle. Saber estar con uno mismo en la soledad agotadora, tediosa, de escribir muchas páginas no es suficiente sin saber estar con otros en el ruido diverso de lo ajeno que se vuelve propio. Uno y otros (o mejor dicho unos y otros), el silencio y el ruido, son los polos entre los que un escritor debe saber moverse.

La literatura es en general, como la religión, una manera de sacralizar lo cotidiano. En lo que Henry James llamaba el «splendor objetivo del detalle», un escritor encuentra las esencias particulares de cada objeto, de cada paisaje, de cada persona, que le permitan ser recordado en una página para siempre. Contar historias es la forma más placentera,

más agradable, de abolir la realidad y sin embargo también de regresar a ella. Es la proeza individual más valorada y celebrada por la tribu. Solo una buena historia establece un espacio y un tiempo verdaderamente autónomos, capaces de abolir las presiones del mundo real. Por eso me parece que no hay nada más difícil que contar una buena historia, una historia creíble.

Alguna vez, cuando un alumno le preguntó a William Faulkner sobre qué temas podría escribir, Faulkner le contestó: «Escriba sobre el espíritu humano. Eso nunca pasa de moda». Para hacerlo, un escritor debe estar comprometido con el espíritu humano, no con las banalidades y las ligerezas que componen las apariencias cotidianas. Pero el espíritu humano se presenta de manera tan diversa y en tanta gente. Por eso, acaso, la primera condición para ser un escritor es que tenga emociones profundas hacia la gente, que no sea indiferente a nadie. Podrá citarse el ejemplo de Kafka o de Beckett como escritores indiferentes, pero creo que estos son precisamente los escritores más emotivos de todos, los grandes contadores de historias. Pocas veces un lector puede estremecerse como en sus páginas frente al destino humano.

Un escritor es, ante todo, un sentimental recuperado: un niño que ha sufrido pero que ha tomado distancia de su sufrimiento, que ha sido feliz pero que ha tomado distancia de su felicidad. Por eso puede hablar de ellas. Gracias a las palabras que preservan las emociones, podemos salvarnos de eso que está al otro lado, el vacío. El seguro más grande contra la muerte no es un himno o un coro sino un murmullo en el silencio. Ese susurro monocorde en el que renace un deseo, un cuerpo, una voz que aspira a ser, es la única utopía. Nadie puede dejar nunca de escribir. ■



UNMSM-CEDOC

La papa aguanta todo

CARLOS EDUARDO VARGAS¹

Debo preguntártelo una vez más: en España se dice «del mar su mero y del campo su cordero», y en el Perú se dice...

«Del mar la chita y del barrio tu hermanita... No, mentira. De sus ríos el camarón, de sus Andes la papa y de su mar hasta el mejillón».

Intenta Derecho en España, pero opta por Cocina en Francia. En Europa pasea por distintos restaurantes hasta que se siente listo para regresar al Perú. Con Astrid, su esposa y experta en Alta Repostería, funda el primer Astrid y Gastón, hace once años, en Lima. Luego viene otro en Chile, por el que sigue acumulando codiciados premios al mejor restaurante de Santiago. Poco más tarde abre exitosamente los de Colombia, Ecuador y Venezuela. En el 2002 inaugura el café-bodega T'anta, cuya acogida lo obliga tres años después al segundo local. A comienzos de 2005 creó La Mar, cebichería de estilo japonés con próximas sucursales en Estados Unidos y México. A mediados del año entrante, dispuesto a competir con todas las hamburgueserías estadounidenses, abrirá la imponente cadena peruana de sándwiches Hermanos Pasquale. Hoy viene trabajando en la investigación y el desarrollo de un concepto de chifa peruano para el mundo. Ha publicado ya dos libros, y acaba de salir al público su ambicioso proyecto de una enciclopedia de cocina peruana dividida en diez tomos. Conduce Aventura culinaria, programa televisado con el cual asegura divertirse mucho y aprender lecciones todas las semanas. Tiene el sueño de una escuela gratuita de cocina en la cual pueda pasar decentemente su retiro. Declara ser artesano por vocación, artista por moda y empresario por necesidad. Se llama Gastón Acurio y es, seguramente, el más famoso chef del momento.

I.

Cuando lo escuché decir en la televisión «la belleza está en el desorden», corrí a apuntarlo.

Foto de la página izquierda: Sergio Urday / Etiqueta Negra.

1 Estudiante de literatura hispánica en la PUCP.

Fue, por supuesto, una de las primeras cosas que le pregunté. «Insisto —contestó Gastón— nuestra cocina es deliciosamente barroca. Redúcela, suavízala, equilíbrala, límpiala, minimalízala y verás qué queda. No quiero ni saberlo...». Bien lo señaló Rafo León hace como un año: lo barroco llegó al Perú y se quedó para siempre. De esto

no hay duda. Sé que asomó primero ante los grupos criollos del siglo XVII, los que se apoderaron de su modelo para integrarse al sistema de poder colonial. Supongo que luego todos se dieron cuenta de que la fórmula funcionaba. Hasta los cocineros. Eso, sin embargo, no representó el surgimiento de la cocina que describe Gastón. Quienes piensan la gastronomía peruana señalan como punto de partida un mestizaje que, desde el Descubrimiento, no fue solo de razas sino también de ingredientes y preparaciones. Hubo inmensa nostalgia por los sabores patrios y esta hizo que los forasteros insertaran lo suyo con vehemencia. Acá se asimiló lo insertado y se enriqueció con lo propio. Empero, esto que Gastón suele llamar el abrazo entre oriente y occidente no tuvo solamente dos caras. Cuanto vino a América era ya producto de migraciones, conquistas y reconquistas, con todo lo que ello significaba. La socióloga Isabel Álvarez, dueña y directora del restaurante *El Señorío de Sulco*, acertadamente explica que, al prepararlos, manos indias comenzaron a «desespañolizar» platos españoles, los que tenían tanto de mediterráneos como de árabigos y semitas. Nuestra cocina, como pocas, se fue construyendo sobre una mezcla de mezclas: «Somos un país de fusiones, mestizos hasta los huesos: somos chinos, cholos, blancos, negros, niséis... y esa es nuestra virtud —afirma Gastón—. En la cocina esa es su mayor virtud, y es lo que la identifica en el mundo como peruana, crisol de culturas y razas».

«Cocinar es recrear», escribió también Isabel. En el Perú se re-creó tanto la abundancia como la carencia. Mas no hay que dejarse seducir por el argumento de la opresión: el contexto colonial no fundó una culinaria ni de sobras ni de hambre. Sí hubo falta, como es lógico, pero esta no determinó la experiencia global. El reciclaje

de ingredientes solo fue un paso más en la interminable experiencia del mestizaje. «*La cocina de la carencia es solo una parte de nuestra cocina —aclara Gastón—. El guisito y la sopa en todas partes son platos que nacen en cunas pobres y luego se expanden por toda la sociedad. Aquí nace el cau-cau, en España los callos; aquí nace la chanfainita y, en Francia, el soupe de lentilles; en el Perú nace la sopa criolla y en Italia el menestroni... Los peruanos tenemos, además, una gran cocina, fruto de un gran presupuesto durante el virreinato.*»

Siglos han pasado desde entonces y el proceso no se detiene ni para el país ni para lo que en él se cocina. Nuestra gastronomía, como nuestra gente y nuestras costumbres, todavía no acaba de formarse: supone constante alteración de lo que va llegando. Y aquello que llega se modifica principalmente de dos maneras. Por un lado, existe el cambio de tipo natural e histórico. Muy particularmente, Gastón propone otro, uno que es inducido, casi de laboratorio, que persigue un objetivo específico. Dentro de este, *alteración*, lejos de lo que sucede en lo social o lo político de nuestra realidad, significa necesario acercamiento. No es negar al álter sino más bien atraerlo; se trata de unirlo con lo de uno para formar un nuevo producto: «*Esta es la única forma de ampliar el universo de sabores propios, de enriquecerlos, de hacer de nuestra cocina cada vez más poderosa, cada vez más grande y, sobre todo, porque ese es el Perú —explica—. En nuestra forma de ser y vernos como peruanos, esa deberá ser nuestra virtud.*»

De este tipo particular de fusiones resulta una profusa cocina de autor que no teme al cambio y que nada tiene de purista. Aunque el paso hacia esta nueva tendencia supuso un proceso previo para Gastón: zambullirse de cabeza en este interminable fenómeno llamado Perú. Antes, en su primer restaurante, se hacía



La sazón globalizada. Hace once años abrió su restaurante «Astrid y Gastón», en Lima, tiene otro en Santiago de Chile, con gran éxito, y sucursales en Colombia, Ecuador y Venezuela.

cocina marcadamente francesa. Fue absurdo. Demasiada pulcritud y muy poco ají amarillo, pensó cierto día. Gastón comenta que entonces redescubrió todo un paradigma culinario. Ahora plantea un

serio rescate de lo propio. En su más reciente cocina hay considerable variación de preparaciones y mucha inserción de ingredientes que antes simplemente no eran admitidos. Además, la suya es

una cocina de contactos en la que, como él mismo cuenta, «*todo lo bueno entra*». En esto, creo yo, es que está el barroquismo al que se refiere. Si en medio del horror al vacío prevalecía el valor estético, en su propuesta gastronómica la búsqueda de sabor nunca se deja de lado. La amalgama, el desenfado, la exacerbación, solo son medios para alcanzar el placer: «*Una de las virtudes de la cocina peruana es que es desvergonzada, desprejuiciada, traviesa, exagerada. Deliciosamente exagerada. Quien no quiera verla así sigue mirándose al espejo con complejo de ser peruano; sigue viviendo aquí pero soñando con Europa*». Ante este concepto no falta la crítica. Así como famosa, su ecléctica cocina es también ácidamente cuestionada por algunos. Sin embargo, él considera que todo es parte de un legítimo fundamento creativo: «*El exceso viene de aquellos que buscamos la armonía de los sabores e ingredientes en un plato que tiene una lógica evidente en determinadas cocinas. Hagamos un ejercicio. Busquemos el equilibrio en el cebiche. Bájale el ají limo, suave con el limón, no le echés cebolla, solo el pescado limpio y ya. ¿Qué nos queda? ¡Un plato equilibradísimo no peruano, pues! ¡Dejémonos de tonterías, por Dios! En todo caso —continúa— es fácil ser aplaudido en Lima. Cuando la gente de fuera queda enganchada con ello es la demostración de que es una reflexión válida y exitosa*».

II.

Este país jamás dejará de ser fuente de discusión. Hablé por teléfono con Gastón varias veces, me reuní una en su restaurante de Miraflores y terminé por establecer un diálogo por correo electrónico. En nuestras conversaciones siempre estuvo el Perú, con todo y sus lugares comunes. Admito que fui yo —traicionado por mi «formación académica», seguramente— quien propuso comenzar por el más

marketeadado de ellos: el eslogan de la cocina peruana como sinónimo de identidad. Mucho se ha dicho al respecto y cada vez son más quienes hablan de regiones geográficas, de gustos fragmentados, de Lima como una gran roca en el camino de la patria. Gastón (felizmente, para efectos de la entrevista) es polémico tanto para la cocina como para las ideas. Él cree que sí es posible hablar de una cocina integradoramente nacional: la concibe como una alternativa, como algo de lo cual agarrarnos en este país donde no hay de qué agarrarse. Asimismo, se opone a quienes denuncian el desarrollo gastronómico de la capital: «*Eso se llama ahondar en el centralismo —escribió en un correo electrónico—. Me confunde escuchar a supuestos expertos defendiendo la revaloración de las cocinas regionales y sobre todo reclamarle a Lima su defensa. El deber de los arequipeños no es promover la cocina piurana y viceversa. Son los cocineros trujillanos los llamados a reivindicar sus costumbres, sus ingredientes, sus platos, e igual los arequipeños los suyos, los limeños los suyos y así. ¿Acaso puede uno pensar en un cocinero catalán defendiendo las virtudes de un bacalao a la bilbaína o a un cocinero vasco pregonando las banderas del fideuá? Debemos tener esto muy claro*».

No. Hablar de Lima no fue, al menos en este caso, un segundo gran lugar común. Tampoco fue cuestión de un «urbocentrismo» capitalino. Si Lima no pudo dejar de ser mencionada fue por ser epicentro de lo que Gastón llama una «revolución gastronómica». Según se sabe, la magnitud de las revoluciones se puede medir de acuerdo con la cantidad de universidades abiertas y la cantidad de libros publicados sobre el tema. Lima es arrasadora en estos aspectos: se trata

2 Yo también tuve que averiguar: es como una paella pero de fideos.



«El limeño come generoso y es generoso, come picante y sabroso y él es así. Nuestra cocina es traviesa y criollota, y el limeño, para lo bueno y para lo malo, es criollón.»

de la ciudad con más escuelas de cocina en el mundo y en ella se han publicado, en la última década, más libros de gastronomía que en todo el resto de la historia del Perú junta. No solo eso. A diario se abren —y son quizá demasiados— estupendos restaurantes con innovadoras propuestas en mente. La importación (y la producción) de vinos va en explosivo aumento. Hay más difusión de todo esto en los medios masivos. También la recepción del público funciona como un eje

y es hoy del mismo modo distinta. Hace diez años, comentó Gastón, el pisco estaba reservado para el turista; ahora, en sus restaurantes, se sirven diez pisco sours por cada güisqui todas las noches.

El filósofo francés Jean François Revel considera que existen tres niveles de desarrollo culinario. El primero, muy elemental y antiguo, consiste básicamente en la condimentación. El segundo pertenece a la cocina popular y supone siglos de experiencias acumuladas. El tercer

nivel nos interesa particularmente para efectos de esta revolución. Es el de la Alta Cocina, absoluta indagación estética en las preparaciones. La cocina peruana (o sea, la germinada en el país) sin duda atraviesa esta etapa, y lo hace, como todo en el Perú, de forma desbordante. A ello se debe la proliferación de restaurantes de comida peruana en el extranjero. Los de Gastón son excelentes ejemplos. El caso más alucinante que he oído hasta el momento, sin embargo, es el de *Sushi-Samba*, una cadena de restaurantes en Estados Unidos. En ella, a simple vista, se sirve sushi y se oye samba. Pero, detrás de lo obvio, *Sushi-Samba* ofrece algo muy vanguardista para Nueva York, Miami o Chicago —que es donde están sus cuatro locales: define su propuesta culinaria como (y traduzco) «una fusión de cocina y cultura japonesas, brasileñas y peruanas», y explica que «surge de una coalición cultural que echó raíz en bullentes ciudades como el Callao y Lima en Perú y Sao Paulo en Brasil a inicios del siglo XX».³ En sus cartas presenta opciones tan peruanas como *seviches*⁴ y *tiraditos* y en su glosario gastronómico términos tan endémicos como *chanfainita* y *ají pipí de mono*.

Lo que *Sushi-Samba* propone es muy similar a lo que hace Gastón en *La Mar* y a lo que rige la actualidad del cebiche. Se trata, en parte, de cocina nikkei, o sea, si se me permite la definición, «criollo-japonesa». Que se haga en pleno corazón de Estados Unidos no es sino prueba de que la exportación de nuestra cocina está siendo atrevidamente considerable. Y este es solo el inicio de una gran avalancha: «En los próximos diez años calculo que se abrirán quinientos restaurantes peruanos por el mundo. Espero quedarme corto —afirma Gastón, como experto que es en el tema—. La posición de nuestra cocina será de liderazgo. Con ello se abrirán las autopistas no solo para el ají, la papa, la yuca, el

camote, la cebolla roja, el rocoto, los ajíes panca y mirasol, sino también para salsas ya preparadas (para el tiradito, para la causa, para el anticucho...). El futuro es realmente maravilloso. Quien invierta hoy día en cocina peruana está invirtiendo a ganador».

III.

Acabé de convencerme de que nuestra «revolución» se hace sentir tanto afuera como adentro cuando Gastón me comentó que Anthony Bourdain vendría de visita. Bourdain es uno de esos personajes que caen bien a través de la pantalla del televisor. Se hizo famoso primero como chef ejecutivo del *Brasserie Les Halles*, un reconocido restaurante de Nueva York. Después lo hizo a través de su programa de TV, *Turismo culinario*, y de sus varios libros.⁵ Basado en experiencias de sus periódicos y televisados viajes, publica, además, críticas y crónicas gastronómicas en diarios tan significativos como el *New York Times* y el *Scotland on Sunday*. En resumen, tiene un trabajo que yo, francamente, envidio: le pagan (y mucho, seguro) por viajar, comer y escribir.

Al Perú, como a todos sus destinos —ha estado en varios sitios de los cinco continentes—, Bourdain viene (con programa y todo) en pos de lo que llama «la cena perfecta». Y quién mejor que Gastón, conocedor como muy pocos de la comida

3 Recomiendo muy seriamente ingresar a su portal: <www.sushisamba.com>.

4 Atención, etimólogos: *seviche* es la forma original de la actual y más aceptada *cebiche*; según el historiador Juan José Vega, esta proviene de la forma árabe *sibech*, es decir, ‘comida ácida’. Dato curioso es que así se le nombre acá, al margen de posibles pragmatismos idiomáticos.

5 Durante el año 2002 partió índices de ventas por su libro *A cook's tour. In search of the perfect meal* en Estados Unidos y Gran Bretaña. Actualmente su programa de TV es transmitido por The Food Network en Norteamérica y por Discovery Travel and Living en el Perú.

de la calle —que es, precisamente, la que prefiere Bourdain—, para guiarlo en la capital. No podía ser de otra manera, porque, en el fondo, ambos practican algo que podríamos nombrar «antropología gastronómica» (en otras palabras, seguir la pista de la vida de las personas a través de lo que comen). De ahí que sus programas de TV se parezcan tanto (hasta en los nombres). Bourdain, en cada uno de sus viajes, no pretende analizar únicamente las Altas Cocinas sino, sobre todo, lo que la gente común y corriente come; para esto visita mercados, bodegas y tabernas, además de restaurantes. «*La cocina de la calle dice mucho de una nación. Además, es la que más me gusta (si no, mira mi carrito sanguchero)*» —opina asimismo Gastón, refiriéndose a su *Aventura culinaria*. Para ambos cocineros, de esta forma, el «dime qué comes y te diré quién eres» funciona muy bien: «*El limeño come generoso y es generoso, come picante y sabroso y él es así. Nuestra cocina es traviesa y criollota y el limeño, para lo bueno y para lo malo, es criollón*» —agrega.

Así, en lo gastronómico, si hay algo que en Lima (y en el Perú, claro) no existe es el aburrimiento. Como dijo Rafael Osterling, otro importante chef local, al limeño le es totalmente indispensable comer bien para pasar un buen rato. Gastón cree que eso es motivo de que en esta ciudad haya sabor en todas las esquinas. Acá lo que sea que se prepare será bueno. Por ejemplo, pocos saben que en Lima se puede comer uno de los mejores sushis del mundo, hecho constatado por los propios comensales japoneses. Cuando se lo pregunté, Gastón reveló algunos sitios a los que iría con Bourdain para hallar la «verdadera gastronomía», cosa que él define como una perfecta combinación de sabor, ambiente y servicio: «*Primero, anticuchos en la calle* —comentó—.

Después a la cebichería de Sonia, quien refleja mejor que nadie el espíritu jovial de una cebichería popular. También a comer patita con maní: estoy seguro de que le va a fascinar... Y a mi restaurante, claro. Me encantará ver su cara cuando le diga que lo que comió no era lechón sino cuy».

IV.

La cocina del Perú supera cualquier otra práctica humana que se dé dentro de su territorio. Lo hace en muchos sentidos. Fundamentalmente, creo que ha alcanzado, casi sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, el tan necesitado diálogo intercultural que los científicos sociales se matan por fomentar. Este es un país pluricultural, lo cual quiere decir, en cierto sentido, barroco. Fue construido, a pesar de lo diverso, sobre la base de tremendas paradojas: la mezcla y la fragmentación, la opulencia y la pobreza son, al mismo tiempo, sus cimientos. Gastón dijo que la papa aguantaba todo refiriéndose a que en esta gastronomía no se admiten discriminaciones. Lo nuevo ingresa, lo tradicional no pasa de moda, lo chino se mezcla con lo negro, lo cholo con lo blanco y lo que no tiene de inga tiene de mandinga. En la cocina peruana nunca hay choteados: todos conversan con todos y todos se abrazan a todos. Es, en esencia, la culinaria del eterno carnaval.

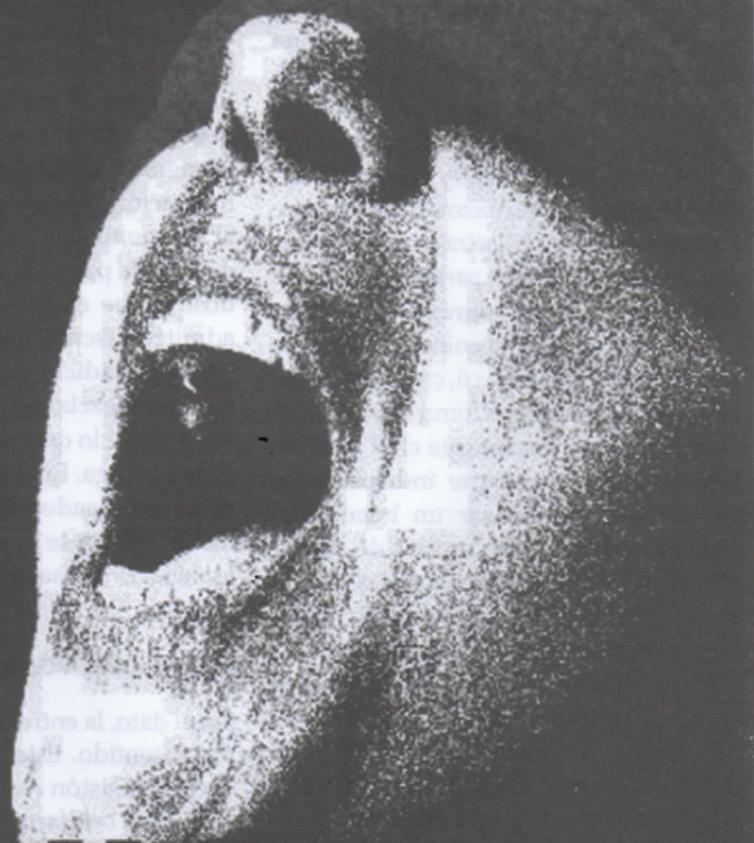
BREVE COLOFÓN

Sin el dato, la entrevista hubiera sido casi un sinsentido. Este es el 'top-tres guariques' de Gastón Acurio:

1. Para butifarras, el *Queirolo* de Pueblo Libre.
2. Para hueveras, *Sonia*, en Chorrillos.
3. Para cangrejos, *Mi Perú*, en la plaza Butters de Barranco. ■

SIN TITULO

CREACION COLECTIVA DE YUYACHKANI



YUYACHKANI

Sin Título - Técnica Mixta de Yuyachkani

Teatro y verdad

**GONZALO PORTOCARRERO; JAZMÍN ÁNGELES, TILSA PONCE
Y EMILIO SALCEDO¹**

¿ Por qué en el Perú resulta tan difícil la elaboración de una memoria integradora? ¿Por qué para los peruanos se nos torna tan inalcanzable el aprendizaje de nuestra propia experiencia?

El grupo de teatro Yuyachkani cuenta a la fecha con treinta y tres años de trabajo continuo, en los que ha puesto en escena numerosos montajes. El grupo busca contar historias que pretenden cuestionar antes que dar respuestas. El último montaje de Yuyachkani, *Sin Título - Técnica Mixta*, se inserta en esta tradición. Se trata de una propuesta teatral novedosa por cuanto la obra circunda los sentidos del espectador. Habla más a la sensibilidad que a la inteligencia. Como si fueran fantasmas sin posibilidad de descansar, los personajes de la historia pasada y reciente del Perú cobran vida y comienzan a relatar sus penas e infortunios.

Sin Título - Técnica Mixta se propone poner en contexto las conclusiones del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). Sumerge al

espectador en la historia del país, colocándolo en medio de un torrente de sensaciones que tendrá que procesar. La simbolización es compleja y está lejos del didactismo. Se trata, otra vez, de golpear, de generar un sentimiento de coprotagonismo. Todos somos actores de ese drama que es nuestra historia.

En los meses finales de la tercera y última temporada de *Sin Título - Técnica Mixta*, Yuyachkani decidió analizar la recepción de su trabajo. Para ello nos invitaron a realizar una investigación, basada en grupos focales, cuyos resultados ahora presentamos.

LA PROPUESTA DE LA OBRA

Sin Título convoca a su público a luchar por una paz fundada sobre la justicia social. La frustrante situación del país obedece a la corrupción del poder y trae como consecuencia el sufrimiento de la buena gente. Entonces, el principio de una solución es tomar conciencia, elaborar una memoria colectiva que fundamente una acción común. Con respecto a la posición tradicional, histórica, de las fuerzas progresistas esta perspectiva es nueva, implica rupturas y continuidades.

1 Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP; estudiantes de sociología de la PUCP.

Las rupturas son las siguientes: (i) El capital extranjero, el gobierno estadounidense y las clases altas ya no son identificados como los responsables históricos de la tragedia peruana. (ii) Se denuncia la violencia política señalando que sus orígenes están en la tradición autoritaria e iluminista, que resulta especialmente influyente en el sistema educativo. (iii) La corrupción y los malos políticos aparecen como los causantes de los males del país.

Las continuidades con la perspectiva de izquierda tradicional son las siguientes: (i) El mundo popular es retratado afirmativamente como heredero de valiosas tradiciones culturales. Entonces, pese a su postergación, es mostrado como agente, se le presenta como el sector protagónico en la construcción de la nación peruana. (ii) En la misma línea de continuidad se sitúa la denuncia de la injusticia y la afirmación de la necesidad de cambios. No obstante, no queda claro cuáles serían esos cambios ni, tampoco, cómo podrían ser logrados.

En todo caso, *Sin Título* se inscribe en el cambio de paradigma que han adoptado las fuerzas progresistas en los últimos años. En efecto, es claro el pasaje de la lucha por el socialismo a la lucha por los derechos humanos. En este tránsito se cristalizan los aprendizajes derivados de la crisis del socialismo real y del (re)encuentro con la política de promoción de los derechos humanos. Sea como fuere, la ampliación de la democracia es la orientación básica del esfuerzo emancipador de los sectores progresistas. Ahora bien, la recepción de *Sin Título* deja en claro que este tránsito no es un proceso fluido. Está en marcha pero muchos se sitúan en el medio, mezclando tópicos que son difíciles de compatibilizar. Volveremos sobre el punto. En todo caso, *Sin Título* se plantea como una actividad de apoyo a las recomendaciones de la Comisión de

la Verdad y Reconciliación. En esta perspectiva hay que enfrentar los siguientes problemas:

(i) En la sociedad peruana son muchos, la mayoría, los que, en diversos grados, sufren la pobreza y la injusticia. Pero los miembros de esta mayoría no prestan mucha atención al sufrimiento extremo de los afectados por el conflicto, pues suponen tener ya demasiado con el propio. Por otro lado, los que tienen más ventajas tampoco se involucran con el dolor ajeno. Prefieren mantenerse alejados y no saber. Entonces ¿qué hacer? ¿Cómo hacer que la gente haga suyo el sufrimiento ajeno? ¿Cómo acercar a los peruanos? ¿Cómo lograr que los no directamente afectados por el conflicto ayuden y consuelen a los que más sufrieron? ¿Cómo vivificar el alicaído sentimiento de ser comunidad, la conciencia de que nuestros destinos son interdependientes?

La apuesta de *Sin Título* es convocar a la solidaridad de los que no fueron directamente afectados por la violencia, para seguir luchando por la promesa peruana, para reparar a los que más sufrieron. Entonces, la tarea es elaborar una memoria o narrativa que construya al sujeto peruano como solidario con los que fueron víctimas de una terrible injusticia.

(ii) Las personas que sufrieron la muerte de sus seres queridos (o que pasaron por experiencias degradantes) deben realizar un trabajo de duelo. El trabajo de duelo consiste en ir aceptando la realidad de la pérdida y, como consecuencia, convertir, paulatinamente, al ser querido en una presencia interna, buena y reafirmadora, una fuerza que impulse a seguir viviendo. Entonces la persona puede liberarse del pasado y abrirse al futuro. El duelo implica un «diálogo» con el «fantasma» del ser perdido. Ese fantasma puede clamar venganza o, también, puede culpabilizar. En todo caso, se

trata de convertir a ese fantasma o pena atormentadora en una presencia serena que perdona y aconseja que la vida solo es posible gracias a las gratificaciones, en especial, al apoyo y el amor de los demás. En concreto se plantea: ¿Cómo reparar a la gente que resultó afectada por el conflicto? ¿Cómo lograr un trabajo de duelo exitoso? ¿Cómo puede la persona victimizada dejar de odiar al perpetrador y ya no sufrir la ausencia de su ser querido? ¿Cómo salir de la fijación traumática para estar nuevamente disponibles para el futuro?

En este aspecto la apuesta de Yuyachkani no es tan precisa. Sin embargo, la idea es que el trabajo de duelo requiere enfrentarse con el pasado en vez de evadirlo. Solo desde una comprensión que objetive lo sucedido en la sociedad peruana podrán los afectados derivar el consuelo que los ayude con su trabajo de duelo.

En la obra se sugiere que el autoritarismo de la sociedad peruana se intensificó en el sistema educativo para dar lugar a la barbarie dogmática y delirante de Sendero Luminoso.

Sin Título es una propuesta de educación por el arte. No obstante, no se trata de una obra pedagógica con un mensaje cerrado que pretenda imponerse a su público. Lo distintivo de la obra es hablar a los sentidos, involucrar al cuerpo del espectador, producir vivencias más que transmitir ideas. Para empezar, el público no es el espectador cómodamente sentado sino un testigo de pie y que, además, tiene que movilizarse en función de los desplazamientos de la escenografía y los propios actores. Los asistentes son convocados a dejarse llevar por la propuesta y sentir emociones como: pena, cólera, risa, horror, admiración. El clima emocional de la obra es intenso. Uno de los momentos cúlspide es, sin duda, el izamiento de la bandera peruana, rotosa y fragmentaria,

que duele y que llama. Pero esta experiencia de estar sobrecogido se repite. El Perú es un dolor que compromete.

ANÁLISIS DE LA RECEPCIÓN

Todo proceso de captación de una realidad está condicionado por deseos y anticipaciones. Toda recepción es una co-creación en la que las sensaciones e ideas transmitidas se redefinen y captan en función de la tradición cultural y la trayectoria biográfica que fundamenta nuestra presencia en el mundo. Entonces, se puede decir que tendemos a encontrar afuera lo que tenemos dentro. Lo visto resulta de la síntesis entre lo que está fuera y lo proyectado desde dentro. En el límite de la alucinación se elimina lo que está fuera y lo proyectado es lo único que aparece o existe para la persona o colectividad en cuestión. En general, nuestro percibir está tanto más afectado por lo que tenemos dentro cuanto más eso que tenemos dentro nos tiene «capturados». En cualquier forma, lo importante es que la percepción está filtrada o coloreada por nuestra subjetividad. La reiteración de este punto es necesaria, pues en el sentido común predomina la idea de un espectador pasivo que capta el mensaje que se pretende transmitir.

CONCLUSIONES GENERALES

Sin Título logra capturar el interés de los espectadores. No se asiste con indiferencia a la obra. Moviliza y desencadena. No obstante, en este panorama general hay dos excepciones significativas. Se trata de grupos compuestos por jóvenes que no quieren sentir o para quienes, en todo caso, la obra representa algo remoto y sin interés. El primer grupo estaba integrado por jóvenes educados de clase media. En ellos, la identificación con la obra se corta

pues su sensibilidad se cierra ante el sufrimiento ajeno. Pueden comprender intelectualmente la propuesta, pero se resisten a sumarse al clima emocional que la obra desata. Sus comentarios son distantes y desvitalizados. Es gente que sabe pero no quiere asumir las consecuencias de ese saber. No quieren problematizarse. Intentan permanecer fríos. El segundo grupo está compuesto por jóvenes del mundo popular. La obra no los atrapa porque no tienen un interés previo. En el grupo están distraídos y no hablan, y si se les presiona no salen de generalidades. De los ocho grupos solo en dos la gente no quiere dejarse tocar. No obstante, pese a que representan a una parte pequeña del público asistente, su posición corresponde, muy probablemente, a la mayoría de la población peruana. La idea que prevalece en amplios sectores es que no tiene sentido inquietarse por cosas que no nos afectan directamente o que, en todo caso, no tienen una solución visible.

Sin Título produce un clima emocional que desencadena una identificación con la propuesta. Así, los integrantes de los grupos focales con los que conversamos están muy dispuestos a compartir sus opiniones y sentimientos sobre la situación peruana. No obstante, en sus comentarios no aparece la obra como tal. La referencia es un pretexto para que la gente hable de sí misma. En realidad se «saltan» la obra. La excepción es el grupo de jóvenes populares ilustrados. La mayoría de ellos participa en un grupo de teatro, de modo que han estado atentos a descifrar en conceptos el lenguaje simbólico de *Sin Título*. En todo caso, el público menciona la obra para referirse a alguna situación presente: mayormente a la (omni)presencia del sufrimiento y la injusticia. Los sentimientos que la obra produce son furia y pena. No aparece

tanto la risa y la esperanza. Para comentar esta recepción es necesario partir de la premisa de que los espectadores tienden a captar, sobre todo, aquello que coincide con lo que llevan dentro.

En los dos grupos integrados por personas que han sido víctimas de la violencia la obra saca a primer plano la pregunta de si la vida vale realmente la pena. Tres mujeres plantearon el tema. Gimien, lloran, se expresan con dolor.² Quisieran olvidar pero no pueden. El odio está demasiado entretreído en su vida. El resto del grupo acude al consuelo. Están Dios, los hijos, la familia. No se puede vivir en el rencor. Las manifestaciones de sufrimiento son acogidas con respeto y comprensión, pero la dinámica del grupo continúa. La gente con más dolor se debate entre un abandono al sufrimiento y una apuesta a la vida. Es claro que el duelo no está hecho.

En los demás grupos la gente siente el sufrimiento presentado en la obra, se identifica con él. Esta proclividad para captar el sufrimiento remite a que este es una experiencia personal que se desea encontrar también en el afuera. Ese sufrimiento corrobora una sensación cotidiana de abuso e injusticia.³ En la propuesta de la obra la injusticia resulta de los derechos que no se reconocen. El Estado no cumple porque los políticos traicionan a la gente. Para acabar con la injusticia

2 «Hay acá dentro de mi alma, corazón que quiero superar pero no puedo [...] pero hasta ahorita no puedo, no puedo y no voy a poder perdonarles a la Fuerza Armada, los policías... no, no puedo hacerlo, aunque quisiera siempre tengo una cierta cólera, cierta impotencia, ¿no?». (Grupo focal con mujeres de Jicamarca.)

3 «Como si estuviéramos participando. Nosotros no habíamos nacido. Fue un tiempo difícil. Como si en ese pequeño espacio estuviese encerrado lo que engloba el sufrimiento peruano, sufrimiento puro.» (Grupo focal en el colegio Ramiro Prialé.)

habría que eliminar a los políticos. Todos son iguales. O son corruptos o se corrompen con el poder. En todo caso se olvidan de la gente sin dinero.

La política de impulso a los derechos humanos, en los que la mayoría del público se ha (re)formado, lleva a responsabilizar a los políticos. Ellos son los que pudiendo hacer no hacen. Son gente depredadora. Para la mayoría el panorama es, pues, bastante sombrío.⁴ Pero, pese al pesimismo, la violencia no aparece como solución. En todo caso algunos invocan a la buena conciencia de los políticos, «que pongan su mano en el pecho». Otros, la mayoría, se refiere, aunque sin mucho entusiasmo, a la educación, a la necesidad de crear valores.

La política de enfrentamiento de la izquierda tradicional aparece poco pero significativamente. Surge en ciertos comentarios que colocan el centro del problema peruano en la propiedad privada y en la concentración de la riqueza.⁵

En conjunto, la obra no produce mayor esperanza, porque el Perú es un país

donde la esperanza no abunda.⁶ Una excepción son los jóvenes ilustrados del mundo popular. Ellos sí rescataron la idea de que la obra abre un camino: la organización, la elaboración de una memoria, la toma de conciencia. Ayudar y ser solidarios con los demás. Este es un grupo de jóvenes empoderados, entusiastas, inteligentes, decididos. El sentirse con capacidad de actuar y de ser eficaces, su optimismo, resulta de una reafirmación colectiva. En este grupo aparecía la vivencia de comunidad. Parecían decir: «para que yo sea tú también tienes que ser, y para que tú seas yo también tengo que ser». Este ambiente es excepcional en el Perú de hoy, donde la «magalyzación» y la competitividad instauran una socialidad muy distinta: «para que yo sea tú no puedes ser, y para que tú seas yo no puedo ser».

La política de promoción de los derechos humanos en la que se inscribe la propuesta de *Sin Título* pareciera estar generando reivindicaciones crecientes frente al Estado y críticas demoledoras a los políticos. En realidad, la gente siente un desfase entre la hondura de los problemas de la sociedad peruana —el abuso, la injusticia y la marginación— y, por otro lado, la falta de contundencia de las soluciones. Este desfase genera una fantasía, el mito de que las cosas podrían arreglarse suprimiendo la política. La frase que plasma esta creencia —«¡Que se vayan todos!»— ha circulado mucho en América Latina: Argentina, Bolivia, Ecuador y Perú señaladamente. Ahora bien, esta es una creencia tan comprensible como peligrosa. Lo primero porque la visibilización de la corrupción y el patrimonialismo de los Estados latinoamericanos ha desprestigiado totalmente a los llamados a dirigirlos. Lo segundo porque esta creencia alienta el rechazo a

4 «Yo he venido con la pregunta ¿para qué recordar tanto? ¿Para qué? ¿La memoria nos hace mejores personas? ¿Nos hace más cultos? ¿Nos hace más esperanzadores?» (Grupo focal con jóvenes del movimiento Para Que No se Repita-PQNSR.)

5 «[...] tenemos personas que hemos sufrido en carne propia el terrorismo y no solamente el terrorismo y también ha tenido que ver la Fuerza Armada, demasiado, la gente que puede, la gente adinerada. La más humilde éranos víctimas de ellos, porque solamente piensan en dinero. Aquel tiempo del terrorismo pasaba que a los soldados ellos decían: “el que me trae un terrorista muerto tendrá 100 dólares”. Nosotros acá en Lima no sabíamos pero qué bien hacían dinero matando gente inocente.» «¡Estamos vendidos prácticamente! Ahorita que viene el libre comercio qué va a pasar con nosotros los más pobres?» (Grupo focal con mujeres de Jicamarca.)

6 «Qué cosa habría que hacer; la verdad, hay una desesperanza tremenda.» (Grupo focal con promotoras de la Casa de Panchita.)

cualquier autoridad, legitima el caos, de donde surge, otra vez, la violencia.

Esta fantasía oculta la falta de una esperanza más positiva, pero también la búsqueda incierta de una ciudadanía inclusiva.

más cultos? ¿Nos hace más esperanzadores?».

Las preguntas que formula esta señora están en la cabeza de muchos peruanos. Al fin y al cabo, desde la vorágine de la vida cotidiana, los resultados de un



Quienes sufrieron la pérdida de seres queridos deben realizar un trabajo de duelo, que consiste en ir aceptando la realidad de la pérdida y convertir al ser querido en una presencia interna, buena y reafirmadora, que impulse a seguir viviendo. (Foto de Miguel Rubio Zapata)

OTRO ESFUERZO MÁS PARA NO OLVIDAR

«Yo he venido con la pregunta ¿para qué recordar tanto? ¿Para qué? ¿La memoria nos hace mejores personas? ¿Nos hace

esfuerzo de memoria no son evidentes. Pese a este natural escepticismo habría que responder a esas preguntas con un ¡Sí! contundente. En efecto, elaborar una narrativa veraz sobre el periodo de la violencia, y lograr que los peruanos la

hagamos nuestra, significa integrarnos como nación y como individuos; y desarrollar, como consecuencia, la capacidad de ser protagonistas de nuestra propia historia. Mientras que la fragmentación impide el actuar sobre sí, la mayor integridad permite el desarrollo de un sentimiento de potencia que es la condición básica para proyectarse hacia el futuro. En el plano colectivo, una narrativa vezraz funda un nosotros orientado por la figuración de un destino compartido. Solo desde este sentimiento de comunidad es posible una autoridad legítima que sujete los intereses particulares a una perspectiva de bien común. De otra manera prima el desorden, donde florecen las intransigencias y no es posible concordar objetivos comunes.

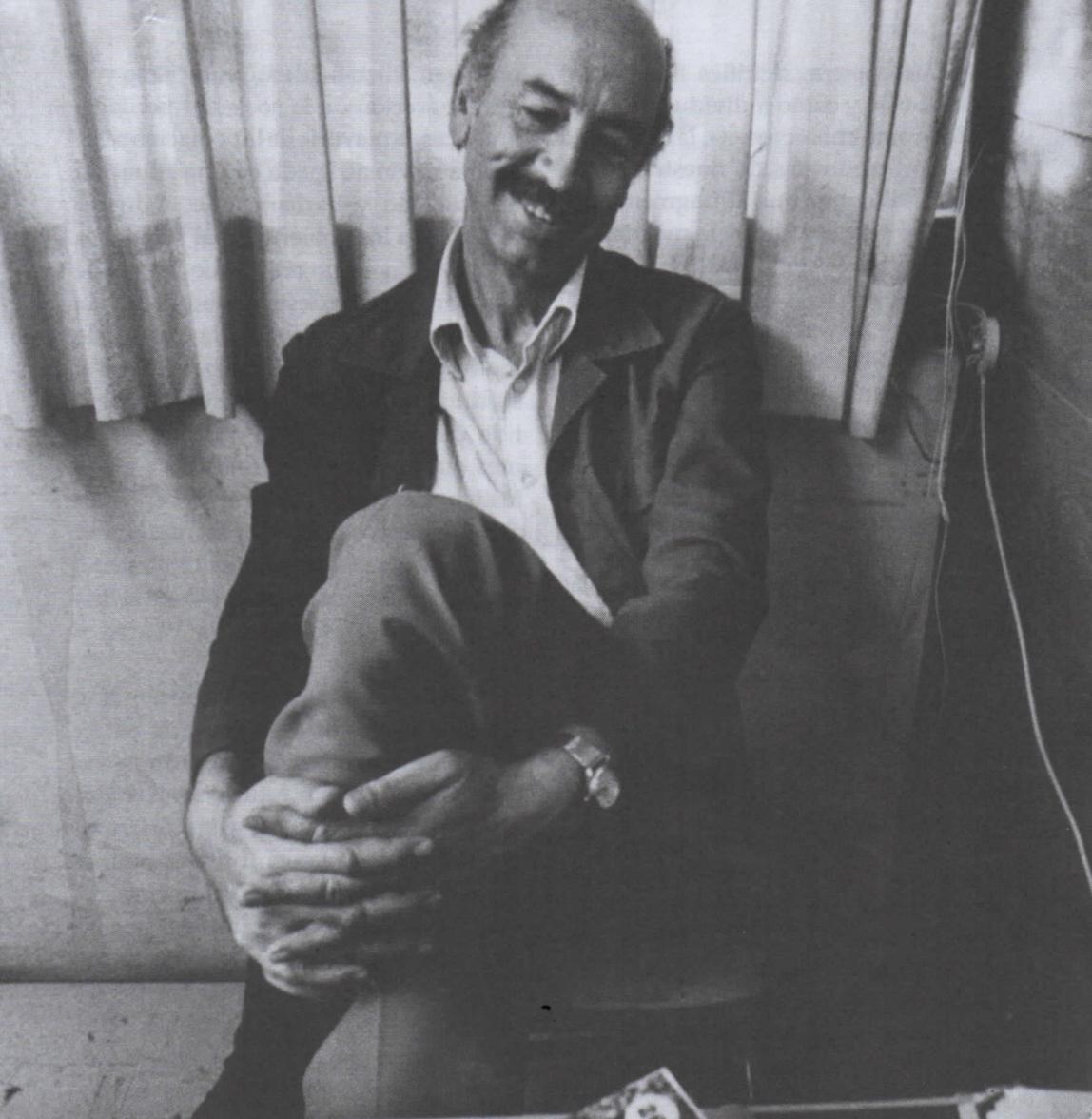
La narrativa hegemónica actual sobre la violencia puede resumirse de la siguiente manera: la demencial subversión terrorista no dejó más remedio que una represión en la que se cometieron muchos excesos, pero como no había otra manera de enfrentarla lo único que queda es lamentar y olvidar. Esta narrativa coloca todo el peso de la responsabilidad en las dirigencias subversivas e invisibiliza tanto las injusticias sociales como la realidad de una represión brutal y sistemática de parte de las fuerzas del orden.

En el futuro, los peruanos tendremos que compartir una narrativa diferente: la explotación y la injusticia fueron eficazmente aprovechadas por grupos sectarios que predicaron la violencia entre los peruanos excluidos, incitándolos a la lucha armada contra el Estado, en la expectativa ilusa de encender una guerra civil de la que esos grupos saldrían triunfantes. Desgraciadamente, la brutalidad de la represión de las fuerzas del orden corroboró la idea de que estos peruanos no

contaban. Hizo evidente el racismo y la desintegración de la sociedad peruana. Entonces, la mayoría de la población campesina se vio atrapada en una situación de crueldad y barbarie que pudo ser evitada si a los gobiernos y al Estado les hubiera interesado realmente la vida de esas personas. La desigualdad social y la falta de ciudadanía fueron las causas de fondo del periodo de la barbarie. Pero el sufrimiento de tantos peruanos tuvo sentido pues, como colectividad, aprendimos que la entronización de la ley y la justicia y la lucha contra el racismo han sido los medios para crear la comunidad de ciudadanos que ahora, finalmente, somos. En lo fundamental, este es el discurso de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

No obstante, en la realidad que hoy vivimos la población se reparte entre: (i) quienes no quieren recordar pues no tienen ilusión en un futuro compartido, lo ven imposible o no le dan importancia; (ii) quienes no pueden olvidar porque ayer sufrieron la violencia y hoy son víctimas de la indiferencia; (iii) quienes no quieren saber porque los sucesos les resultan ajenos y cada vez más lejanos (se trata de los jóvenes de hoy, apenas niños en la época de la violencia); (iv) quienes no quieren olvidar pues saben que el periodo de la barbarie mostró los problemas de fondo de la sociedad peruana, brindando la oportunidad para que el sufrimiento de los peruanos más desvalidos se transforme en una búsqueda resuelta de justicia, único medio de lograr una convivencia civilizada en nuestro país.

A la larga, la narrativa producida por la CVR, enriquecida por una multitud de esfuerzos, se convertirá en la hegemónica. *Sin Título* será recordado como uno de esos esfuerzos. ■



UNIVERSITÀ

¡Palmas revolucionarias!

Solía tomarle el pelo a Cancho Larco diciéndole que no sabía quién era Steve McQueen porque había pasado demasiados años aislado en Cuba. Cancho no conocía mucho de la cultura estadounidense porque, además de haber vivido en Cuba al año siguiente de la revolución, le gustaba más la cultura francesa. Su francés tenía una exquisita dicción. De joven, había vivido en París y Roma y de allí, luego de pasar por Santiago para pedir la mano de la mujer de su vida, se fue directo a Cuba. Allí vivió con Chabela y sus dos hijas. Allí le cogió el gusto al tabaco negro, a la guayabera, al «oye, chico». Y de Chile, supongo, tomó la expresión «mi hija», con la que solía llamar a nuestra querida Mónica.

Como Cancho siempre fue el mayor de todos, de lejos, pudo ser nuestro padre. Nos encantaba calcular fechas para constatar que, cuando él vivía en Roma, por ejemplo, yo recién tenía diez años. La diferencia de edad, sin embargo, nunca se manifestó en las conversaciones, porque ninguno de nosotros sintió en él una sensibilidad diferente. Todo lo contrario. A pesar de ser una persona de sólidas convicciones políticas, un duro, un sectario, el Hombre de La Habana en Lima, oía, curioseaba, sobre todo conmigo, cuando le hablaba del cine gringo, de la poesía gringa o de los viejos western. Él me respondía, por cierto, citándome a Balzac, a Víctor Hugo, a Stendhal y a los grandes novelistas del siglo XIX, los que tienes que leer, me decía, aconsejándome con acierto.

A las finales, después del desplome del mundo socialista, le decía, picándolo, que si no le gustaba la tecnocumbia no podía ser un hombre de izquierda, que para politizarse tenía que ver los programas sabatinos de la televisión de señal abierta. Le decía tantas cosas y él siempre sonreía, pero ya en un mundo que no correspondía a sus expectativas. Porque Cancho fue un cultor del alma, de lo espiritual, de las formas, del arte. Era un conversador de café y cigarrillo. Era austero. Pero su sonrisa, en aquel rostro severo, lo pintaba de cuerpo entero. (ASL)



Archivo Quehacer

Nuestro querido Quijote

MARCIAL RUBIO*

Conocí a Juan Cancho Larco en el Partido Socialista Revolucionario (PSR) fundado por Leonidas Rodríguez Figueroa, Arturo Valdés Palacio y Antonio Meza Cuadra, entre otros. Era la segunda mitad de la década de 1970. Mi imagen del primer día en que lo vi se repitió, desde entonces, a lo largo de toda la vida: un señor unos veinte años mayor que yo, delgado, de vozarrón con registro bajo, con su cantito y modismos cubanos al hablar. Vestía sencillamente, usaba sandalias y un bigote de charro que destacaba y, con el tiempo, lo caracterizó.

Cancho era un intelectual dado a las letras. Se comentó siempre que su sueño fue ser dramaturgo. Él nunca me lo dijo, pero por uno u otro comentario (no más de cinco o seis en los treinta años que lo conocí y frecuenté constantemente), tengo

la sensación de que aquello de soñar ser dramaturgo (como yo he soñado ser pianista) es verdad. Solo una vez me contó, casi en secreto de confesión, que su verdadera profesión era la de ingeniero químico. Creo que no se identificaba en absoluto con ella y prefería guardarla en secreto.

En la época que lo conocí había llegado del extranjero. Nunca supe si había estado primero en Cuba y luego en Chile, o al revés. En cualquier caso, de Chile salió casado con su Chabela de toda la vida. Un amigo común me contó que Cancho llegó a Chile, se enamoró perdidamente y se casó con Chabela en un amor que puede llamarse a primera vista. Tan a primera fue que este amigo tuvo que prestarle corbata, porque Cancho, naturalmente, no tenía una para la ceremonia.

En aquellos tiempos, muchos de los compañeros del PSR buscaban trabajo. Cancho se contaba entre ellos. Yo trabajaba en **desco** y allí Henry Pease, quien en ese entonces era el Director, consideró que era necesario editar una revista que pensara la realidad política peruana buscando alternativas, creando conciencia y desarrollando ideas, principalmente entre los grupos políticos, los trabajadores y los estudiantes. Había que conseguir alguien que se encargara de su edición.

En alguna reunión política me enteré de que Cancho tenía experiencia previa en la materia. Nada considerable, pero sí conocía el trabajo. Además, era un escritor de buena pluma y, por si fuera poco, maniático con la precisión del diccionario y la gramática. Pensé que era el editor que necesitaba Henry y que le caería como la suela al zapato, de modo que le mencioné la idea de traerlo.

Así llegó Cancho a **desco** el año 1979. Se entrevistó con alguien encargado de ver cómo era, quien luego me comentó: «Tu amigo Larco es una persona que sabe y escribe, pero es medio castrista».

Cancho entró a prueba. Yo pensé que, si comenzaba con etiquetas preconcebidas, tal vez no duraría mucho en el cargo. Pero todos nos equivocamos: aquellos que lo creyeron un «castrista» y punto rápidamente se dieron cuenta de que era una persona muy culta, competente y dispuesta al diálogo. Yo me equivoqué en el tiempo que Cancho podría mantenerse en **desco**: aquí, en esta revista, se quedó todo el resto de su vida laboral.

El ciclo de vida de *Quehacer* fue bimestral, acompañando a sus ediciones. Todo comenzaba con el diseño del número. Cancho organizaba largas reuniones de reflexión sobre la coyuntura de mediano plazo y, a partir de ellas, se decidía qué artículos encargar. A veces el pulso del país iba muy rápido y, como él era perfeccionista, se desesperaba cuando la parte política de la revista empezaba a ser obsoleta antes aún de haber recibido las colaboraciones. En esos casos, una angustia creativa lo dominaba: empezaba a repartir nuevas ideas y responsabilidades para tener escritos complementarios. En esos momentos, era prudente no estar a tiro de piedra.

En realidad, a Cancho le interesaban dos partes de *Quehacer*: la de política y la de literatura. A ellas dedicaba buena parte de sus esfuerzos y, además, era celoso de que fueran lo más perfectas posible. Era un crítico frontal de las debilidades

* Actual vicerector académico de la PUCP.



Malulo Rubio, Fico Velarde y Cancho Larco en una de aquellas conversas de la revista con cigarro y café. (Archivo Quehacer)

de la sociedad y de los gobernantes. Siempre había que matizar con él, en largas aunque fraternas discusiones, las críticas profundas a la sociedad, al sistema social y a la política.

Quehacer llegó a ser gran especialista en ciertos aspectos de la realidad nacional gracias, entre otras habilidades humanas que hoy no toca resaltar, al empuje de Cancho. Durante muchos años, por ejemplo, la revista fue referencia obligada para analizar a profundidad y comprender el fenómeno terrorista de Sendero Luminoso. Cancho siempre puso énfasis en eso, como una de las fortalezas de cada edición.

En arte, y especialmente en literatura, «Lampo» fue una sección que siempre quiso, como vía de expresión y de promoción de valores literarios. Trató de dar empuje a la literatura en una revista que, por personalidad, era esencialmente política.

En lo demás, estaba más dispuesto a compartir responsabilidades y, en algunos casos, a «tolerar» intrusiones. Por ejemplo, yo creo que desdeñaba comprensivamente la afición de muchos de nosotros por el fútbol. Tengo la impresión de que cuando por ahí el Perú hacía un buen partido, él sentía la presencia del «opio del pueblo» en el ambiente. Pero fue consciente de que el fútbol era una parte de la cultura popular y que había que reflejarlo en la revista.

Lo propio pasaba con la música, especialmente cuando los rockeros de **desco** (que también los había, desde luego) pugnaron por hacer un homenaje a la muerte de John Lennon, o destacar tendencias de la música moderna. No recuerdo haber visto a Cancho escuchando música mientras trabajaba. Siempre tuve la convicción de que si encendía la radio era para escuchar noticieros. Alguna vez, en esas reuniones de amigos en las que alguien saca una guitarra, tarareaba uno que otro bolero de mitad del siglo XX, siguiendo la melodía pero sin recuerdo cabal de la letra. Creo que entendía que entre la música y la conversación, esta última era largamente preferible.

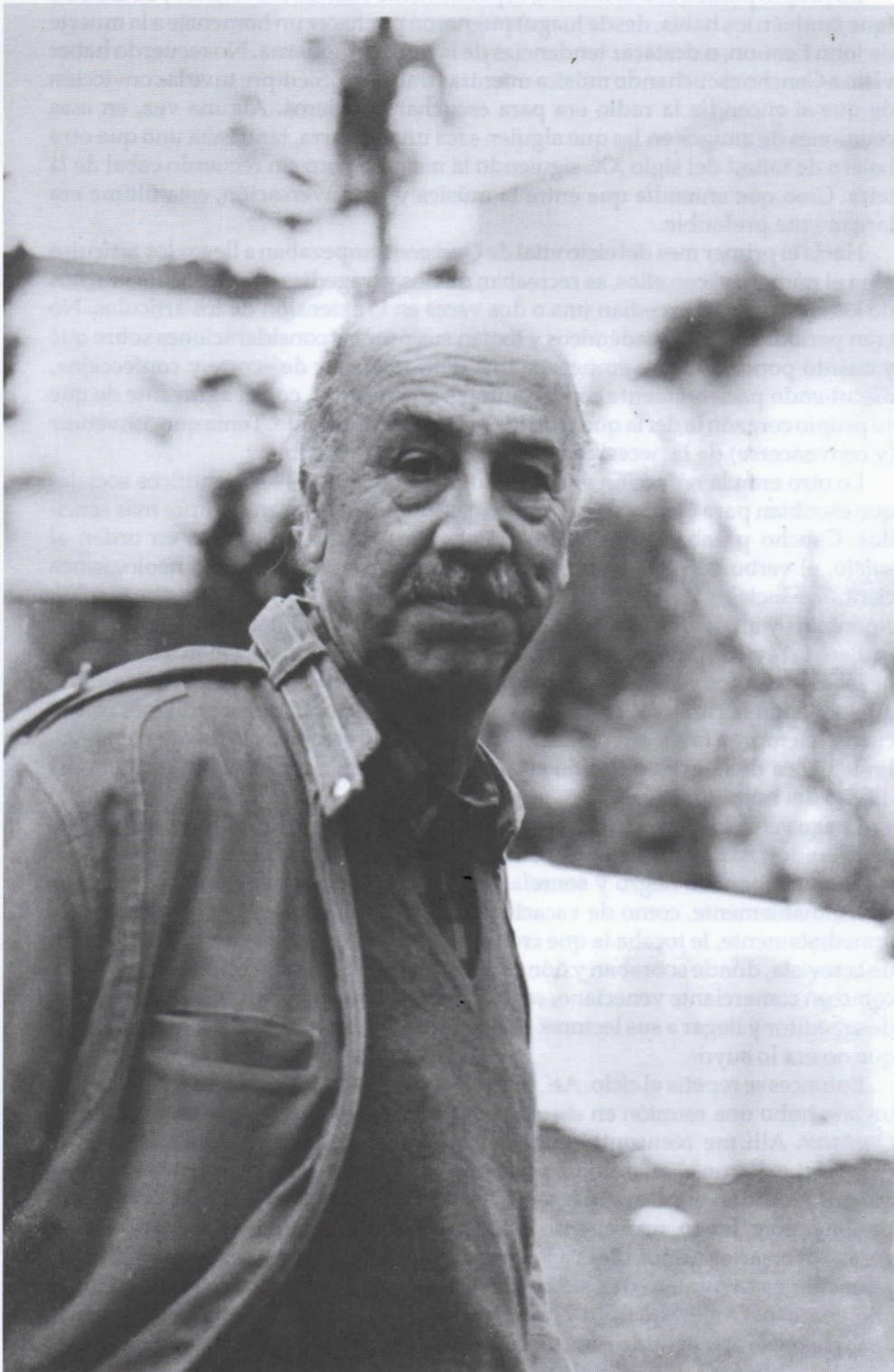
Hacia el primer mes del ciclo vital de *Quehacer*, empezaban a llegar los artículos para el número y, con ellos, se recreaban duelos y tragedias para Cancho: muchos de los escritores se excedían una o dos veces en la extensión de los artículos. No eran periodistas sino académicos y tenían sus propias consideraciones sobre qué y cuánto poner. Cancho empezaba una delicada labor de «corte y confección», discutiendo pacientemente con los autores qué recortar, con el agravante de que su propio corazón le decía que todo lo escrito era importante. Tenía que convencer (y convencerse) de la necesidad del recorte. Eso era terrible.

Lo otro eran la redacción y terminología de muchos de los científicos sociales que escribían para *Quehacer*; los problemas gramaticales eran siempre más sencillos. Cancho pasaba largas horas arreglando párrafos, poniendo en orden al sujeto, el verbo y el complemento. Pero cuando llegábamos a los neologismos científico-sociales, heredados de la jerga de los años setenta, las discusiones sobre sinónimos y analogías conceptuales se volvían interminables.

Pero la revista, por fin, encajaba como una falda al tubo. Allá iban las discusiones sobre las fotos y las leyendas respectivas, y otra interminable discusión sobre qué poner en la carátula. La última era sobre el precio: Cancho, militante consecuente, siempre a favor de congelarlo y, los demás, de reajustarlo razonablemente. En la época de la gran inflación esta discusión llegó a ser tan seria como la del diseño del número.

Luego venía la imprenta con sus sobresaltos y el reparto del número a cargo del distribuidor. Al día siguiente, Cancho llegaba jovial a la oficina: se tomaba un café, sacaba un cigarrillo negro y sonreía de felicidad mientras se ponía a conversar interminablemente, como de vacaciones. Solo por unos pocos días porque, casi inmediatamente, le tocaba la que creo era su mayor cruz: discutir la distribución de la revista, dónde sobran y dónde faltaban ejemplares. En esto se comportaba como un comerciante veneciano, seguramente convencido de que era la parte fea de ser editor y llegar a sus lectores. Lo hacía disciplinadamente, aunque sabiendo que no era lo suyo.

Entonces se repetía el ciclo. Así, durante un cuarto de siglo. Hace prácticamente un año hubo una reunión en **desco** para festejar un aniversario importante de *Quehacer*. Allí me reencontré con Cancho luego de algunos meses sin cruzar palabra. Le dieron el micrófono, pero toda esa vida a cuestas le cerró la garganta aunque, de todos, era el que más tenía que decir. No pudo hablar, hubo un silencio prolongado y, luego, un inmenso aplauso de todos nosotros, a veces aliados y a veces adversarios de sus ideas a lo largo de veinticinco años, sobre como diseñar y concluir cada número de *Quehacer*. Así se fue, inusualmente delgado, siempre alto, como un Quijote querido y respetado pero, creo, con la diferencia (militante) de no haberse arrepentido nunca de hazaña alguna de caballerías. ■



Archivo familiar

El amigo que perdí

ALBERTO ADRIANZÉN M.*

Por esas coincidencias que tiene la vida, cuando murió Cancho Larco yo había terminado de leer la obra de teatro de José María Sanchis Sinisterra *El cerco de Leningrado (Una historia sin fin)*. Me la entregó Ruth Escudero, actriz y directora de teatro. Ella, Violeta Cáceres y Ana Cecilia Natteri piensan ponerla en el mes de noviembre. La obra de Sanchis cuenta la historia de dos mujeres mayores que conversan en un viejo teatro en desuso no solo sobre sus vidas, sino también sobre el pasado, presente y futuro del comunismo. La época, como señala el propio Sanchis, es «después de la derrota».

Cuando terminé de leerla, lo primero que se me vino a la mente fue esa extraordinaria novela —que es una novela al interior de otra— de Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, que narra, en la España actual, la búsqueda por parte de un periodista de un comunista que decide, al final de la guerra civil española, no matar y dejar escapar a un falangista.

Sin embargo, entre la novela de Cercas y la obra de teatro de Sanchis hay, como diría Marx, un hilo conductor: el intento no solo de hacer un balance, por lo demás crítico y duro, del comunismo, sino también un rescate abierto y franco de lo que podríamos considerar los comunistas íntegros. Es decir, de aquellos que pensaban, honestamente, que era posible cambiar y construir un mundo mejor. Que los tres personajes sean mayores y que vivan en un teatro en ruinas en Madrid o en un asilo de ancianos en Francia, muestra claramente la soledad y la ancianidad en la que hoy se debate el comunismo. Si vive, me refiero al comunismo, es porque existe en la memoria de estos personajes y en la curiosidad de unas cuantas personas que descubren su falta, pero también su necesidad en el mundo actual.

Por eso, cuando murió Cancho, pensé en esos personajes. Cancho era un hombre mayor. Austero. Estaba próximo a los ochenta años. Además, amante y autor de teatro y de la buena literatura. Poseía una extraordinaria cultura, la que había que descubrir, por su modestia, poco a poco y con el paso del tiempo. Formado en los predios de la Revolución Cubana —vivió en Cuba toda la década de 1960 y volvió al Perú deseoso de colaborar con el velasquismo en la de 1970—, era un hombre marcado por esa experiencia. En fin, un bolchevique, como lo son los personajes de Sanchis y de Cercas. Duros algunas veces, amables otras, pero dueños de una gran bondad, difícil de encontrar en esta vida.

* Sociólogo y analista político.

Conviví con Cancho, porque trabajé en **desco** en aquella época, durante más de diez años. Almorzamos juntos casi todos los días. Solíamos ir al cine con frecuencia y de vez en cuando a tomarnos un café, en compañía de Chabela y Roxana, en el Haití. También discutíamos a menudo. Él era un gran defensor de Cuba y del socialismo real, y yo un crítico de esas experiencias, más aún si se hablaba de la Unión Soviética.

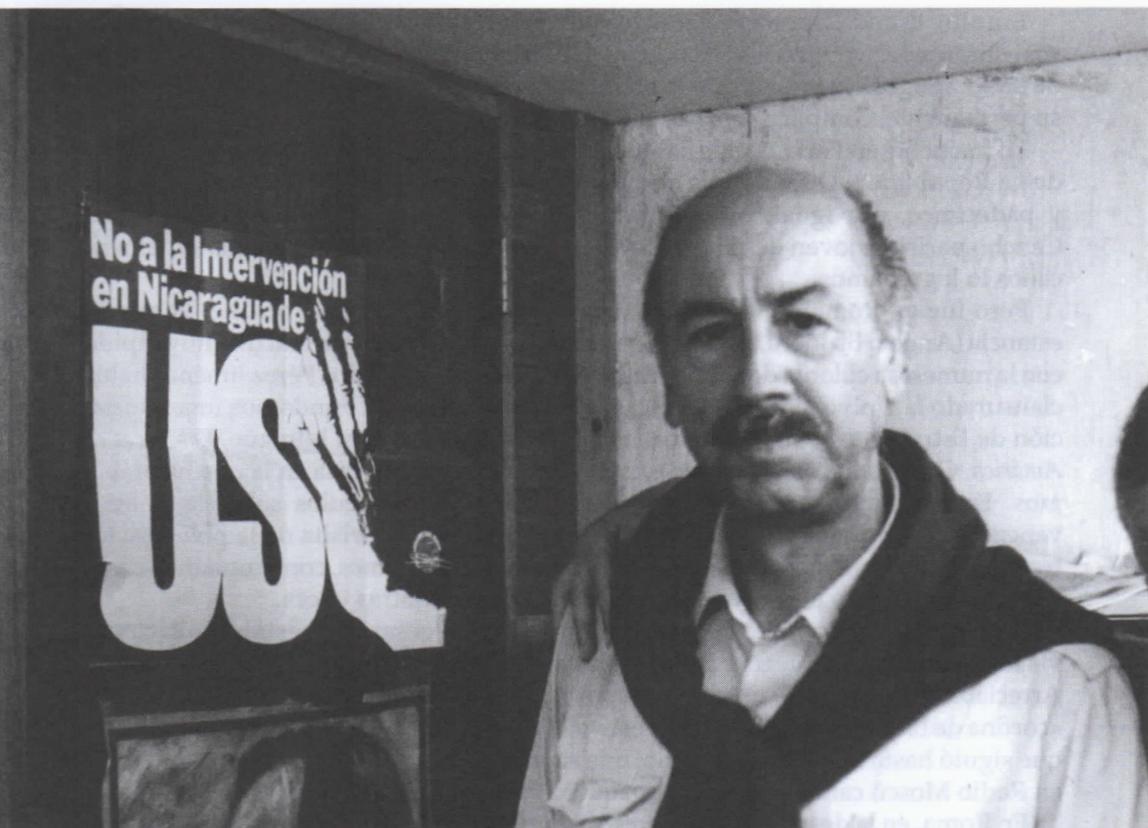
Sin embargo, fue después de su viaje a Cuba, hace ya varios años, que Cancho comenzó a cambiar. Regresó y escribió un artículo que no era crítico, pero sí bastante honesto de lo que se vivía en ese momento en su Cuba querida. Hasta donde sé, el artículo no cayó bien. Sospecho que no le fue fácil hacerlo. Pero escribir un artículo distinto, es decir, esconder lo que venía sucediendo, era simplemente un acto de inmoralidad. Él era demasiado bolchevique para mentir o para militar en el Partido Comunista.

Ahora que no está o, mejor dicho, ahora que se ha ido, me puedo imaginar su vida. Se graduó de químico, profesión que nunca ejerció para dedicarse a la literatura y al teatro. Vivió en la década de 1950 en Europa y luego, como he dicho, en Cuba en los sesenta. Me imagino que quería vivir y sentir de cerca qué era una revolución y una sociedad revolucionaria. Ingresó a **desco** en los ochenta como editor de *Quehacer*. Podía pasarse horas corrigiendo un texto y también enseñándole (enseñándome) a escribir a quien le presentara un artículo para la revista. Era un apóstol de la buena escritura.

Pero más allá de eso, Cancho fue también un aventurero y un hombre bueno. Vivió como quería vivir: rompiendo reglas y de sus talentos. Me imagino los golpes que habrá sentido cuando cayó el Muro de Berlín, cuando colapsó la Unión Soviética, cuando (re)descubrió la nueva realidad en Cuba o cuando se asiló su amigo y gran intelectual cubano, Jesús Díaz. Me imagino también el gran golpe que recibió cuando Chabela, la compañera de su vida, se enfermó.

Al final decidió asilarse en su casa. No salir. Incluso no hablar con sus amigos. Fue su último acto de protesta, de disidencia. Ese mundo no le gustaba, le era ajeno, entonces, para qué dedicarle tiempo. Se convirtió en el comunista español de la novela de Cercas que vivía en un asilo en Francia. Consciente acaso de su derrota, pero también sabiendo que siempre hizo el bien y que, por lo tanto, no cabía reconocimiento alguno, más aún cuando se es leal a una moral. Cancho se fue en silencio, sin molestar a nadie. Hasta con su muerte demostró una gran delicadeza.

Ahora que Cancho no está, y que no están Mario Arrieta y Tota Arce, entrañables amigos bolivianos que también se fueron porque la «nueva» Bolivia no les gustaba; ahora que no están Pancho Aricó, Tito Flores, Inés García, Roberto Miró Quesada, Roberto Lecaros y tantos otros compañeros, pienso que la vida se hace más difícil, más dura; que todos hemos perdido algo. Ahora que miro la realidad y volteo para pedirles ayuda, me doy cuenta de que se fueron para no volver, para siempre. Pero la memoria es frágil y traicionera. Hay veces me descubro conversando con Cancho y con todos ellos, y siempre les digo lo mismo: «no pierdan la esperanza, todo es posible, incluso cambiar, transformar el mundo». Por eso, pese a que se fueron, ahí están. Se esconden a veces, pero ahí están. Porque la honestidad y la bondad no mueren. ■



El fraterno Cancho

CARLOS BERNASCONI*

Mi amigo Alfredo Ruiz Rosas había ganado, como pintor, una beca del Instituto de Cultura Hispánica y estaba pronto a embarcarse rumbo a España. En los trámites del concurso conoció a Juan Larco, que sorprendió al jurado postulando en literatura, a pesar de que en su solicitud figuraba como egresado de la Escuela de Ingenieros en la especialidad de Ingeniería Química. Por supuesto, el rechazo fue inmediato. Pero de todas maneras, decidió viajar.

En vísperas de partir, Alfredo me presentó a Cancho Larco. Nos encontramos en la puerta de La Prensa. Me acompañaba Romualdo y, como era natural, el entusiasmo incluía los nervios de la próxima partida.

Recuerdo que Cancho preguntó: «¿A cómo está la peseta?». Bromeando, le respondí: «A cinco por sol». Por su expresión comprendí que había ganado su antipatía. Un par de años después, cuando ya éramos patas, me lo confirmó en París.

* Escultor y amigo íntimo de Cancho.

Era alto, tirando a gordo y lleno de vitalidad. Había olvidado —jamás se refirió a sus estudios de ingeniería— todas las fórmulas científicas. Solo practicaba la química de hacer amigos. Su bigote, que lo acompañó toda la vida, era el telón que descubría su permanente, cómplice sonrisa.

Lo frecuenté en París, donde habitamos él, Alfredo y yo el mismo hotel en el barrio de La Republique. Disfrutamos interminables charlas sobre arte, literatura, política y padecemos, por igual, precariedades. He mantenido siempre el recuerdo del Cancho parisino, joven desenvuelto y dominando el francés como pocos sudamericanos lo lográbamos.

Pero fue en Roma donde los tres compartimos, durante casi un año, la misma estancia (Angelo Brunetti, interno 1). Cancho era el más social: se vinculó muy rápido con la numerosa colonia de estudiantes venezolanos (el dictador Pérez Jiménez había clausurado la Universidad de Caracas), cubanos y chilenos. Fundamos una Asociación de Estudiantes Latinoamericanos y editamos una revista bilingüe, *Las voces de América*. Cancho fue el jefe de redacción y dio como sede la casa en la que habitábamos. En el primer número de la revista se filtraron artículos sobre la política venezolana que originaron la reacción de la Embajada y la visita de la policía, a las tres de la mañana, a nuestra habitación. Somnolientos, inermes, contemplamos cómo confiscaban íntegro el segundo número, apagando nuestras voces.

En la Europa de posguerra, entonces muy barata, a pesar de nuestras limitaciones viajamos a Austria y luego a Bucarest, para participar en el Festival de la Juventud. Arreciaba la guerra fría y nuestro pasaporte prohibía pasar al otro lado de la llamada «cortina de hierro». Al término del Festival viajamos a Bratislava y Varsovia. El único que siguió hasta Moscú fue Cancho, que siempre se ufano de que en una entrevista en Radio Moscú cantó «Yo soy el huaquero viejo».

En Roma, en la despedida de regreso al Perú, después de unos vinos, cantó, como siempre lo hacía, en español, francés e italiano y recitó, en la lengua de Dante, un poema de Maiakovski. Las anécdotas romanas son interminables. Solíamos recordarlas con risueña nostalgia.

Nos reencontramos en Lima a mediados de la década de 1950, durante la dictadura de Odría. Frecuentamos la ANEA y militamos en el Social Progresista. Entonces, Cancho trabajaba en la agencia France Press, era activista político y comenzaba a interesarse por el teatro.

Pasaron algunos años para volver a vernos. De regreso de Cuba había ganado en madurez y afinado su figura. Pero mantenía el afecto y la amistad que siempre nos unieron. Chabela, su compañera ideal, compartía sus inquietudes y lo apoyaba. Formaban una perfecta pareja.

No puedo olvidar al joven inquieto Cancho de la estadía romana que se preguntaba: «Cuando regrese al Perú, ¿qué voy a hacer?».

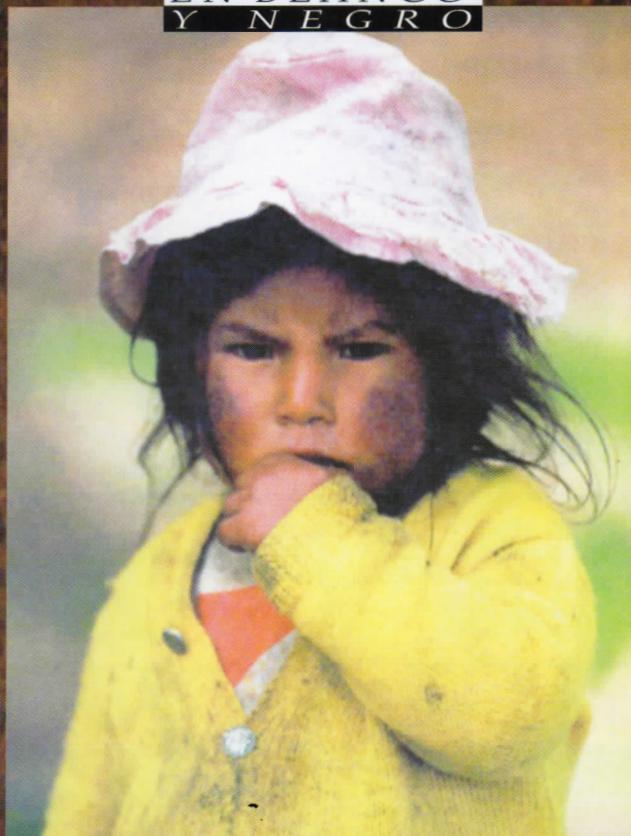
Acá fue traductor, trabajó en el Ministerio de Educación durante el gobierno de Velasco, colaboró con José Bonilla en los festivales del libro y se jubiló como editor de *Quehacer*.

Su obra teatral *Ubú Presidente* se estrenó con éxito en Lima, se editó en el Brasil y se está dando, en estos días, en Sao Paulo.

Cancho manifestó siempre inquietud social, cultivó la amistad, fue un hombre bueno, sensible. No le conozco enemigos. Estoy seguro de que lo vamos a extrañar y recordar siempre. ■

Reciente publicación

EN BLANCO
Y NEGRO



La quimera del desarrollo
en el Perú

Estilos de crecimiento y pobreza

Raúl Mauro

desco

EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DISTRIBUYE

editorial

horizonte

UNMSM-CEDOC

Reciente publicación

SABOR A

CAFÉ

una experiencia de
desarrollo con pequeños
productores cafetaleros
de la selva central

desco

alternativas de desarrollo

4desco
años
1965 - 2005



EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DISTRIBUYE

editorial

horizonte